

HISTORIA
DE LA SEGUNDA SECESIÓN
DE LOS
ESTADOS UNIDOS
DE AMÉRICA



J.A
Fortea

Editorial Dos Latidos
Benasque (España) 2012
Copyright José Antonio Fortea Cucurull
www.fortea.ws
versión 7



REGNAT POPULVS



E PLURIBVS VNVM



Año 2180, 4 de enero

El Presidente de los Estados Unidos está escribiendo en la mesa de caoba de su Despacho Oval. Está solo, reina un silencio profundo. Son las dos de la mañana, la nación entera duerme. En vela, tan sólo, el entero estado de California. El Presidente aguardaba trabajando, de todas maneras no habría podido conciliar el sueño. Lejanamente, en la antesala, comenzó a percibir unos pasos. Los pasos resonaron apresurados, aproximándose. La puerta del Despacho Oval se abrió y entró Joshua Spokane, consejero presidencial. Los dos hombres se miraron un instante, Presidente y consejero no necesitaron decirse nada, la cara seria, grave, del consejero delante de su mesa era ya la respuesta.

-Señor, nos lo acaban de comunicar. Hace tres minutos el Congreso del Estado de California acaba de aprobar la secesión.

El Presidente se pasó las dos manos por su adormilada cara.

-El resultado de la votación ha sido de 94 votos afirmativos, 32 negativos y 4 abstenciones. En estos mismos instantes se está leyendo un comunicado oficial en la escalinata del edificio del Congreso de California. La multitud congregada vitorea y saluda el nacimiento del nuevo país soberano.

Durante medio minuto el Presidente Ethan Ellsworth no dijo

nada, se limitó a mirar con suma lentitud hacia la pared de enfrente, a la mesa y a su alrededor sumido en sus pensamientos, controlando sus emociones. Éste era un momento que ningún Presidente hubiera deseado vivir durante su mandato, un momento que, desde Abraham Lincoln, ningún Presidente pensó que ocurriría en ninguna presidencia. Ahora California. Oregón tendría elecciones en menos de dos semanas. Utah y Idaho se lo estaban pensando.

-Bien... –dijo al fin el Presidente mientras se levantaba pesadamente de la mesa-. Ya me puedo ir a la cama. Tal como está previsto, por el momento no haremos nada. Prepárame una declaración institucional para mañana temprano.

El anciano Presidente buscó sus pastillas para dormir. Su mano chocó con la caja en el bolsillo derecho de su americana.

-Ninguna noticia de las bases militares, ¿verdad?

-Ninguna, señor.

Las cuarenta y dos bases militares federales en suelo californiano tenían orden de resistir toda tentativa de ocupación. Las instrucciones eran, si fuese preciso, disparar a matar sin contemplaciones. Por Fortuna, California no poseía ni un ejército ni un arsenal adecuado para enfrentarse al conjunto de esas bases situadas en su suelo. El Presidente se dirigió a su

habitación con la tranquilidad de poseer esos cuarenta y dos acuartelamientos, pero también con la excitación de saber la euforia popular que a esas horas de la madrugada embargaba los alrededores del congreso californiano.

-Ah –dijo el Presidente volviéndose hacia el secretario Spokane, cuando ya estaba a punto de salir del Despacho Oval-, envíe esta noche un comunicado a todas las bases militares situadas en suelo californiano. Dígales que cualquier individuo perteneciente al Ejército que dentro de un cuartel manifieste el más leve signo de alzamiento debe ser inmediatamente detenido, y juzgado sumariamente antes de que acabe el día. Hace ya varios meses que llevamos alejando a los naturales de cada estado a otros cuarteles, pero nunca se sabe. Nunca se sabe... Bien, nos veremos mañana en la reunión.

-Hasta mañana, señor.

El Presidente Ethan Ellsworth se alejó con paso ensimismado por el alfombrado pasillo. Dos jóvenes y fornidos miembros del servicio secreto que hacían guardia, se colocaron con todo respeto a un lado mientras su protegido pasaba camino de sus aposentos. El paso del Presidente era el de un hombre cansado y lleno de preocupación. La juventud de los que vigilaban esa puerta y que velarían por él toda la noche, contrastaba con los sesenta y dos años del presidente de pelo blanco. La dureza de los guardaespaldas resaltaba más cerca de esa cara presidencial de gesto siempre comedido, que al pasar les miraba incluso con cierta timidez.

En virtud de la magia farmacológica del tubo de pastillas, el Presidente estaría dormido en diez minutos, pero hasta ese dichoso momento en que su mente desconectase de las preocupaciones de su pesada jefatura, iría dando vueltas en su cabeza a toda esta colosal crisis; a la crisis y a

las causas de la crisis. ¿Qué es lo que nos ha llevado a esta situación?, se preguntaba una y otra vez camino de su habitación. Nadie le esperaba en su dormitorio. Era un soltero solitario. Por eso nada le distraía de las preguntas de su mente. ¿Cómo hemos podido llegar a esto? ¿Qué hemos hecho desde hace varias presidencias para que un estado quiera separarse? ¿En qué hemos fallado?

Las calles de la Nación se habían vuelto inseguras hasta un grado inconcebible. Los ciudadanos se sentían prisioneros en su propio país. La corrupción de Washington, tan lamentable como absoluta. El poder de la mafia, invencible. Estados Unidos se podía convertir en un país plenamente dominado por la mafia. Y encima la corrupción de la política. Una corrupción sin precedentes que había logrado alejar a la mayoría de los ciudadanos de la política. La población había llegado a la conclusión de que todos los políticos, todos, estaban enfangados, atados por múltiples lazos a intereses ocultos, a los intereses de los grupos que apoyaban sus candidaturas. Los ciudadanos tenían razón. Ellos lo sabían. Él mismo –el Presidente Ellsworth- lo sabía.

Sí, no era sorprendente que después de dos generaciones en esta situación los estados más sanos, los menos afectados por la corrupción, tuvieran un cierto deseo de separar sus destinos de los del resto de la Nación. Lógicamente esos anhelos se extendían por los estados ricos, prósperos, con un gran futuro. California, por sí sola, seguiría siendo una de las naciones más poderosas de la Tierra. Los estados de las Grandes Llanuras y los de la Cuenca Central continuaban siendo firmemente unionistas.

En cualquier caso, el Ejército, la pesada maquinaria del Ejército, seguía estando en manos federales. La Guardia Nacional de California no tenía ni

media posibilidad de victoria si se enfrentaba a los militares profesionales con todo su equipamiento. El Presidente Ellsworth era partidario de esperar, de no precipitarse. Estaba relativamente convencido de que todo aquello no era otra cosa que una locura, un frenesí transitorio. La larga lista preparada con concesiones para un mayor autogobierno, iría mitigando esos ardores independentistas.

-Ahora lo esencial es mantener la sangre fría-, se dijo a sí mismo abriendo la cama, cubriéndose con las sábanas blancas, agradables, que le esperaban para que durmiera en ellas. Tenía tanto sueño. Las pastillas además estaban ya haciendo su efecto. El sueño reparador le invadió en segundos.

Aquella noche nadie se movió, ni en las bases federales ni en los cuarteles de la Guardia Nacional. Sólo las calles eran un hervidero. Miles y miles de entusiastas independentistas recorrían todas las arterias principales del centro de Los Ángeles. Aquello era una riada humana de cantos y banderas estatales con el oso californiano, una riada que llenaba toda la avenida que iba desde Lakewood hasta Fullerton, con miles y miles de banderas agitándose.

Los políticos hacían sus declaraciones. Las cámaras, atentas a la anécdota humana, enfocaban a las parejas que emocionadas de alegría se besaban en Pershing Square, a las ancianas que hacían declaraciones entusiasmadas delante de un micrófono, a las familias que habían traído de casa una gran bandera californiana. No se produjo ni un incidente, ni un asalto, ni un acto de vandalismo. La Policía Metropolitana vigilaba todo atentamente. No había que dar ninguna excusa para una intervención federal.

A ambos flancos de la manifestación, agentes de policía

estaban preparados para reprimir cualquier conato de exaltación que diera origen a desórdenes. Pesadas aeronaves, semejantes a helicópteros, con rotores, pero sin hélices, estaban por doquier. Toda la flota de aeronaves del Departamento de Policía vigilaba desde los aires. Desde lo alto, sus cámaras, los millares de ojos de sus objetivos, patrullaban toda la ciudad.

Los independentistas, estaban felices, lloraban, lágrimas de emoción. El hombre medio de la calle era entrevistado por periodistas y decía cualquier cosa inmerso en el entusiasmo de aquella algazara, de aquella borrachera de independencia. Una borrachera hábilmente programada por los congresistas *pro independencia*. Una algazara en nada compartida por buena parte de la población que no había salido de sus casas, y que miraba todo aquello con gran indiferencia.

La mayor parte de los californianos estaba convencida de la irremediable corrupción de su clase dirigente. De manera que todos aquellos acontecimientos, que eran previsibles desde hacía ya meses, les cogieron sin ninguna sorpresa y con la resignación del que piensa que nada va a cambiar a mejor. Pero eso no importaba, la minoría de la población que tanto se había esforzado por la independencia, se encontraba exultante.

Quizá no hubieran estado tan felices los bulliciosos secesionistas que agitaban sin descanso las banderas, si hubieran sabido que a esas mismas horas de la noche llegaban 95.000 soldados de infantería a las bases militares de Nuevo Méjico, Colorado y Wyoming. En el carril derecho de varias autopistas interestatales las largas columnas de todoterrenos avanzaban lentas e interminables hacia los acantonamientos fronterizos de aquellos estados infectados con el virus de la insurrección. Inacabables superficies de los desiertos de Dering, Burlington y

las praderas de Midwest aparecían iluminadas en mitad de la noche, recorridas por los faros de miles de vehículos que penetraban en aquellos inmensos recintos vallados. Allí se acumulaban las hileras de material bélico, hileras que vistas desde el aire aparecían como pasillos entre las inacabables cuadrículas que formaban las áreas cubiertas por tiendas militares y torres de vigilancia. Habían llegado en un solo día 95.000 efectivos de infantería, que se sumaban a los 110.000 que ya se encontraban allí. Quince divisiones desde esa noche aguardaban en esos desiertos a la espera de cualquier orden. El Pentágono ya tenía en camino otras diez divisiones más.

Al día siguiente
5 de enero de 2180

Un día medio nublado, pequeños copos de nieve caían a ratos sin cuajar, la televisión había anunciado que el tiempo mejoraría a lo largo del día. Dentro del Despacho Oval estaban los diez miembros del Consejo de Seguridad Nacional. El café humeaba en las tazas, hundido en el cuero mullido de su sillón el Presidente les escuchaba.

-Señor Presidente, esta declaración de independencia de la pasada noche no es nada. Tan sólo se reduce a que a partir de ahora el estado de California no enviará al Gobierno Federal su cuota de impuestos. En mi opinión, si los escaños del Congreso de California se renuevan dentro de tres años con una nueva mayoría unionista, habremos recuperado el estado del modo más incruento posible. Cualquier cosa que hagamos ahora, sería vista por el contrario como una injerencia absolutista, como una confirmación del poder tiránico de la maquinaria de Washington frente a las libertades de los ciudadanos.

-Soy de la misma opinión –dijo otro consejero.

-Yo también –añadió un tercero.

-¡Yo no! -exclamó uno de los dos generales presentes. El otro general, sentado no muy lejos de él, le apoyó con el gesto-. Todo discurso independentista se va radicalizando con el tiempo. Si dejamos que cuaje esta rebelión se consolidará, y habremos perdido para siempre a California. Si hay que hacer algo, hagámoslo ahora. Después ya no podremos hacer nada.

El Presidente de pie apoyado en su mesa había guardado silencio, pero ahora volvía a hablar, con toda serenidad, era el hombre más reposado del mundo. De hecho deliberaba sobre el asunto como si estuvieran discutiendo una partida presupuestaria. La noche anterior se había acostado muy cansado, como si el peso de toda la nación gravitara sobre sus espaldas. Pero hoy, sentado en su mesa, como un capitán al timón, afrontaba el tema con nervios de acero. Ahora lleno de energía decía:

-Me alegra que haya usado la palabra *rebelión*. Esto es una rebelión, no es ninguna independencia. Y les ruego que en esta sala a partir de ahora usen la palabra *rebeldes* no *independentistas*. Las cuestiones de imagen son esenciales. En todos nuestros discursos hablaremos siempre de la *rebelión* y los *rebeldes*.

Los presentes asintieron. Todos se dieron cuenta de que aquel hombre era un zorro muy viejo en cuestiones políticas. El Presidente siguió hablando con determinación:

-Washington no acepta de ningún modo esa secesión. Nada de lo que hagamos o digamos debe hacerles pensar que aunque oficialmente no, *de facto* podríamos aceptar parcialmente esta situación. Los que estamos aquí debemos ser conscientes de que los intereses económicos de esta nación nos marcan una línea de actuación muy

clara. Desde hace cuatro días todos los grandes grupos económicos han movilizad sus medios de presión sobre mí y sobre el Congreso para que no permitamos de ningún modo esta extraña aventura política. ¡La secesión no es buena para los intereses de los Estados Unidos! Ni siquiera es buena para los intereses radicados allí, en California. Todo esto es un mero asunto sentimental. Los sentimientos de esa minoría que ha visto en la secesión la solución a todos sus problemas.

-Las masas cambian de opinión de una legislatura a otra –añadió el vicepresidente-. Y más con adecuadas campañas de información. Lo lamentable es que hayamos permitido que todo esto se nos haya escapado tanto de las manos.

-Lo referente a la campaña de información lo tocaremos después –dijo el Presidente-, ahora abordemos el tema militar. General Berger, ¿cómo está la situación?

-El Congreso de California sólo cuenta con los efectivos que la Guardia Nacional tenía hace un año. Nadie ha mencionado ni siquiera aumentar esos efectivos. No quieren soliviantarnos. Mantenemos perfecto control sobre todas nuestras bases militares en suelo californiano. La Guardia Nacional esencialmente cuenta con armas de asalto. Cuatrocientos carros acorazados, ciento veinte aeronaves DR-200, una infantería que no es profesional y una serie de especificaciones que no voy a desglosar para no aburrirles, pero que se resume en que las fuerzas del estado serían barridas en el primer envite.

Sólo les daré un dato, sus fuerzas son diez veces menos en relación tan sólo a nuestras fuerzas profesionales en territorio de California. Si contamos todas las que ya hay en las fronteras del estado, las cifras son todavía más favorables a nosotros. Un enfrentamiento con la Guardia Nacional duraría tan solo un día. Podríamos

derrotarlos en todos los frentes simultáneamente antes de que se pusiera el sol.

-Lo único que hay que ver –añadió un consejero con mirada preocupada- es la cantidad de muertos que puede soportar nuestra administración.

-Oh, vamos –interrumpió el otro general-, ¿estamos hablando de los Estados Unidos! Al cuerno si aparecen fotos en las portadas con más o menos muertos.

-Vamos, general, no se lo tome así, no he dicho que ésta no sea una cuestión que se puede zanjar de un modo militar –se defendió el consejero que había hablado el último-. Pero todo debe ser considerado. Y si podemos evitar la intervención, sería lo mejor.

-¡Ésta es una cuestión patriótica!, y nada más –replicó el general.

-Sí, pero si queremos abordar la solución de este problema nos tenemos que plantear hasta dónde queremos llegar –añadió otro secretario amigo del último. Llegar hasta el extremo, a veces no es el mejor modo de acabar con un problema. Y queremos acabar con este problema de forma que la solución no genere nuevos problemas.

-El caso es que...

En ese momento entró un asistente del Presidente con un papel en la mano.

-Señor, la Oficina de Aceptación de Demandas del Tribunal Supremo de los Estados Unidos nos acaba de cursar este escrito.

El Presidente Ellsworth lo leyó entero, después contrajo levemente los músculos de la cara, y lo dejó a un lado, encima de la mesa.

-Me comunican oficialmente que el estado de California ha recurrido ante el Tribunal Supremo la decisión del

Congreso Federal de no aceptar su secesión.

-¿Pueden hacerlo? Si se han separado de nosotros, ¿cómo pueden recurrir a nuestro tribunal?

-En principio sí –dijo uno de los consejeros presentes, el especialista en cuestiones jurídicas-. Puesto que si nosotros no aceptamos su estatus de independencia, eso significa que son parte de la Unión. Y si son parte de la Unión pueden recurrir una decisión del Gobierno Federal ante el Tribunal Supremo. Es lo que marca la ley.

-Pero si ellos consideran que ya están fuera de la Unión –dijo el Presidente- es un contrasentido que hagan eso.

-No, señor. Perdona que insista, pero la única razón por la que nosotros podemos exigirles que retrocedan de esa declaración de independencia de ayer noche es afirmar que siguen siendo parte de la Unión, tanto si les gusta como si no. Y si son parte de la Unión pueden recurrir una decisión del Gobierno Federal frente al Tribunal Supremo.

-Además –añadió el experto en relaciones federales- ha sido un movimiento muy inteligente. Si el Tribunal Supremo de los Estados Unidos reconoce el derecho de un estado a separarse de la Unión, entonces podrán continuar con el camino que han emprendido, sin que nosotros se lo podamos obstaculizar. Si por el contrario el Tribunal Supremo no les reconoce ese derecho, entonces ellos alegarán que no reconocen ni la jurisdicción de ese tribunal, ni su fallo.

-Es una muy buena jugada – comentó una consejera-. Si el veredicto del tribunal les es favorable, nosotros estaremos con las manos atadas. Tendremos que acatarlo. Y si no, ellos harán lo que les de la gana. No tienen nada que perder con presentar este recurso, pero nosotros sí.

-¿Pero es que tienen alguna posibilidad de ganar ese recurso? – preguntó indignada otra consejera al experto en asuntos jurídicos -. Me refiero... es que hay alguna posibilidad de que el Tribunal Supremo reconozca el derecho de un estado a separarse de la Unión?.

-En mi opinión, no tienen ninguna posibilidad. Pero no pierden nada por presentar ese recurso. Hasta da una cierta apariencia de legalidad a las acciones que ha emprendido la nueva mayoría en el Congreso de California.

-¿Legalmente deberemos esperar a que el Tribunal emita un fallo, o el Gobierno Federal puede tomar ya las disposiciones que crea convenientes contra los secesionistas? –preguntó el vicepresidente.

-Por supuesto, nosotros podemos actuar antes del veredicto. Ellos sólo han presentado el recurso para dar una apariencia de formalidad a su secesión. Pero esto es una secesión.

-Formalidad... de acuerdo a las formas jurídicas... no tienen vergüenza alguna –musitó entre dientes un muy molesto consejero mirando a su corbata mientras se la alisaba.

Todos iban tomando su café, fuera la nieve seguía cayendo. El presidente, de pie, mirando por la ventana, preguntó:

-¿Podríamos recusar la demanda, alegando que en su petición no hay un reconocimiento de la jurisdicción del Tribunal Supremo?

-No lograríamos mucho. Dese cuenta que presentar una demanda no requiere legalmente el reconocimiento formal de la jurisdicción de un tribunal. Hablo en términos meramente jurídicos. Además, esta demanda la podría presentar otro estado como Utah, que todavía está dentro de la Unión, pero que se lo está pensando. Incluso la podría presentar un grupo de ciudadanos particulares de California.

Por ese camino no vamos a poder impugnar nada.

-Muy bien, muy bien –dijo el Presidente poniendo punto final a las cuestiones legales en aquella reunión-. Esta demanda me confirma todavía más en mi decisión de que hay que esperar. Del tirano se espera que aplaste al momento una rebelión. Les vamos a mostrar que aquí hay políticos, no déspotas. Esperaremos. No estamos obligados a hacer las cosas cuando ellos quieran, sino cuando más nos convenga a nosotros.

Todo el gabinete le escuchaba en silencio. Todos ponían cara inexpresiva, salvo los dos generales, que no escondían su disconformidad. Los presentes sabían de la debilidad de carácter del Presidente Ethan Ellsworth. Quizá por eso había sido aupado por los lobbies financieros hasta aquel despacho. Pero la situación del momento presente requería un carácter de hierro. Quizá la secesión de ahora era el fruto de muchos presidentes débiles de carácter elevados por poderosos grupos de presión. Ellos habían llevado a cabo las faenas que les habían encomendado esos grupos, pero habían dejado sin resolver todo asunto que resultase excesivamente espinoso.

Los asuntos impopulares hacen perder las elecciones. Un asunto espinoso únicamente deja de ser impopular cuando alcanza cierta masa crítica, cuando la población ya no puede aguantar más. La acumulación de muchos asuntos sin resolver durante las legislaturas de medio siglo había llevado a la Unión a la situación en que ahora se hallaba. Situación pésima que incluía el que unos cuantos estados se estuvieran replanteando sus lazos con el Gobierno Federal. California sólo había sido el primero en dar el paso.

El Presidente Ellsworth era conocido de todos como una personalidad llena de vacilaciones,

como el personaje vacilante por antonomasia en la escena washingtoniana. Pertenecía al número de aquellos infelices caracteres en quienes la reflexión no aclara las ideas ni confirma la voluntad, sino que suscita incesantemente nuevas dudas y dificultades. Todos pensaban eso mientras el Presidente seguía hablando y hablando:

-Además, no voy a emprender una guerra que después resulte ser ilegal. Imaginen que comienzo a acumular cadáveres en las cunetas de las autopistas de California y que después el Tribunal Supremo falla que un estado tiene derecho a la secesión. Hay que esperar, lo veo clarísimo. Es más, estoy seguro de que esta crisis tendrá una solución política. En lo que nos tenemos que esforzar es en que el Congreso de California se recobre una mayoría unionista. Ésa es nuestra auténtica guerra.

Todos pensaban que el año que le quedaba a Ellsworth en la presidencia se les iba a hacer insoportablemente largo. Afortunadamente era su segunda legislatura.

De momento en California todo seguía igual, la situación se mantenía. Si no fuera porque el Congreso Californiano había firmado un acta que afirmaba la independencia de aquel estado, todo parecía seguir como si no hubiera pasado nada. En la sede central de FBI en Los Ángeles se había recibido la notificación del Gobernador advirtiéndoles que quedaban suspendidos sus poderes para investigar agencias estatales y a ciudadanos particulares con escaño en el Congreso de California. Washington de momento les advirtió a sus agentes que esperaran y que no hicieran nada por su cuenta. Si se producía un enfrentamiento entre el FBI y la Guardia Nacional del Estado de California, el FBI sería barrido de un plumazo, *así que de momento aguantad*

chicos, les dijo por teléfono el Director General, *las cosas en Washington se aclararan en unos pocos días*. Pero mientras tanto, día a día, la secesión avanzaba unos centímetros más, sin prisas, con tiento. La Policía Metropolitana se presentó en las oficinas centrales del Departamento del Tesoro en Los Ángeles y comenzó la incautación de los archivos y su traslado al complejo estatal de Pasadena. Los editoriales de todos los periódicos de toda la Nación relampagueaban con rayos de ira en medio de la más negras nubes.

No eran negros, sino muy blancos, los uniformes de los 50 escuadrones de marines que formaban en la cubierta de la plataforma USS Columbia. Ese mismo mediodía acababan de fondear seis plataformas militares de la Marina de los Estados Unidos. Cada plataforma tenía una extensión que dos kilómetros cuadrados, que formaban un cuadrado perfecto.

La Marina de Estados Unidos había construido desde finales del siglo XXI aquellas bases militares flotantes. Gigantescas estructuras metálicas sostenidas sobre varias quillas independientes, quillas mastodónticas, grandes como portaviones. Cada plataforma era como un gran cuadrado sostenido sobre las quillas de unos veinte portaviones. Un perfecto cuadrado, una extensión plana perfectamente geométrica recorrida por varias pistas de aterrizaje y despegue, bajo la cual varios reactores atómicos funcionaban día y noche para mover aquellas moles por los cinco mares del mundo. Las grandes plataformas de la Marina habían resuelto a finales del siglo XXI la necesidad de bases norteamericanas en ultramar; las bases flotantes podían desplazarse por aguas internacionales y detenerse en una región oceánica del mundo el tiempo que fuera necesario. Ese tipo de bases

flotantes habían constituido los pilares de la vigilancia militar de Estados Unidos fuera de sus fronteras. Cada una de ellas equivalía a tener un puerto, una base aérea, un lugar de acantonamiento y un silo balístico. Ahora las seis plataformas estaban fondeadas a menos de 50 millas de la costa de Los Ángeles a poca distancia de las Channel Islands.

Justo en el punto central de cada plataforma, una pesada torre hacía las veces de puente de mando. Dado que la plataforma tenía una extensión de dos kilómetros cuadrados, la torre se elevaba cincuenta metros. Una torre imponente para una extensión imponente. La torre culminaba en su cúspide con infinidad de radares, sensores y antenas. Cada una de las seis islas flotantes tenía una de aquellas pesadas y gruesas torres, mientras que alrededor de ellas hormigueaban un cierto número de aeronaves elevándose verticalmente o maniobrando en el aire. Cerca del perímetro más exterior de la plataforma se movían las formaciones de hombres al mando de severos sargentos que se ocupaban de la instrucción militar de los nuevos cadetes. Por debajo de la plataforma, en la quilla a ras del nivel del agua se abrían varias bocas de túnel, de donde salían silenciosos los ocho submarinos con que contaba cada plataforma.

Las plataformas flotaban como islas inmovibles a menos de seis millas de la costa. Desde las playas se las veía como lejanos puntos, como islas, tan silenciosas, como cargadas de poder. Ellas eran un recuerdo continuo del poder de la primera potencia militar del mundo. Silenciosas pero no ociosas, continuamente rastreando todas las ondas electromagnéticas del estado de California, rastreando sus comunicaciones, continuamente poniendo a punto su poder de fuego arrasador, mientras que sus miles de marines del Cuerpo de Intervención Rápida se preparaban para un asalto que

cada vez intuían más cercano. Los miembros de ese cuerpo se preparaban, sobre todo, para un golpe rápido como el rayo y preciso como un bisturí; sólo se necesitaba una orden

El Gobernador de California, Leo Mc Cormick tomaba su desayuno en su despacho del piso cuarenta del Rascacielos Broods. Desde allí, con prismáticos electrónicos, se divisaban las seis islas flotantes de la Marina. Mc Cormick en silencio tomaba su té, tamborileaba con sus dedos en la mesa. Su mano izquierda tamborileaba y silencioso seguía mirando hacia la línea del horizonte del mar. No veía nada. A simple vista el horizonte del océano se percibía como una línea continua, sin irregularidades. Pero él sabía que esas plataformas flotantes estaban allí.

Su situación, como la de su partido independentista, no era nada sencilla. Tenía que evitar airar a la opinión pública estadounidense. Ya que si la presión de esa opinión era muy fuerte, el Gobierno Federal decidiría la intervención inmediata. Por eso tenía que contener los excesos de los exaltados y mostrarse él mismo prudente. En realidad, lo que le interesaba era mantener esa situación de ambigüedad el mayor tiempo posible. Cuanto más tiempo pasara, más se iría acostumbrando el Pueblo Americano a esa situación. Al mismo tiempo, sobre él pesaba la amenaza de las próximas elecciones estatales dentro de tres años y medio. El electorado entero del estado se movilizaría y era muy probable que los unionistas retomaran de nuevo la mayoría. Había que mantener un grado aceptable de independencia, para que los votantes indecisos les vieran a ellos como una opción razonable. Su situación era tan complicada como la de Ethan Ellsworth. Pero uno y otro debían férreos mostrarse en sus discursos. Ninguno podía dar impresión de debilidad.

Sin embargo, esas plataformas flotantes fondeadas a tan poca distancia de su despacho de su despacho, eran un constante recuerdo de que bastaba una decisión del Presidente para que la República Independiente de California volviera a la nada.

Tres días después

En el segundo piso de la Casa Blanca, el Presidente toma su desayuno. Su mano derecha sostiene el *New York Times*, mientras con la izquierda moja en leche su caracola de color miel bien horneada con pasas y una guinda en el centro del apetitoso remolino repostero.

Todo el mundo habla de la guerra, ¿pero dónde están las trincheras, dónde las hogueras? No, ésta es una guerra mercantil, una conflagración dentro del Dow Jones, una conflagración doméstica entre grupos de presión y compañías. Ésta es la primera guerra de las nuevas guerras civilizadas de los tiempos por venir, las nuevas guerras entre los hombres de Occidente. Ya no hay familias ni linajes, sólo grupos de presión, grupos de políticos, fuerzas económicas. El *homo antecesor* queda relegado ante el poder del *homo pragmaticus*. Las hordas de cromagnones ya no pintan bien ni en un cartel de reclutamiento de nuestras fuerzas de infantería. La fuerza bruta queda confinada a estadios más primitivos de nuestra evolución. ¡That´s the W@r!

El Presidente lee complacido la columna. Deja el periódico, toma un sorbo de café y coge otro diario. Comienza a pasar páginas del *Herald Tribune*. Su vista de águila rastrea en busca de columnas sobre temas que le interesen. Pronto encuentra una.

Los analistas dicen que en las elecciones estatales de California hace medio año no votó casi nadie, mientras que los votantes secesionistas fueron todos a las urnas, ni uno solo se quedó en casa. La secesión durará hasta la convocatoria de nuevas elecciones al Congreso de California. Las encuestas reflejan claramente que la mayoría de la población está a favor de la Unión. Pero los secesionistas ganaron limpiamente las elecciones, no es culpa de los independentistas que los otros pensarán que esto nunca iba a ocurrir. Ese es el gran problema, que ya casi nadie va a votar. A finales del siglo XX iba a votar la mitad del censo. Y en el siglo siguiente no les entraron más ganas de depositar la dichosa papeleta en la urna. Ahora no llega ni a una cuarta parte. A Ethan Ellsworth le votó un 11% del Pueblo Americano. Puesto que votó el 23% del censo, eso significa que la mitad le votó a él. La conclusión evidente de todos estos datos sólo puede ser una: no se puede dar comienzo a una guerra con tan poco respaldo.

Bien, me complace observar – pensó Ethan- que hasta los periódicos se van calmando. La naturaleza humana siempre es igual. Después del primer entusiasmo, después del primer arrebato de cólera, todo va volviendo a su sitio. Las columnas de opinión de hoy ya no son las de hace tres días, ni las furibundas de hace dos semanas antes de la votación californiana. Estoy seguro de que los más ardientes unionistas serán menos vehementes dentro de un tiempo, y hasta los secesionistas más acérrimos serán menos secesionistas. El desastre que se podía haber producido en un primer momento podía haber sido monumental. Menos mal que he mantenido mi cabeza fría en medio de toda esta jaula de grillos.

Sin embargo, el Presidente no sabía que, a esas horas, en Glendale, Upland y Whittier, en California, varios grupos de ciudadanos descontrolados estaban asaltando distintas agencias federales. Una hora después, sobre las aceras de aquellas calles, sobre los vidrios rotos de cientos de ventanas,

yacían diseminados decenas de miles de documentos oficiales de las oficinas asaltadas. Algún que otro exaltado, una hora después, todavía seguía lanzando el contenido de los ficheros desde los pisos superiores ya completamente abandonados. Unos arrojaban el contenido de los ficheros y otros más entusiastas lanzaban incluso parte del mobiliario.

-¿Cómo, no han hecho ninguna detención?- preguntó asombrado una hora después Ethan Ellsworth. La respuesta de sus asistentes fue preguntar retóricamente quién podía practicar las detenciones: ¿la policía metropolitana?, ¿la estatal? Ambas estaban en manos de los independentistas. Ethan se limitó a bajar la cara y mover la cabeza, como dando a indicar que esto no podía seguir así. Sin embargo, no hizo nada, no se tomó ninguna medida. A las seis de la tarde volvían a perturbarle comunicándole que el Congreso de California había movilizado a 600.000 hombres de su Guardia Nacional.

La noticia le cogió de improviso al presidente Ellsworth durante una visita de un matrimonio amigo a la Casa Blanca.

-¿Qué ha pasado? –le preguntó Catherine Kazansakis, la esposa de su amigo, cuando Ethan volvió a sentarse en el sofá.

-No, nada. Que el estado de California ha movilizado a su Guardia Nacional.

Catherine y su marido estaban en uno de los salones de la Casa Blanca, tomándose un jerez. Sentados en aquellos sillones habían estado charlando como los viejos conocidos de toda la vida que eran. La llamada había turbado la tranquilidad de la conversación.

-¿Y qué vas a hacer?

-No voy a hacer nada, por supuesto –respondió el Presidente que seguía afectado por el golpe de la noticia-. Hay un proceso ante el

Tribunal Supremo, esperaré a que falle el Tribunal. Si el fallo es favorable a la Unión, entonces la secesión habrá tocado a su fin, la legalidad vigente se restablecerá con toda la autoridad que nos otorga la Constitución. Si la Secesión es legal, tendré las manos atadas.

-Y nos habremos ahorrado una guerra –añadió Catherine.

-¿Pero puede salir tal sentencia? –preguntó enseguida su marido.

Ethan bebió un poco más de jerez, dejó la copa, se pasó la mano por sus blancas patillas.

-Mira, la Secesión es un disparate –respondió conteniéndose Ethan-. Los californianos si se independizan no serán más ricos, no serán más libres. Pero estas cosas son muy viscerales. De momento sólo una cuarta parte es favorable a la independencia. Pero eso no significa que el resto esté a favor de continuar en la Unión. Ahora mismo lo que hay es sorpresa. Nadie se imaginó que los independentistas se hicieran con la mayoría de escaños en el congreso californiano. Ahora pagamos las consecuencias de que los unionistas no fueran a votar y que de los otros fueran todos. Pero recuerda una cosa, las minorías son las que logran las independencias.

-Ya, pero la sentencia del Tribunal Supremo... es imposible que diga que la secesión es legal, ¿no?

-Tranquilo, no te preocupes. Esa sentencia supondría la destrucción de los Estados Unidos, la destrucción lenta pero inexorable de la República. Es cierto Catherine, que nos ahorraríamos una guerra, pero a costa de que dentro de treinta años o cincuenta los Estados Unidos fueran dos o tres grandes repúblicas de uniones de estados pequeños rodeados de grandes estados independientes como California, Texas o Montana.

-No quiero ni pensar en tal desbarajuste –el marido se llevó la mano a la frente.

-Tranquilo, aquí estamos para evitar la destrucción de la Nación y para evitar la guerra si es posible –dijo el Presidente-. Ésa es la labor de nosotros los políticos.

-De todas maneras ahora el partido independentista está en su fase más virulenta, no es posible dialogar acerca de nada con ellos –comentó la mujer.

-Hay que reconocer, y eso es indudable, que la situación previa, la situación de la Nación, me refiero, es muy mala –comentó desanimado el marido.

-Sí –respondió ensimismado Ethan.

En esos momentos se paseó por ahí, silencioso sobre la alfombra, el perro del Presidente, un precioso Gran Dogo. ¿Qué hace ese perro ahí?, preguntó en alta voz Ethan. En seguida vino una persona del servicio a recogerlo. El perro prácticamente siempre estaba confinado a una zona de esa planta. Ethan tenía perro sólo porque sus asesores le habían comentado que eso le daba en las fotos una imagen más hogareña, más amable. Pero lo cierto es que les tenía bastante manía a los chuchos. Y más a ése que babeaba no poco. Pero todo por la imagen. Había que reconocer que el cuadrúpedo quedaba muy bien cuando el Presidente volvía a la Casa Blanca, y él y su perro bajaban de la aeronave. El Presidente también tenía que hacer algo de footing, cosa que odiaba tanto como a los perros. Pero a pesar de su edad había que ofrecer una imagen dinámica.. Después de aquella canina interrupción, Ethan volvió a la conversación, y al cabo de un rato dijo:

-Tenéis razón, la situación había empeorado sensiblemente. Pero los presidentes de esta Nación estamos prisioneros del Pueblo. Los males del

Pueblo requieren medicinas a veces desagradables. A veces el precio de hacer lo que se debe hacer es que baje tu popularidad. El mal tiene que ser lo suficientemente doloroso como para que el Pueblo esté dispuesto a pasar por los remedios. Lo de la independencia californiana ha sido un efecto colateral no previsto en este escenario en que las pérdidas y las ganancias de popularidad parecían estar perfectamente previstas.

-Yo creo que el mal está en el tamaño –dijo Catherine-. Estados Unidos se ha hecho demasiado grande. Cincuenta estados, cuatro estados libres asociados, catorce territorios dependiendo del Congreso de los Estados Unidos. Y veintiocho bases en el extranjero bajo bandera estadounidense.

-A veces creo que hemos caído en el mismo proceso del Imperio Romano –añadió el marido.

-Mirad, es cierto que no es lo mismo unas pocas colonias de puritanos que contaron en su día con cincuenta mil habitantes, que una Nación con 900 millones de habitantes –dijo Ethan-, pero el crecimiento era inevitable. Nada es tan inevitable como el crecimiento.

-Ya pero esta nación cada vez tiene que esforzarse más en su presupuesto por cuestiones que están fuera de nuestras fronteras. Los Estados Unidos con sus bases militares, con sus flotas en todos los mares del mundo, con sus intereses comerciales y compañías en cada una de las naciones de la Tierra... el planeta... ¿no se ha convertido la Tierra entera en el Planeta Americano?

El Presidente rió estruendosamente. Un criado trajo en una bandeja de plata unos calientes bocaditos de perdiz y faisán para picar. Se marchó tal como había venido, sin decir nada.

-Esa comparación –continuó el Presidente- de los Estados Unidos con el Imperio Romano es la cosa más vieja

del mundo. Es algo manido, un estereotipo. Lo gracioso es que la cosa ya viene desde el mismo comienzo. Sólo hay que echar una ojeada a las fachadas de los edificios originales de esta capital y a los que sucesivamente se fueron construyendo. La fantasía de Imperio, el mito, la ensoñación imperial, flotaba en el ambiente. Ni siquiera los romanos tuvieron como proyecto crecer, y crecieron. El Imperio Romano se construyó generación tras generación bajo el único pretexto de defender a la Urbe y sus intereses comerciales. Tampoco nosotros tuvimos en mente salir de nuestras fronteras naturales, y hemos salido. Pero es que para defender nuestras fronteras naturales, hemos tenido que salir fuera y a veces muy lejos. Exactamente, ¡exactamente igual!, que les sucedió a aquellos patricios con las Guerras Púnicas. Asimismo la República Romana tuvo sus, digamos, secesiones. También nosotros. Pero nosotros debemos afrontar cada situación de crisis con la serenidad con que aquellos romanos forjaron su historia.

-¿Cuándo empezará la guerra? –le interrumpió Catherine, abruptamente. Ethan estaba a punto de dar una larga explicación acerca de las similitudes entre Roma y los Estados Unidos, y ahora Catherine le acorralaba con esa pregunta. Ella sabía que no la iba a responder, pero era evidente que ella quería soltármela de golpe para ver qué decía, qué gesto aparecía en mi cara. A Ethan le sorprendió aquella treta para sonsacarle.

-La guerra... –repitió lentamente el Presidente, mientras su cerebro pensaba alguna respuesta-. No sé. El independentismo precisa mártires cuanto antes. Eso le daría un aire heroico. Lograr una independencia, cualquiera, sin héroes parece casi más una traición, porque toda independencia precisa de un opresor. No es creíble un opresor que no produce ni un mal héroe.

Nosotros, los malos federalistas, quedaremos menos malos si no les plantamos batalla. Los unionistas también me exigen una guerra. Ellos también me exigen la guerra. ¡Todos me exigen la guerra! Y yo aquí, sentado en este sillón, esperando a que comiencen las sesiones del Tribunal Supremo –los fríos ojos de Catherine analizaban cada frase de Ethan-. La guerra... no sé. Todavía no sé cuando.

El marido le dijo que era un pillo. Ethan eres un pillo, le repitió. Otro camarero serio, vestido de pantalón negro, chaqué blanco y pajarita negra, trajo sobre una bandeja de plata una tónica para la señora. Su marido, sentado en un sillón con un gran óleo del presidente John Adams a su espalda, continuó:

-Siempre que me preguntan por ti les digo que eres un político de raza.

-Lo que no se sabe es de qué raza –añadió el Presidente con magnífica ironía.

Todos rieron. La esposa, entonces, se puso a hablar del candidato demócrata al Senado por New Hampshire, no dijo una cosa buena de él. Su marido le apoyó. Entonces Ethan levantándose y sirviéndoles él mismo un poco de vino rosado, concluyó con un *es incapaz de una mentira, es*

incapaz de una falsa promesa, es básicamente incapaz.

La velada siguió agradable todavía una hora más. La verdad era que el inquilino de la Casa Blanca necesitaba descansar, relajarse de todos sus problemas, y aquella visita había sido muy beneficiosa. En un momento dado, Ethan llegó a llorar de risa cuando la esposa de su amigo le contó que el Presidente del Senado le respondió a una periodista: *Tenemos mucho dinero aquí en Washington. Lo que necesitamos es más prioridad.*

A esas mismas horas, mientras ellos estaban relajadamente bromeando, nuevos incidentes ocurrían en las calles de Sacramento. Su amigo entre broma y broma, recordaba un comentario que había dicho Ethan esa noche sin prestarle mucha atención: se necesita un Abraham Lincoln para afrontar una guerra contra California, pero se necesita de alguien más inteligente que él para evitarla. Su amigo veía el dilema del Presidente: ser un héroe o parecer un estadista débil. Sin embargo, lo fácil era simplemente dar la orden y dejar el asunto en manos de los generales. Lo difícil era resistir la tentación de morder la Manzana de la Heroicidad y tratar de reconducir las cosas.

Nueve hombres independientes



Diez días después
7 de febrero de 2180

Por fin se abría la sesión en el Tribunal Supremo de los Estados Unidos. Los nueve magistrados hieráticos, vestidos de negro se sentaron en sus sitios. Como es lógico la sala tenía ocupado hasta el último asiento destinado al público. Dentro de la sala, como era tradición, no se permitía la presencia de cámaras de televisión.

Pero fuera, justo delante de la fachada neoclásica del edificio, una multitud de equipos de televisión aguardaba a retransmitir en directo el más pequeño detalle que los presentes contarán acerca de esta sesión y de las que siguieran. Se calculaba que afuera había más de un millar de periodistas. Para que los miembros del Tribunal Supremo hubieran podido acceder al edificio habían tenido que organizar un cordón policial que iba desde el final de Pensilvania Avenue hasta la parte trasera del Capitolio.

En torno de las dos estatuas blancas vigorosas y sedentes que flanquean las escalinatas del alto tribunal, se apiñaban los reporteros que habían recibido con miles de flashes a todo aquel tuviera algo que ver con el juicio. Fuera del edificio del Tribunal la agitación era formidable, pero dentro de la Sala se podían oír las pisadas de los nueve ancianos magistrados haciendo su aparición con sus rostros nimbados de la gravedad propia de su cargo.

-El Estado de California contra el Gobierno Federal de los Estados Unidos de América –leyó solemnemente la secretaria de la sala-. Demanda de declaración de ilegalidad de la no aceptación del derecho de secesión de un estado.

-Tiene la palabra el Procurador General del Estado de California –dijo el Presidente de la sala, un hombre con cara de peregrino del Mayflower.

-Señorías, voy a ser sumamente breve, ya que el caso que ha requerido tramitar nuestra demanda, no precisa de la presentación de hechos concretos que hayan de ser probados o que por el contrario puedan ser cuestionados. Un caso... que no requerirá que repasemos largos fallos de jurisprudencia. Porque ésta es una causa completamente inédita en este alto tribunal. Un caso que se mueve en el campo no de los hechos, sino de los derechos. Y que por tanto no resultará arduo a sus señorías determinar si se posee ese derecho o no. Los hechos pueden ser arduos de demostrar, los derechos no. Siempre puede faltar una evidencia para probar un hecho, pero un derecho se evidencia por sí mismo.

Las Trece Colonias formaron la Unión de un modo libre y no impuesto. La cuestión es si un estado tiene el derecho no sólo para unirse, sino también para separarse de esa Unión. Nuestra Constitución se redactó con el fin de salvaguardar la libertad, ése fue el pensamiento que guió a sus redactores.

Pero guardó silencio acerca del carácter reversible o no de esa unión. Sin embargo en nuestra constitución los deberes están expresamente consignados. Los estados sólo se obligaron a lo que aparece en nuestra carta magna. E insisto, nada se dijo acerca del carácter reversible o no de la Unión que formaron.

Por el contrario, en ese papel que firmaron los estados queda muy claro que la Unión que formaron se trataba de una unión de intereses, de una unión de carácter pragmático. Pero además de que tal obligación de perennidad no aparece en la Constitución, no nos basta el sentido común, nuestra propia razón, para entender que si somos libres para unirnos ¿por qué no lo vamos a ser para separarnos?

La Unión se realizó porque los seres humanos que habitaban estas tierras creyeron que era lo más conveniente para ellos. Ningún representante de ninguno de los estados primitivos hubiera aprobado esa Unión si hubieran juzgado que no era conveniente. Ahora bien, si un estado considera que esa unión ya no es conveniente, la Unión formada para salvaguardar la libertad ¿deberá imponer esa unión contra la libertad de los mismos ciudadanos que desean abandonarla? Es un contrasentido evidente.

Pero no sólo es un contrasentido contra la recta razón, sino también es una ilegalidad. Los Padres Fundadores no dejaron escrita ni una sola línea en su Constitución acerca de la legalidad o ilegalidad de la secesión de un estado. Y este tribunal debe juzgar de acuerdo a la ley, no de acuerdo a los sentimientos u opiniones personales. La Constitución no prohíbe el acto de secesión de California. Ninguna ley lo prohíbe. Si quieren prohibir tal hecho jurídico, la secesión, deberán aprobar una añadidura a nuestra Carta Magna. Sólo

una enmienda aprobada por los medios que la Constitución tiene prefijados y aprobada por todos y cada uno de los estados tendría validez en esta materia. Eso es lo que dicta la ley. Si el Gobierno Federal quiere imputarnos de acuerdo a la Ley, deberá primero aprobar esa enmienda. Existe el principio de que todo lo que no está prohibido está permitido. Si no existe una ley que prohíba la reversión del tratado de incorporación a la Unión, entonces no existe ningún texto legal por el que se pueda prohibir esa reversión. Si este tribunal quisiera condenar nuestra acción como contraria a la ley, que nos muestre esa ley.

Declarando el Gobierno Federal que no aceptaba ese derecho de secesión, como lo ha hecho en las últimas semanas, el Gobierno ha ido más allá de la Constitución, más allá de las leyes, y más allá de aquello a lo que los estados se comprometieron cuando decidieron libremente formar los Estados Unidos de América.

Insisto, nuestra carta magna no consigna ni una palabra acerca del derecho de secesión, pero tampoco lo prohíbe. Nada más. Estimo que cualquier persona objetiva y sin apasionamientos que nublen la claridad de los principios jurídicos, reconocerá sin vacilación que la base legal para las acciones del estado de California en los últimos meses es impecable. Los habitantes de esta Nación podrán emitir en su corazón el veredicto que sus sentimientos les dicten, pero este Tribunal tendrá que atenerse a la Ley y nada más que a la Ley. Cuando un ciudadano vota, lo puede hacer con el corazón. Cuando un juez dicta sentencia, debe hacerlo ateniéndose a la ley, sea lo que fuere que le dicte el corazón. Aquí, afortunadamente, no hay jurado al que conmovier. Afortunadamente tengo que exponer mis razonamientos sólo ante sus señorías, ante ustedes que son unos

técnicos legales, unos profesionales de la judicatura. No tengo que conmovérselos, sólo tengo que mostrar nuestras argumentaciones, las argumentaciones de una comunidad de hombres libres que forman un estado libre y no sometido. Ustedes pueden dar un veredicto a pesar de lo que diga el Pueblo. Pues ustedes no tienen que escuchar el clamor del Pueblo, sino las razones de la Ley. Aquí en esta sala, el Pueblo calla porque únicamente la Justicia da el veredicto. Aquí no se les pide, señores jueces, que elijan entre su amor a la patria o su objetividad como profesionales.

La Patria al encomendarles el cargo les pidió tan sólo que fueran profesionales justos. Otros servirán a la patria como soldados, otros como políticos, otros como banqueros. Ustedes la sirven como jueces. Ustedes sirven a los Estados Unidos como jueces que juzgan según la Ley, no se les pide otra cosa. Ahora tienen oportunidad de ofrecer a esta nación y al mundo entero una inigualable lección de imparcialidad, de profesionalidad, de Justicia al fin y al cabo. Que se haga justicia, aunque los cielos se derrumben. Muchas gracias.

El Procurador General de Estado de California se sentó rodeado de los veinte abogados californianos que ocupaban las dos primeras filas de la sala. Aquello era sólo una presentación antes del turno de preguntas por parte de los jueces, por otra parte el informe con todas las argumentaciones había sido presentado diez días antes.

-Tiene la palabra la Fiscal General de los Estados Unidos.

Se puso en pie. La Fiscal General era una señora de voz potente y grave, llevaba en el mundo judicial treinta y siete años. Y, ciertamente, en el modo de moverse se le notaban esos treinta y siete años de oficio. Tenía una cara de una seriedad casi infinita, como

de busto romano, como si encarnara todas las virtudes del orden patricio.

-Señorías, el Poder Ejecutivo de los Estados Unidos, el Congreso, el Senado y el Departamento de Justicia no reconocen el derecho a la secesión de ningún estado de la Unión. Es cierto que en nuestra Constitución el tema de la Secesión no es mencionado. Pero no es mencionado porque se da por hecho que una vez que se forjó la Unión de los Estados, implícitamente en ese acto se daba por incluida la irrevocabilidad de ciertos derechos delegados en la nueva nación.

Si la secesión fuera un derecho, no sólo cada estado, sino cada condado, cada persona, podría declararse exento de las obligaciones que conlleva pertenecer a una comunidad. Bastaría una simple votación para que el condado de Franconia en Virginia decidiera ahorrarse los impuestos federales. Bastaría que un ciudadano se declarara independiente, para que en su casa se considerara a sí mismo aforado ante cualquier tribunal que le pidiera cuentas de algo. Bastaría que cualquier ciudadano declarara unilateralmente la soberanía de los terrenos que ocupa su hogar y su jardín, para gozar por tanto de la extraterritorialidad que conlleva la emancipación jurídica que resulta de la independencia. De este modo nadie tendría que rendir cuentas ante la Ley, nadie tendría que pagar impuestos.

La única diferencia entre estas hipotéticas locuras de perturbados solitarios, y lo que ha llevado a cabo el Congreso del Estado de California en los últimos días, es que un ciudadano o un condado no tienen fuerza para imponer su sinrazón. Pero uno de los estados de la Unión sí que es poseedor de una fuerza que le permite dar visos de legitimidad a un hecho que es contrario a la naturaleza objetiva que supone la fundación de cualquier República. Cualquier República al ser fundada requiere de la cesión perpetua

de ciertos derechos. Eso es lo que distingue una mera alianza, de la formación de una unión. En la Constitución se define el hecho como una unión, no como una alianza. La palabra *unión* aparece varias veces en el texto, la palabra *alianza* ni una sola vez aparece para definir a la nueva entidad en la convención de los primitivos Trece Estados

El representante del Estado de California decía que las Trece Colonias fueron libres de unirse o no. Y así fue. Pero una vez fundada nuestra nación, cada vez que la Patria ha comenzado una guerra, cada estado podría haberse negado a enviar a sus ciudadanos al conflicto. El chantaje de la rebelión hubiera planeado cada vez que un impuesto, cada vez que una ley federal, cada vez que una política del Congreso de la Nación, hubiera sido impopular en un estado concreto. Eso hubiera hecho imposible el gobierno de este país y de cualquier nación del mundo. En realidad, y vuelvo a repetirlo, haría imposible el gobierno del mismo estado si dentro de California cada condado decidiera aplicar el mismo argumento que ellos han empleado con respecto al poder federal.

Los letrados que aquí representan a California insisten en atenerse a la letra de la Ley, pero no se dan cuenta de que a veces el silencio de la letra de la Ley no significa negación sino una afirmación del carácter implícito de aquello que se ha omitido.

California no era el estado más rico de la Unión cuando fue incorporado a nuestra patria. La Unión generosamente le ayudó a prosperar, le ayudó con generosidad de miras, sin llevar cuenta del haber y el deber. ¿Por qué? Porque formábamos una unidad. Y ahora, cuando es un estado rico y floreciente, ahora decide abandonar la Unión. *Cuanto antes nos despeguemos de unos estados que lastran nuestro despegue económico, mucho mejor,* cito

literalmente al gobernador Mc Cormick. ¡No, señorías, no es de la libertad de lo que estamos discutiendo...! Ellos sólo hablan de dinero a sus electores, ¡¡nosotros discutimos del derecho que tiene nuestra República a mantener la integridad de su territorio!!

De ahí que, si como espero, este Alto Tribunal declara la no existencia del derecho de secesión, confío yo y confía el Departamento de Justicia de los Estados Unidos que esta misma Sala declare delictivos unos hechos que atentan contra nuestra seguridad nacional. Esto es todo.

Los presentes en la sala estaban impactados. Los razonamientos de ambas partes habían sido soberbios, grandiosos, impecables. Tras unos instantes, el Presidente del Tribunal Supremo concedió el derecho de replica:

-Tiene la palabra el Procurador General del Estado California.

-Señoría, deseo preguntarle a la Fiscal General si ella está absolutamente segura de que a los que firmaron el tratado de incorporación a la Unión, no se les pasó por la cabeza el asunto de la reversión de aquel pacto.

-No tengo la menor duda de ello. El pacto se firmó con intención de perpetuidad –respondió ella con una seguridad pétrea.

-Pues señoría –prosiguió el representante de California-, yo no tengo esa misma seguridad. Me alegro de que ella la tenga. Quizá ella ha podido sondear el interior de las mentes de los firmantes de 1787. Yo desde luego no. Aquellos firmantes rubricaron un pacto. Únicamente nos queda el papel en que se selló ese pacto. Lo que había en las mentes de los firmantes no se nos ha transmitido. Por eso, de momento y hasta que dispongamos de un adivino, nos tendremos que atener a lo que consignaron en ese papel. A la letra de ese papel. Porque los firmantes

se obligaron a lo que incluyeron en ese papel. Se obligaron a eso y sólo a eso. ¿O es que habrá que recordarle a la Fiscal General de los Estados Unidos las clases de Derecho Civil acerca de los pactos, contratos y leyes? Lo que aparece en ese pacto está muy claro. Fuera de ese papel... la oscuridad.

-Señor Procurador –replicó la Fiscal General en cuanto se le dio la palabra-, usted nos habla de oscuridad, pero ni toda la luz del mundo, ni toda la luz del Big Bang es suficiente, cuando se tiene firme voluntad de hacer un problema de todo. Usted ha dicho que un pacto es reversible. Pero me gustaría que usted se diera cuenta de que cuando a un pacto se le quiere poner una fecha de expiración, se le pone fecha. Y cuando a un pacto no se le pone fecha de expiración, no se le pone fecha.

Si yo hago un pacto con alguien para que me ayude en una guerra, y ese aliado me abandona cinco minutos después, diciendo que como no había puesto fecha en el papel y que ha cambiado de opinión, ¿no dirá usted que ese aliado ha roto el pacto? El que no haya fecha no le da derecho a romperlo cinco minutos después. El sentido común de todo testigo de ese pacto, reconocerá que es una falta a la palabra dada. Por tanto, el que no haya una fecha en un pacto no nos exime del sentido común.

La Unión de las Trece Colonias no fue un mero pacto, no fue una mera alianza para ganar una guerra, fue un pacto para firmar un tratado de Unión. Allí se forjó una Unión. El pacto, como usted dice, continuó sin que nadie denunciara que había expirado ya el tiempo o las circunstancias por las que se hubiera firmado. Y le voy a poner otro ejemplo, si dos empresas se unen, si unen sus capitales, sus paquetes de acciones, etc, al cabo de unos años no pueden los directivos o los accionistas de una de las dos empresas que se unieron, decir: me marchó con mi parte.

Porque forman ya una unión. Ésa es la diferencia que a usted parece escapársele entre un pacto entre personas jurídicas totalmente independientes, y dos personas jurídicas que pasan a formar una sola –la Fiscal General se sentó. Era un placer escuchar aquella voz impostada, contundente, cortante como una espada afilada.

Entre el corro de abogados del estado de California había cuchicheos comentando qué línea de defensa seguir. Todos los periodistas de la sala tomaban notas a toda velocidad. Los nueve magistrados escuchaban solemnes, aunque interiormente admirados de aquel duelo de titanes. No se escuchaba todos los días una justa entre los argumentos del mejor pagado equipo de abogados de California contra la élite del Departamento Federal de Justicia. Todos en la sala estaban de acuerdo en que áquel no era un juicio más, sino El Juicio, la madre de todos los juicios, el juicio más grande que se había presentado o se presentaría ante el Tribunal Supremo de los Estados Unidos. El juicio que podía poner fin a los Estados Unidos. No había pasado todavía un minuto cuando el Procurador General hizo gesto de pedir la palabra.

-Tiene la palabra el Procurador General del Estado de California.

-La Fiscal Greenville ha hablado con una convicción tal que casi nos ha convencido a nosotros de que debíamos regresar a Los Ángeles pidiendo al Congreso de California que reconsiderara su Declaración de Soberanía. Pero la Fiscal olvida un detalle. También las Trece Colonias pertenecían a una entidad superior: la Corona –uno de los asistentes del Procurador le pasó un libro con un párrafo señalado-. Y sin embargo, consideraron nuestros Padres Fundadores que *cuando en el curso de los acontecimientos humanos se hace necesario para un Pueblo disolver los*

vínculos políticos que lo han ligado a otro y tomar entre las naciones de la tierra el puesto separado, etc, etc.

Y no sólo eso, si la Fiscal General continua leyendo el proemio de la Constitución verá que las razones que llevaron a esa secesión tienen una más que sorprendente similitud con las que nos han llevado a nosotros a tomar la misma medida. *Ha creado una multitud de nuevos cargos y enviado aquí enjambres de funcionarios... ha mantenido, entre nosotros, en tiempos de paz, ejércitos permanentes,* no es necesario leer todo el texto, que insiste en esta misma idea.

Creo que si nuestra muy ocupada Fiscal esta noche en su casa, encuentra tiempo para releer atentamente el proemio de la Carta Magna de la Unión hallará muchos motivos de desagrado en la misma Constitución. Pero a lo mejor ella ha jurado salvaguardar la Constitución incluso a pesar de la Constitución, y hasta pasando por encima de la Constitución. La Ley por encima de todo, hasta de ella misma. Al llegar a la tranquilidad de su casa, léala y túrbese. Dice, usted, que nuestra medida es inconstitucional... a lo mejor lo que es inconstitucional es la Constitución. Señorías, con los mismos argumentos que hemos escuchado de la boca de la Fiscal General, sin cambiar ni una palabra, podría ella misma haber condenado a nuestros Padres Fundadores.

Ah, y una cosa más. Cuando el Departamento de Justicia ha enviado comunicados recordándonos que en cuanto este Tribunal emita sentencia, pedirá sanciones penales contra los instigadores de la secesión vuelve a olvidar que la primera enmienda a la Constitución afirma que el Congreso no hará ninguna ley que coarte la libertad de palabra. Si los hombres son libres para decir lo que quieran ¿por qué no pueden ser libres para discutir acerca

del modo en que se articula la Unión de los Estados de esta República?

El juez Fischer, sentado dos escaños más a la derecha del Presidente del tribunal, indicó al Presidente de la mesa que quería hablar. Un gesto del rostro señorial del Presidente, y su señoría Fischer, un juez tremendamente conservador, sin ninguna duda más conservador que el mismo George Washington, tomó la palabra preguntando al Procurador General de California lo siguiente:

-Señor Procurador, después de lo que he oído en su turno de réplica, me gustaría saber si es la Fiscal General la que va a ejercer su oficio de fiscal, o es usted el que va a desempeñar la función de acusación contra los Estados Unidos –el juez estaba molesto por los últimos comentarios acerca de la Constitución. Estaba tan molesto que le dieron ganas de acabar la última frase con un *estoy seguro de que la Fiscal General conoce tan bien como usted la Constitución.* Pero aquel comentario hubiera sido un abuso de su posición y no hubiera estado bien visto por sus colegas. Aunque sabía que de haberlo hecho, indudablemente se hubieran callado en un gesto de apoyo corporativo.

El Procurador General ya estaba acostumbrado a este tipo de situaciones en los tribunales, y se tomó aquello con toda tranquilidad.

-Señoría, me limito al contenido de este recurso –repuso el Procurador General-, el estado California es el que ha elevado a este Tribunal esta apelación. Es ese estado el que ha decidido recurrir por vía judicial una continuada serie de actuaciones federales. Y por tanto, es a la letrada Greenville a la que le corresponderá demostrar que la actuación de California fue contraria a la ley. Porque ninguna actuación es culpable mientras no se demuestre lo contrario. Por tanto es a ella a la que se le presenta la tarea de demostrar. Mientras no se demuestre

sin duda razonable lo que afirma, se presume la no ilegalidad de nuestro obrar.

-No estoy de acuerdo, señor Procurador –protestó la Fiscal General-. Es usted el que debe demostrar que la actuación federal no fue conforme a la Justicia. Es usted, en nombre del Estado, el que apeló. Y por lo tanto es usted el que debe demostrar la supuesta ilegalidad de nuestra acción. Si no demuestra nada, se supone la legalidad de la actuación federal. La presunción de legalidad está de nuestra parte.

-Señora Fiscal –le contestó el Procurador-, usted misma ha dicho *Justicia*. Y ha dicho esa palabra, *Justicia*, porque sabe muy bien que no hay ley que prohíba lo que usted desea prohibir. En un tribunal se debe demostrar que los hechos no fueron *conformes a la Ley*. Pero usted en el último momento ha vacilado y ha dicho *Justicia*. Término a todas luces más amplio. Usted misma lo está reconociendo: no hay ley. No existe esa ley. Y le recuerdo que la sociedad debe ser regida bajo el gobierno de la Ley. Es decir, el Pueblo debe estar sometido a las leyes escritas; eso significa el gobierno de la Ley. Lo contrario es la arbitrariedad de la voluntad del que en cada momento esté en el poder. Esto ya lo comprendieron los romanos. Usted y yo, y todos los presentes en la sala, estamos sometidos a las leyes escritas –recalcó cada sílaba de la frase-. Eso es lo que distingue un Estado de Derecho de un Estado autoritario, en que la voluntad del gobernante es la ley. Leyes escritas, señora Fiscal.

-Señor Procurador –replicó la Fiscal-, usted se ha amarrado a su línea de argumentación y no hay quien le saque de allí, pero un tribunal, todo tribunal, cualquier tribunal debe juzgar para hacer justicia. La justicia es el fin, la ley es el medio. Y por lo tanto lo que debemos mirar, según las leyes de la Filosofía del Derecho, es qué significa

el silencio de una ley en este caso. No se amarre con cadenas a su argumentación. Abra su mente a nuestros argumentos y descubrirá que el asunto que se ha traído a esta jurisdicción trasciende el hecho de que haya o no unas líneas que pongan por escrito lo que usted desearía.

La sesión se prolongó todavía durante una hora más, pero toda aquella hora no aportó más que la explicación de los principios expuestos en las primeras intervenciones. La sesión estaba entrando en un punto muerto. Finalmente los magistrados propusieron que se suspendiera la sesión para que ambas partes pudieran replantear sus respectivas líneas de defensa. Todos aceptaron. También de mutuo acuerdo ambos bandos admitieron lo preferible de no dilatar el proceso, así que se reemprendería la sesión al día siguiente. Al salir por la puerta principal, bajo las grandes columnas jónicas agentes de la Policía del Capitolio trataban de mantener a raya la muchedumbre de periodistas que cubría por completo la larga escalinata. Las declaraciones se sucedieron por muy largo rato. El mundo entero estaba pendiente de un juicio en el que se juzgaba, en cierto modo, la pervivencia de una nación.

Dos días después
7 de febrero

El coronel Patterson y el coronel Sherman estaban los dos de pie frente a las pantallas del centro de mando de un acorazado estratosférico, a 300 kilómetros de altura pero directamente sobre el eje geográfico de California. El coronel Sherman estaba de paso esperando los dos días en que tardaría en llegar el acorazado orbital Ronald Reagan, al que sería trasbordado. Los dos hombres uniformados comentaban los preparativos militares. Cada uno hablaba de esos preparativos con la parquedad y la economía de palabras

que te da el saber que tu interlocutor es un experto en la materia.

-Sí –le decía el coronel Patterson-, tenemos treinta satélites espía rastreando veinticuatro horas al día solamente este sector de aquí –y señaló un mapa digital-. Todos los blancos están fijados, lo hemos podido hacer con tantos días de antelación que la precisión de las coordenadas es absoluta. Tenemos señalados más de 30.000 blancos fijos y 7000 móviles. Una sola orden del Pentágono y los misiles de las plataformas de la Marina saldrán disparados hacia los objetivos que les retransmitimos segundo a segundo. El mapa de blancos móviles se actualiza cada dos segundos. Ni una sola diana se mueve sin que nuestra computadora lo retransmita al momento a la Computadora Central del USS Roosevelt. La localización de la diana la hacemos desde aquí, y el misil inteligente es lanzado desde algún buque de la Armada anclada en las Channel Islands.

-Va a ser una carnicería – concluyó por fin el coronel Sherman que había estado callado bastante rato.

Patterson se puso las manos a la espalda, se enderezó, miró a su colega, sentía desprecio hacia los rebeldes. Una inexpresable sensación de fuerza le embargaba en su puente de mando. Mientras tanto, a través de la pantalla por la que se podía contemplar el exterior, el oscuro frío espacio exterior, se veía a tres satélites espía salir dulce y suavemente de las compuertas del acorazado estratosférico. Quedaron como flotando inertes hasta que unos reactores despidiendo unas brillantes luces blancas se encendieron en la parte trasera de los tres ingenios, lanzándose silenciosos cada uno hacia sus coordenadas de vigilancia.

-Observa esto –le dijo el coronel Paterson mientras tecleaba unas órdenes y movía un cursor. Un mosaico de nuevas imágenes apareció en una de las

varias pantallas que tenían delante-. Me imagino que a ese exaltado del gobernador Mc Cormick no le debe hacer ninguna gracia que desde aquí veamos el jardín de su casa, a sus niños jugando en el patio trasero, el desplazamiento de su vehículo cuando va al trabajo.

-¿Pero no tenéis orden de disparar contra él? ¿No?

-Por supuesto que no. Nuestras dianas son meramente militares. La razón para seguir al resto de objetivos es posibilitar su detención en cuanto el Ejército reciba la orden de entrar. Aunque la invasión será también desde dentro, ya que nuestras bases en suelo californiano son grandes y han sido reforzadas desde hace meses.

-¿Si entramos, sabes si hay orden de acabar con la Policía Estatal?

-En principio no. Sus mandos han sido cambiados por hombres leales al Gobernador. Pero no esperamos que se enfrenten a las fuerzas profesionales. Aquí, de todas formas, tenemos localizados todos los blancos estratégicos.

-Aunque sólo ataquéis a la Guardia Nacional... va a ser una masacre.

-Mira Jack –le dijo Patterson-, esto es una bravuconada. No va a haber ninguna matanza. Ambos contendientes sacan pecho. Ambos afirman que van a llegar hasta las últimas consecuencias. Washington está intimidando a su oponente, se arremanga los brazos y saca músculo. Ésta es una guerra de presión psicológica. Ningún ejército va a entrar en combate. El Congreso de California ha repetido que no se echa atrás de su declaración, ¿pero a quién no le tiemblan las piernas al contemplar semejante despliegue de poder alrededor de esa ficción de república independiente?

-Ciertamente, ya sabes... pienso lo mismo, en parte. Comparto la opinión de que esta declaración de

independencia durará lo que dure esta legislatura, ni un día más. Y que todo este despliegue no tiene otro fin que evitar que vayan demasiado lejos.

-Exactamente –el coronel Patterson ordenó a un suboficial que le trajera un café.

-Pero a veces dudo y creo que llegaremos a intervenir. Creo que cada día que pasa, la independencia se consolida. Y que cuando hemos llegado a un escenario como el presente, es que hemos perdido ya el control de la situación. Cuando una nación llega a esto, va a ser muy difícil que no se reconduzca todo de un modo que no sea el militar.

-Qué pesimista.

-Esto va a acabar mal –le aseguró el coronel Sherman-. Debemos intervenir militarmente, pero hay que evitar una masacre. Una de dos, o aceptamos la política de hechos consumados o... mano dura. Créeme, desearía no intervenir. Pero si intervenimos hay que hacerlo sin vacilaciones, dispuestos a llegar hasta donde haga falta.

-Tú siempre proclive a la mano dura.

-No va a quedar otro remedio.

-Si se usa la mano dura, el 5% que está rabiosamente a favor de la independencia va a rebelarse y de un modo que no será pacífico.

-Mira, al final la población civil no se mueve. No se movió cuando los ejércitos del Norte desfilaron por las calles principales de los Estados Confederados. Unos cuantos miles de yankis reclutados restablecieron el orden sobre toda la población civil. Siempre pasa lo mismo.

-¿Y si no pasa?

-Si no pasa hay que llegar hasta las últimas consecuencias. Hay cosas

que no se pueden empezar y después decir: Oye, iba en broma.

Patterson seguía mirando las treinta pantallas del centro de mando. Ya le habían traído su café caliente, un vaho tenue surgía de la taza. Detrás de ellos, diez técnicos con uniformes oscuros, cada uno abstraído en su pantalla, hacían el seguimiento de todo el flujo de datos que llegaba cada segundo a aquel puente de mando.

-¿Sabes? –comentó Patterson-. Lo bueno de la guerra de nuestra centuria es que aquí te limitas a fijar coordenadas en el interior de alguna computadora situada diez metros por debajo de nuestros pies. Sólo haces que se enciendan unas lucecitas blancas en esa pantalla de allí, y ya está. No ves sangre, ni seres humanos retorciéndose, ni cabezas abiertas, ni hombres desangrándose. Todo es... tan limpio. Estoy seguro de que si el Presidente tuviera que hundir un cuchillo sobre el cuello del más culpable de la insurrección, jamás lo clavaría. Pero desde aquí, miles de vidas son como lucecitas.

-Me hace gracia, Charles –dijo Sherman tras soltar una risotada-. Qué poco conoces los círculos del poder. Los políticos clavarían un cuchillo donde hiciera falta. El auténtico *homo politicus* clavaría sus caninos sobre el cuello de cualquier inocente con tal de lograr los fines que se ha propuesto. Ellos son los depredadores, los más depredadores entre los depredadores. Y eso es lo malo, que todo este asunto está en manos de políticos.

-¿Pues en qué manos debería estar según tú este asunto?

-En manos de patriotas –respondió sin dudar ni un segundo.

Patterson dio otro sorbo a su café. Después un largo suspiro.

Aunque la tierra tiemble



Un día después, 8 de febrero

El gran símbolo de la ciudad de Nueva York era el edificio Gates. Construido justo en el extremo de la isla de Manhattan, no sólo era el rascacielos más alto de la ciudad sino también el más bello. El orgulloso e imponente edificio de aspecto cilíndrico coronado por siete agujas iguales a las del Empire State Building, sólo que de acero y cristal, era más que un edificio, era un emblema.

El cuerpo central del edificio de aspecto cilíndrico tenía un arco al Este y otro al Oeste. Los pilares de cada arco tenían unas dimensiones exactamente iguales a las de las desaparecidas Torres Gemelas. Aquel edificio era el orgullo de Manhattan. Sobre el dintel marmóreo de cada uno de los dos arcos se apoyaban doce estatuas togadas, neoclásicas, de bronce, del mismo tamaño que la de la Estatua de la Libertad, sólo que recubiertas de oro. La estatua central del Arco Oeste representaba a la Libertad levantando el Arco de la Guerra. La estatua del Este representaba igualmente togada, igualmente coronada por un halo de rayos, a la Libertad sosteniendo dos libros en cuyas páginas doradas de la diestra se podía leer *Nosotros el Pueblo* y en las páginas del libro del lado izquierdo *Cuando en el curso de los acontecimientos humanos, llega a ser necesario...*

De pronto, de las entrañas profundas de aquel titánico edificio resonó un bramido, el bramido de una espantosa explosión. Todos los viandantes miraron hacia el lugar del estruendo, pero no parecía que se viera nada. El bramido daba la sensación de haber procedido del interior de la base del Edificio Gates. Y sin embargo, exteriormente los centenares de pisos de altura seguían apuntando rectilíneos hacia el cielo, sus aristas se perdían hacia las alturas con la misma aparente despreocupación y poderío de siempre, todo seguía igual, pero todos habían sentido la explosión.

En las aceras, todos miraban hacia el rascacielos. Dentro de las oficinas del edificio los oficinistas y ejecutivos detuvieron sus ocupaciones. Dentro de los despachos no hubo ni una sola persona que no dejara lo que tuviera en las manos. Pero ya no había tiempo para nada porque la evidencia de lo que estaba sucediendo comenzó a percibirse en un segundo. De pronto, la formidable construcción comenzó a inclinarse con un estruendo interno de desgarramiento arquitectónico. El desgarramiento de miles de vigas metálicas. Una fuerza imparable que arrancaba todas las tuercas, todos los remaches. El inmenso, el colosal rascacielos se inclinaba ligeramente como a cámara lenta. En cuanto la torre alcanzó los nueve grados de inclinación el derrumbe fue vertical. Miles y miles de toneladas resquebrajándose más y más en su

camino hacia el suelo. El impacto contra la calle fue brutal, la trepidación se sintió incluso a diez kilómetros de distancia. Aquella gigantesca orgía de destrucción cayó como un titán herido, arrasando por completo las calles circundantes, entre ellas Wall Street.

Cuando la nube de polvo se disipó, la tragedia apareció en todo su horror. El coloso había arrastrado consigo en su caída a catorce edificios menores adyacentes. Más de cuarenta calles estaban cubiertas con una capa de escombros de más de cien metros de altura. Innumerable la multitud de cadáveres allí enterrados. Sirenas y más sirenas, enjambres de sirenas, fueron rodeando el perímetro de la tragedia. Toda la Gran Manzana tenía sus calles colapsadas, con sus avenidas recorridas a toda velocidad por cientos de vehículos de emergencia. Los conductores echados a un lado veían la caravana de coches de bomberos, ambulancias y policía, conduciendo todos en la misma fatídica dirección, a toda velocidad, llenando todas las avenidas con sus sirenas, con sus agudos chillidos, con sus resplandores rojos y azules.

En los días siguientes al Presidente le explicaron que todo ese infierno había sido provocado por algún inquilino que había colocado en su piso una bomba de vacío del tipo WM-X. Ya no era posible saber exactamente en qué piso se produjo la explosión. Imposible conseguir pruebas de nada. Lo cierto es que el piso estaba situado cerca del nivel del suelo y cuando explotó el artefacto, el rascacielos se quedó sin ningún pilar en 45% de su base. Centenares de miles de toneladas de la estructura comenzaron a inclinarse ligerísimamente, como a cámara lenta, hasta que el edificio entero alcanzó un ángulo crítico que provocó el colapso de toda la estructura.

Diez días después
del atentado.

El Director del Organismo de Seguridad Nacional, sentado en la mesa de su despacho, pulsó el botón de su teléfono y comenzó una llamada. Pulsó otro botón y de su mesa se levantó una pantalla plana de gran tamaño donde comenzó a visualizar los últimos tres informes que había recibido. En el altavoz del sistema de manos libres apareció la voz de la Subdirectora de la CIA.

-Sí, Catherin, dime –contestó él.

-Hola, Stuart. Mira te he llamado de inmediato porque esta mañana he jugado una partida de squash con el general Mc Millan y en los vestuarios me ha comentado algo que puede ser muy importante.

-¿Ah, sí?

-Lo que me dijo lo he puesto por escrito en un folio y te lo estoy enviando ahora mismo por fax. Al parecer, el Ejército tuvo acceso a cierta información fragmentaria que indicaría que el atentado contra el Edificio Gates no sería obra de secesionistas.

-¿Pues entonces? ¿De la mafia?

-Stuart pronunció aquello con un cierto desprecio.

-No, no. Verás, ellos tuvieron acceso cierta información por pura casualidad. Y aunque los datos son sumamente oscuros, darían a entender que se iba a preparar una ola de atentados. Pero que la ayuda logística no provenía del típico terrorismo doméstico, sino de fuera.

-¿Del extranjero? –en ese momento llegaba el informe de la Subdirectora a través de la impresora empotrada en su mesa que comenzaba a expulsar el papel.

-Algo así venía a decir.

-Ah, ya tengo tu informe.

-Bien, léelo con detenimiento.

-Mira, eso que me estás diciendo no tiene ni pies ni revés. Tenemos

pruebas inequívocas y agentes introducidos que nos informan en detalle de todas las operaciones terroristas que pueden estar fraguando los secesionistas.

-¿Vosotros? ¿No debería ocuparse el FBI?

-El FBI está desbordado ante esta oleada terrorista. El Presidente autorizó que nuestro personal reforzase las operaciones que se han abierto desde hace una semana. No hace falta que me recuerdes que la ley marca ciertos límites al ámbito de actuación del Servicio de Inteligencia. Pero los líderes republicanos y demócratas están informados y dieron su consentimiento. Los reunió el Presidente en la Casa Blanca hace una semana, y todos convinieron en que la situación era especial. Así que no me vengas con escrúpulos.

-Vale, vale, no digo nada. Reconozco que la situación es excepcional.

-Y olvídate de ese comentario procedente de ese general pretencioso. Mc Millan siempre ha sido un oficial al que le ha gustado llamar la atención. Quiere llegar al Estado Mayor, se le nota demasiado. Es el típico ambicioso al que le gustaría abrir el maletín y decir: señores, me he enterado de lo que ninguno de ustedes se ha enterado.

-De acuerdo, vosotros sois los especialistas. Pero no acabo de entender el provecho que puede sacar el bando secesionista en provocar atentados.

-Bueno, no sabemos cuántos atentados los provocan lunáticos secesionistas, cuántos la mafia y cuántos son obra de fanáticos que se suman a cualquier empresa alocada. Ya sabes, como los integrantes de la secta de los Cruzados del Último Día o los del FRAWP. Pero sí tenemos fuentes fidedignas que nos informan de que la mafia sabe que cuantos más frentes de investigación se abran para la Justicia, menos hombres podremos dedicarlos a

investigarles a ellos en exclusividad. Y están en lo cierto. Ahora mismo estamos desbordados. Alguien les debió informar que íbamos a comenzar cuatro operaciones simultáneas contra ellos. Iban a ser las investigaciones más importantes realizadas hasta la fecha contra las ramificaciones del crimen organizado en la banca y la política. Ahora todo eso tendrá que esperar.

-Bien, captado. Pero oye, por favor, estudia detenidamente la hoja que te he enviado. El Servicio de Decodificación del Pentágono logró descifrar un mensaje enviado a Europa el pasado 18 de enero. Aunque el mensaje ha sido decodificado, las palabras están en clave y lo que se lee resulta incomprensible. Son frases del tipo *madre quiere que Tango baile en Atlanta con Duque para que las sillas se eleven dos metros*. Se descifraron tres mensajes más, después cambiaron la matriz de interpolación aleatoria entre caracteres y hemos perdido toda posibilidad de descifrar las siguientes comunicaciones.

-No te preocupes, mis sabios del departamento de entrecruzamiento de información estudiarán lo que me cuentas aquí en la hoja. Tu tranquilo, las líneas que me has enviado van a circular por todos los archivos de los ordenadores de la Central de Langley para ver si hay algún punto de conexión.

-Muy bien, pues nada más. Que os vaya bien, ¿qué tal tiempo os hace en Virginia?

-Aquí ya ha empezado a despejar.

-Me tengo que marchar, hasta pronto.

-Adiós -el Director del Organismo de Seguridad Nacional arrancó de la impresora el folio recién enviado, e inmediatamente, sin leerlo lo introdujo a su derecha, en la ranura de la trituradora de papeles.

Un día después
11 de febrero

El teléfono de alta seguridad sonó en el interior de la aeronave presidencial. El Presidente vestido de esmoquin, sentado en el asiento forrado de terciopelo azul descolgó el teléfono.

-Dígame.

-Hola, Ethan. ¿Qué tal?

El Presidente se alegró de escuchar la clara y brillante voz del Presidente del Tribunal Supremo de los Estados Unidos.

-Hombre, me alegro de escucharte. (...) Pues bien. Sí, gracias. (...) Me dirijo al baile de gala en el Willard Hall. Tengo que dar la impresión de que todo continúa como antes. Yo, más que nadie, debo dar la sensación de que no hay conmoción que pueda con este país. La Nación sigue adelante. Bueno, ¿cómo va todo?

-Pues claramente se ve que el proceso judicial no da más de sí. Los abogados de ambas partes ya han agotado sus argumentos, en las dos últimas sesiones no han hecho otra cosa que enfrascarse en detalles nimios. Estoy seguro de que ambos convendrán en que la próxima sesión sea también la última y que demos el caso visto para sentencia —el Presidente del Tribunal Supremo hablaba desde el despacho de su casa dominado por un magnífico busto de George Washington de cara redondeada, togado a la romana, que miraba adusto a la habitación entera desde su pedestal de un mármol de una tonalidad casi marfileña.

-Sí, estoy al corriente. ¿Y las deliberaciones entre vosotros?

-Mira las cosas no están claras. Tres votos asegurados, el mío, el de Amanda y el de Cinthia.

-Siempre fieles al servicio de la Corona —rió el Presidente.

-Pero estoy convencido de que German y Dwight han sido comprados por California. No tengo la menor duda.

-Eso significa que quedan cuatro votos indecisos que decidirán todo el proceso de secesión. Que barbaridad, la desintegración de los Estados Unidos dependiendo de cuatro votos. En fin... Continúa.

-Esos cuatro magistrados son impenetrables. Son los últimos cuatro jueces honestos que quedan en todo el país —rió nerviosamente—. Bueno... es una broma.

-Son los restos del condenadamente honrado Presidente Ashley.

-Así es.

-Cuando un barco de honradez surca las aguas de la política, incluso mucho después siempre quedan restos de su paso —comentó el Presidente—. Son como los restos de un naufragio. Restos de honradez flotando. En este caso esos cuatro condenados jueces.

-Sí. Los conozco bien, muy bien. El caso es que no compartirán con nadie el sentido de su voto hasta el final. Y por lo que han ido diciendo en las deliberaciones, pueden votar en un sentido o en otro. Desde luego los noto muy decididos a no tomar en cuenta ninguna otra consideración que las meramente legales y constitucionales. Claro que también insisten mucho en que ésta es una cuestión tremendamente dependiente del campo de la Filosofía Política. Así que no sé qué va a pasar, porque no dejan de esgrimir razones que se basan en la letra de la Constitución y por otro lado en la naturaleza de la Nación, considerada ésta en abstracto. ¿Me entiendes? Resultado: puede salir cualquier cosa.

-Lo que nos faltaba —el Presidente se frotó la frente, gesto que repetía cuando estaba nervioso—. Ya me veo demoliendo el Lincoln Memorial y diciendo en un discurso que Lincoln fue un hombre profundamente equivocado.

-No hará falta demoler nada, bastaría que colocases al lado la figura sentada del Presidente confederado de 1861, Jefferson Davis –ambos rieron. Después el Presidente del Tribunal Supremo continuó:- Mira nos tenemos que tomar este asunto con tranquilidad. Estos días han sido para todos de una tensión increíble. Pero más que nunca, ahora necesitamos una mente serena. ¿Me entiendes?

-Oye, no me hables a mí de tranquilidad. Es como tratar de vender miel al colmenero. Todos me consideran el presidente con más autodomínio de sí mismo desde la época de Truman.

-Vale, pues me alegro. Sí, te conozco. Pero tu tono de voz... no indica eso del todo. Te lo repito, ahora necesitamos una mente serena. El Comandante en Jefe siempre debe dar la impresión de tener la mente serena, ahora más que nunca. Eso es lo que diferencia a los rebeldes californianos de nosotros, el *stablishment*. Cuando el Poder se pone nervioso es porque empieza a ver que el poder se le va de las manos.

El Presidente dio un suspiro, quizá de alivio, y dijo:

-Eres un lince. Menos mal que te tengo allí. De verdad que si estoy tranquilo es porque tengo la más completa certeza de que alrededor mío tengo el mejor equipo de asesores del mundo.

-Una cosa más antes de colgar. Ayer nos informó el FBI del plan Albany. Nos previnieron de que un topo dentro del grupo de magistrados comunicaría de antemano a California cuál iba a ser la sentencia.

-Sí, le pedí a Malcolm que te explicase lo que sabemos del asunto.

-Antes de que se haga la votación, entre nosotros nueve ya más o menos se suele saber por las deliberaciones qué es lo que va a salir

de la votación final. Si California supiera secretamente que la votación le iba a ser desfavorable, nos mataría a todos los magistrados en un atentado, para que así el pueblo americano sospechara que la sentencia iba a ser contraria a Washington y que el Poder Ejecutivo había decidido eliminar a la cabeza del Poder Judicial. Indudablemente ellos tienen dos topes en nuestras deliberaciones y en los últimos días podrán filtrar cual va a ser el resultado con casi total seguridad. Si nos matan a todos, la Nación entera echará las culpas a Washington. Lo menos que pensará la Nación es que la República se dirige hacia la más completa anarquía si tales sucesos llegan a suceder en su misma capital.

-Sí, me informaron ayer del plan Albany. Y me advirtieron incluso de que Los Ángeles había comprado en el mercado internacional misiles HH.-3. Con lo cual este asunto ya no se resuelve por nuestra parte reforzando vuestra escolta, están dispuestos a volar el edificio entero del Tribunal Supremo, eso requiere medidas de protección especiales.

-Sí, nos lo explicaron. Así que, en la reunión de esta mañana hemos tomado una medida de protección más. Hemos decidido que la votación se hará tan sólo cinco minutos antes de emitir la sentencia. Cada magistrado traerá por escrito las razones jurídicas que expliquen el sentido de su voto. Yo, que presido, habré previamente redactado dos sentencias. Una favorable al derecho de secesión con todas las razones a favor, y otra contraria con todas las razones en contra. Una de las dos sentencias se destruirá nada más conocer el resultado de la votación y se leerá aquella que refleje la mayoría de votos. Incluso podremos añadir a mano algún razonamiento que se considere oportuno después de escuchar el razonamiento final de cada juez.

-Me parece bien –dijo el Presidente-, pero una vez que se haya realizado la votación no dejes que salga de la sala ni uno solo de sus miembros. Si uno solo sale, incluso al lavabo, y no vuelve, podéis saltar por los aires todos. Y después el que se haya marchado podrá decir que ibais a votar a favor de la secesión, que os hemos espiado y que por eso os hemos matado. Con lo cual la situación sería catastrófica para nosotros.

-Tranquilo. Nadie saldrá de la sala una vez efectuada la votación. Todos iremos juntos a leer la sentencia.

-Perdona que insista –le dijo Ethan-, pero si uno de los jueces insiste en que tiene que salir. ¿Cómo se lo vas a impedir?

-Ayer hablé con el Jefe de Seguridad del edificio. Le recordé que según el reglamento él estaba bajo las órdenes del Presidente del Tribunal Supremo. Estuvimos hablando un rato para que tuviera claro que él me obedecía a mí, no al grupo en general. Repasamos toda la casuística de órdenes posibles que yo le podía dar. Entre las distintas posibilidades que barajamos, le pregunté que si yo ordenaba que no dejara salir a un Magistrado del Tribunal Supremo de una sala, si él me tendría que obedecer. Me dijo que sí, que lo haría sin dudar. Y añadió que si yo le aseguraba que había una razón que afectaba a la seguridad de los magistrados o del edificio, que inmovilizaría a esa persona bajo mi responsabilidad.

-Veo que has previsto todas las contingencias.

-Todas. El día del fallo, el Jefe de Seguridad estará desde el principio en el vestíbulo que da a la sala donde deliberaremos. Estará allí para hacer lo que le ordene. Te aseguro que si un magistrado tiene que ir al aseo, todos le acompañaremos hasta el aseo. Ningún magistrado abandonará el edificio. Por

las buenas o por las malas, pero todos estaremos juntos.

-Bien, me quedo más tranquilo –dijo Ethan-. Date cuenta de que si os eliminan a todos yo tendría que nombrar los sucesores de todas las vacantes. Nadie iba a creer que esto no era un descabezamiento de la Justicia por parte del Poder.

-Tranquilo. Tomaré todas mis medidas de precaución. De todas maneras, Ethan –y entonces el juez le habló con un tono misterioso-, nos conocemos desde hace años, pero yo no me fiaría de filtraros la sentencia antes de la hora, si el resultado fuera contrario a las tesis del Gobierno Federal –la frase al final acababa en un molesto tono cortante.

El Presidente guardó silencio un instante. Después, lleno de amargura dijo:

-Bernard, nos conocemos desde hace más de veinte años, ¿y me creerías capaz de eliminaros si conociera extraoficialmente que el resultado iba a ser contrario a la Unión? La vida de nueve magistrados, tu vida, no vale una sentencia –el Presidente se sentía herido. Los años de amistad al final no valían nada. La voz de Ethan acusaba el golpe; o por lo menos esa impresión trataba de dar.

-Por supuesto que no, Ethan, por supuesto que no. No me malinterpretes. Estoy seguro de que tú no me harías eso –al decir esto, el juez desde luego no era sincero-. ¿Pero me puedes asegurar que, al conocer cual iba a ser la sentencia, si ésta fuera a favor del derecho de secesión, no iba a haber alguno de los miembros de tu gabinete que tomara esa pesada decisión por ti? Ya te he dicho infinidad de veces que por lo menos la mitad de tus asesores te consideran un estadista sin energía. Ni siquiera te lo consultarían.

-Bernard, me sorprende mucho que me repitas eso. Ya sabes lo que te dije la última vez –el Presidente Ethan

estaba verdaderamente dolido de aquel comentario.

-Me puedo imaginar perfectamente a tu vicepresidente musitando en su despacho –e imitó su voz-: *más vale que mueran nueve hombres ancianos que no que se desintegre una nación entera* –la imitación del acento sureño del vicepresidente quiso quitar hierro al asunto y distender la conversación.

-Mi vicepresidente es imbécil, pero no creo que llegue a ser tan miserable.

-Vale, Ethan, que disfrutes del baile. No le des vueltas al asunto. Pásatelo bien y relájate. Disfruta del salón rosa del Willard repleto de los trajes de seda de los mejores diseñadores.

-Sí, sí –y puso un aire de evidente falsa alegría en el tono de voz-, ya puedes hacerte una idea de lo que voy a disfrutar del baile y del champán con todas estas ideas rondándome todo el rato por la cabeza. Oye, una última cosa.

-Dime.

-Si tuvieras que votar no por fidelidad a mí, ni a ningún lobby, ¿cómo ves el asunto? Me refiero desde un punto de vista objetivo.

-Pues mira. Como el viejo lobo de mar que soy en los estrados judiciales te puedo asegurar que no hay ni una sola línea legal en la Constitución ni en nuestras leyes que prohíba la secesión de un Estado de la Unión. No hay donde agarrarse. Y nosotros debemos juzgar de acuerdo a la ley. La ley precisamente se pone por escrito para no caer en la arbitrariedad. La Constitución se redactó para que cada uno supiera a lo que se atenía si decidía formar parte de la nueva Nación. Ningún estado se obligó a más que a aquello que aparece en los artículos de la Constitución. No encuentro base legal para defender tu postura.

A eso encima hay que añadir que el proemio de la Constitución da una serie de razones por las que se puede justificar la secesión de una parte de una colectividad. Si esas razones nos valieron para abandonar la pertenencia a la Corona. Esas mismas razones si se volvieron a dar, valdrían también para abandonar la Unión.

Así que si el Tribunal Supremo declara inconstitucional la secesión, estaremos dictando una ley ilegal. Podrá ser una sentencia muy prudente, muy adecuada, muy patriótica, pero la sentencia será i-le-gal, es decir, estará situada fuera de la legalidad vigente. No la podremos sustentar en nada. Lo que pasa es que como la pronunciaremos nosotros no habrá instancia superior para recurrirla.

De todas maneras, que sepas, que una cosa es que una acción no sea inconstitucional, como creo que no lo es la secesión, y otra que no sea un magnífico y perfecto desatino. La secesión no será inconstitucional, pero me parece un acto propio de mentecatos. Los que han guiado al pueblo a una decisión de este tipo son unos memos. Me has preguntado cómo veo el asunto, y ésta es mi sincera opinión.

-Gracias, Bernard. Que sepas que te considero un amigo. Ahora estaría mal visto que te invitara a cenar a la Casa Blanca. Pero cuando todo esto acabe y pasen unos meses, lo haré. Hasta pronto.

-Que disfrutes de la fiesta y del baile.

La aeronave negra con el escudo de los Estados Unidos, rodeada de las pequeñas aeronaves de la escolta, comenzó la maniobra de ataque en los muelles internos del rascacielos Willard. En el lugar de aterrizaje ya estaba el jefe de protocolo colocando a los miembros de la comitiva de recepción en sus sitios. En el interior del lujoso edificio los salones estaban ya

repletos de invitados y homenajeados, todo estaba a punto, las alfombras rojas, el caviar, la música de cámara tocada por un cuarteto de cuerda. *Bienvenido, señor Presidente*, dijeron consecutivamente el magnate de la Tyrell Co. y el rector de la Universidad de Columbia a pie de escalerilla, mientras le estrechaban la mano.

9 de febrero
dos días después

Es de noche, una noche cerrada, sin luna. Una cierta llovizna lo moja todo, el asfalto y los céspedes. En medio de la quietud de la calle Boggs comienzan a descender las aeronaves de la escolta presidencial. Inmediatamente después, la nave del Presidente toma suelo junto a la acera de la residencia del arzobispo de la archidiócesis de Washington DC. Una residencia de aspecto neogótico, no muy grande, agradable, con su hiedra cubriendo la fachada de piedra, con su pequeña torrecilla de aire normando.

La negra y reluciente y alargada aeronave presidencial detuvo sus motores frente a la fachada delantera del edificio de dos pisos de altura. Un edificio erizado de pináculos y pequeños tejados puntiagudos de dos vertientes sobre los que sobresalían varias chimeneas. Atlético guardaespalda vigilaban atentos ambos lados de aquella calle desierta y oscura a esa hora, mientras Ethan Ellsworth caminaba sumido en sus pensamientos desde su aeronave hasta la puerta abierta del caserón.

Hacia el vestíbulo abovedado y lleno de mosaicos de la residencia arzobispal bajó por la escalinata el inquilino vestido de sotana negra con bordes morados mientras por la puerta entraba el Presidente acompañado del criado de la casa. Era una cena íntima y personal. Sólo el invitado y el arzobispo, un solo criado en la casa y un cocinero.

El arzobispo y el Presidente subieron la escalera de granito hacia el comedor. El arzobispo tenía una cara marcadamente anglosajona, dos sonrosados mofletes ponían color en su piel blanca como la nieve. Charlando amigablemente atravesaron un pasillo flanqueado de óleos holandeses con escenas de la Pasión.

Dentro del comedor, los dos hombres charlaron unos minutos antes de dar comienzo a la cena. La mesa estaba ya dispuesta para ellos dos solos. La madera ardía en la gran chimenea, dos candelabros sostenían varias velas encendidas sobre los manteles de lino.

-Norman, querría comentarte alguna cosa antes de que nos sentemos a cenar –dijo el Presidente–, pensaba hacerlo después de cenar, pero no me aguanto.

El Presidente no era cristiano. Los cristianos eran una minoría en los Estados Unidos del siglo XXII. Pero, a pesar de todo, el Presidente conocía desde hace años al arzobispo y pronto había descubierto la gran honestidad de aquel prelado. Desde hacía años era consciente de la importancia de los consejos de aquel clérigo no ligado a ningún lobby, no interesado en hacer carrera de ningún tipo. Si podía haber algún consejo desinteresado en Washington DC era el de aquel arzobispo. Y el Presidente excepcionalmente le venía consultando asuntos desde hacía ya muchos años. El marco de la consulta siempre era el mismo, ir a cenar a su residencia y en medio de la cena plantear la cuestión. Entre ambos hombres después de tantos años, existía una cierta confianza. Eran los dos, hombres de gobierno; claro que de mundos desemejantes en extremo.

-Mira Norman –comenzó el Presidente mientras paseaba por la alfombra azul y granate del salón–, pasado mañana se va a emitir sentencia acerca del caso de secesión. Quería preguntarte... En fin, no sé que hacer.

Si la sentencia afirma que la secesión es ilegal, entonces... ¿debo comenzar una guerra civil? California ya ha dejado bien claro que sólo cederá su soberanía después de que su Guardia Nacional haya resistido hasta su último hombre. Por lo menos eso es lo que han dicho en los discursos una y otra vez. Y probablemente así será.

-No creo que las masas luchen por la independencia. Quizá parte de la Guardia Nacional, sí. Pero la población no intervendrá. Me refiero a que de un modo armado no. Vamos, creo yo. Los sondeos de opinión eso indican.

-Tampoco creo que lo hagan. La población civil quedará al margen. Pero si entramos hay que entrar a por todas. Si no estoy dispuesto a ir hasta el final es mejor que no envíe a las divisiones concentradas en la región de las Grandes Llanuras. De momento la apelación de California al Tribunal Supremo me ha dado tiempo para meditar bien el siguiente paso que yo deba dar. Pero después de la sentencia ya no habrá más tiempo. Y ahí está mi dilema. Después de la sentencia ¿debo declarar la guerra contra el estado secesionista? Dudo. No sé que hacer, la verdad. Siempre he pensado que la solución de todo esto debe ser política. Pero es evidente que si no restauramos nuestro control federal, la independencia se irá consolidando —en ese momento sonó el teléfono móvil del Presidente—. Discúlpame un momento.

El Presidente detuvo su paseo por el salón. La cara de preocupación se fue haciendo evidente conforme la conversación telefónica seguía su curso. El arzobispo trató de mirar a otro lado para no ponerle nervioso. El Presidente colgó.

-Me acaban de comunicar que el Congreso de Utah acaba ahora mismo de aprobar la secesión de los Estados Unidos.

-¿Debes por tanto retirarte?

-No, ya nos lo esperábamos. Todo esto no nos coge de sorpresa. El Congreso de Utah lleva todo el día reunido en sesión. El Gobierno Federal no hará nada hasta recabar la legitimidad del Tribunal Supremo. Lo de Utah era tan previsible que las medidas que había que tomar ya las tomamos ayer por la tarde. Mañana haré una declaración institucional y ya está.

El arzobispo se sirvió un poco de té caliente de una tetera ya preparada en una mesita junto a una ventana, escuchando las interminables quejas de su invitado acerca de lo insostenible de la situación. Mientras Ellsworth continuaba con sus lamentos presidenciales, el arzobispo, sin dejar de escucharle y con la taza en la mano, miró a través de los vidrios de la ventana emplomada en rombos. La residencia arzobispal estaba rodeada discretamente por un ejército de escoltas del Servicio Secreto de la Casa Blanca. Hombres enfundados en gabardinas, en abrigos elegantes, hacían guardia alrededor del lugar con suma discreción. Aquella guardia pretoriana tecnológica, aquella guardia de corps vestida de abrigo y corbata, atisbaba los más pequeños movimientos en más de cuatrocientos metros a la redonda. Ni un sólo coche ajeno a la zona residencial, ni un viandante, nada ni nadie podía aproximarse a aquel lugar. Los dos hombres del interior charlaban tranquilamente, pero fuera más de dos centenares de ojos estaban permanentemente alerta. El arzobispo dejó de mirar por la ventana.

-Entonces ya conoces mi dilema, Norman. Sírveme un poco de té. La guerra será fácil, pero será una carnicería. Habrá que aniquilar a decenas de miles de soldados de la infantería californiana. Eso es lo que necesita el nuevo estado soberano: mártires. Y nosotros se los vamos a proporcionar. Ellos están dispuestos a morir. El Capitolio me urge a que el

mismo día que conozca la sentencia se restablezca el imperio de la ley federal en esas tierras.

-Bien, reconozco que es un tema complicado. No me extraña que estés pidiendo consejo a personas independientes, porque es un asunto complicado hasta para los expertos en moral. Mira te voy a dar mi opinión, pero tómala como una opinión personal. Y por lo tanto como una opinión que puede estar perfectamente equivocada.

-Claro, continúa —el Presidente se sentó por fin en el sillón enfrente del arzobispo junto a la ventana.

-Particularmente te diré que soy unionista. Creo que esta gran nación fue fundada sobre una espléndida fe en Dios. Y que Dios la bendijo y la hizo prosperar, entre otras cosas, para contener en el Viejo Continente la tiranía fascista primero, y la comunista después. Nuestra historia es gloriosa, y me siento tremendamente orgulloso de ella. Una secesión en un país únicamente se puede provocar por razones que sean objetivamente gravísimas. Razones que en esta situación no veo por ninguna parte.

-Luego me dices que vaya a la guerra —le interrumpió su invitado con ojos sumamente atentos a la cara del arzobispo.

-Pues no. Creo que esta nación se mantendrá unida por la libertad, por la concordia y el respeto mutuo. Pero no por la guerra. La sangre y el odio no son buen cemento para unir los ladrillos. Más vale perder un estado, o dos, o cuatro, que mantenerlos unidos dejando centenares de miles de muertos en el camino de la Historia. Estados Unidos no vale ese precio, créeme. No nos estamos defendiendo contra nadie, sencillamente nos mataremos entre nosotros. Yendo a la guerra, no vamos a alejar a ningún ejército fuera de nuestras fronteras. No, no envíes tus ejércitos contra tus propios compatriotas.

El Presidente volvió a pasear por el salón. En los candelabros de la mesa, las velas seguían consumiéndose, el carillón tocó la hora, las siete campanadas resonaron con toda solemnidad y contundencia. En la cocina el criado mantenía caliente la comida hasta que el arzobispo diera orden de que entraran a servirla. En esos mismos momentos California colocaba misiles antiaéreos frente a la fachada de su Congreso. Y en Utah, las masas recorrían exaltadas las calles de Salt Lake City.

-Quizá sea lo mejor. Sí, es lo mejor —se repetía el Presidente acariciándose sus canas blancas—. No voy a ceder a las presiones de los senadores. Nunca pensé que me iba a ver en una situación como esta. Ahora sé lo que sintió Abraham Lincoln. ¿Le hubieras aconsejado lo mismo?

-La situación era distinta. No eran tan sólo unos territorios los que había que recuperar entonces, sino que también había que liberar a millones de seres humanos. Millones de seres humanos estaban secuestrados. La esclavitud es un secuestro. Es lícito acabar con la vida del secuestrador, si no hay otro modo de librar a los secuestrados.

El arzobispo había acabado de hablar. Ethan sonrió en su sillón.

-Que sepas que me alegra mucho escuchar esto. Te puedo asegurar que me voy a ir más confortado, más seguro en la decisión que ya antes de venir aquí había tomado, y que era la de no atacar, la de dejar que pase el tiempo. Ah, bien, bien —el Presidente de pronto manifestaba un evidente estado de satisfacción—. Pues nada, ¿qué me vas a ofrecer hoy para cenar? ¿Otra vez pato relleno? ¿Por qué siempre me das pato?

-No, no. Hoy tenemos pastel de pescado —ambos hombres se dirigieron a la mesa después de llamar a la cocina. Hacia el pasillo ya se encaminaba una suculenta sopa de cebolla con queso.



AUDEMUS JURA
NOSTRA DEFENDERE



Por fin el día tan aguardado por toda la Nación. Día al que se había llegado no sin sufrir previamente terribles tensiones y lamentables episodios. El más luctuoso de todos ellos había tenido lugar tres días antes, cuando el magistrado del Tribunal Supremo, el unionista y admirado Samuel Heyward, caía acribillado a tiros a la puerta de su casa. El anciano de cabeza orlada de venerables mechones canosos, con la cartera todavía en la mano, cayó literalmente cubierto de balas, expirando en pocos segundos.

El Presidente podía haber nombrado de inmediato a su sucesor, podía haberlo hecho al día siguiente. Pero todos le hubieran acusado de haber colocado un hombre a favor de sus ideas. Aquel nombramiento hubiera viciado la sentencia a los ojos del pueblo americano.

Nadie sabía que aquel magistrado era unionista. El Presidente Ethan lo sabía por los buenos oficios de su amigo togado Bernard, el Presidente del Tribunal. Pero bien claro estaba que los dos magistrados a favor de la secesión habían informado al gobierno rebelde de California. Los más maquiavélicos sospechaban que el Gobernador de California había decidido atentar contra su vida, sabiendo que el Presidente designaría un sustituto, y el Congreso lo refrendaría de inmediato en un tiempo record. Sin duda, al fallecido magistrado le sustituiría otro juez con las mismas ideas. De forma que los unionistas con todo esto no ganarían ningún voto, pero ante la opinión pública se daría la impresión de que el Gobierno Federal se había entrometido en la sentencia. La correlación de votos seguiría igual, pero se habría logrado dar una impresión de ilegitimidad al fallo.

Pero se iban a llevar una sorpresa. Contra todo pronóstico, el Presidente estaba dispuesto a guardar las apariencias, y dejaría vacante el puesto hasta después del fallo. Técnicamente se alegó que todo el proceso para una nueva designación llevaría tantos meses, que resultaba imposible cubrir esa vacante. Era cierto que normalmente se necesitaba mucho tiempo para alcanzar un consenso para cubrir una vacante. Pero en este caso los líderes de los dos partidos le telefonearon a Ethan y le dijeron que si quería podía tener un nombre de compromiso en menos de diez horas. Pero el Presidente se negó. Había que mantener las formas. Todo debía tener una impecable apariencia de legalidad. Muchos se preguntaron de qué lado estaba realmente Ethan al tomar esa decisión. Pero no sabían que él contaba con el recuento de votos provisional que le daba su amigo Bernard. No era a causa de su honestidad por lo que respetaba las formas. Sino que precisamente su exceso de deshonestidad era lo que le daba suficientemente tranquilidad, como para guardar las formas.

Los congresistas más o menos barruntaron qué era lo que pasaba, e insistieron en que no se suspendieran las deliberaciones por este hecho. El Congreso quería una sentencia ya. Quería que el orden se restaurara a la mayor brevedad posible.

Eso sí, desde entonces las medidas de seguridad alrededor de los magistrados se habían incrementado hasta el mismo límite de lo posible. Cuatro grandes dirigibles militares de forma esférica, estaban suspendidos sobre el edificio del Tribunal Supremo, con sus sistemas antibalísticos barriendo todo el espacio aéreo de las proximidades. Los misiles aire-aire estaban siempre a punto para interceptar todo aquello que violara el espacio de

exclusión aérea. Había llegado el día de la sentencia.

Los ahora ocho magistrados hicieron su entrada en la sala de sesiones. Todos los presentes se pusieron en pie. En el centro de la sala, en el pasillo entre los bancos, habían situado una cámara de televisión. El fallo sería emitido en directo únicamente al Despacho Oval. Los ocho magistrados se sentaron. El Presidente del Tribunal directamente y sin ningún comentario procedió a hacer lectura de la sentencia votada seis minutos antes.

-El Estado de California contra el Gobierno Federal de los Estados Unidos de América. Demanda de declaración de ilegalidad de la no aceptación del derecho de secesión de un estado. Sentencia:

Punto 1º. Los Estados Unidos, legalmente hablando, desde 1776 son una persona jurídica. Y esa persona jurídica posee una serie de derechos sobre unos territorios. De ahí que la pérdida de una parte de su territorialidad implica necesariamente la pérdida de unos derechos. Ante cualquier tribunal del mundo, la sustracción de los derechos de una parte, por la acción de una segunda parte que actúa de forma unilateral, siempre será un acto ilegal.

Punto 2º. Es cierto que todo aquello que no está prohibido, está permitido. El silencio de la Ley debe entenderse como permisión y no como restricción. Pero con una salvedad: eso es así, siempre y cuando que esa acción no legislada no suponga un perjuicio para los derechos reales de otra persona, sea éste persona física o jurídica. Es así que la pérdida de una porción de la territorialidad supone una pérdida de unos derechos para los Estados Unidos, luego este Tribunal considera que procede crear jurisprudencia en este caso a pesar del silencio de la Ley en orden a salvaguardar los derechos de la parte afectada.

Punto 3º. Acerca de la cuestión de si está implícita la perpetuidad de la existencia de una nación soberana una vez constituida ésta, o si por el contrario se admite la cesación parcial o absoluta de esa soberanía, este Tribunal entiende que si no se dice nada en contrario, la unión que conforma una república soberana e independiente ha de entenderse como una unión indefinida e incondicionada.

Punto 4º. Lo más que pueden alegar los que pretenden la secesión de un territorio, es que este punto es algo debatido dentro de la Filosofía del Derecho Constitucional. Aun suponiendo que esto fuera así, es decir que este tema careciera de consenso entre los juristas, este Tribunal no puede hacer otra cosa que atenerse a lo que dicta la Ley. Y la Ley que rige los tribunales de esta nación, dicta la protección de los derechos, siendo los derechos territoriales uno de ellos. Y por tanto si en el futuro se procede según el curso establecido por la Constitución de los Estados Unidos para añadir un artículo a la misma que permita o prohíba la secesión de un estado, este Tribunal aplicará la permisión o la prohibición que dicte la Ley en ese caso. Hasta entonces, el silencio de la ley no puede entenderse como una permisión para lesionar los derechos ciertos de la Nación. Ya que esos derechos de la Nación acerca de la territorialidad son objetivos e indudables, mientras que el derecho de secesión es, en el mejor de los casos, materia discutida. Sólo la letra de una futura hipotética ley determinaría el modo y límites de la cesión de esos derechos de la Nación sobre un territorio, así como sobre las personas y sobre bienes circunscritos en ese territorio.

Punto 5°. Esta sentencia tampoco insta al Congreso de los Estados Unidos a que emane una ley que regule el derecho de secesión. Sino que este Tribunal lo único que expresa es que si algún día se produce esa cesión de derechos territoriales esa segregación habrá de hacerse según lo que determine la Ley, y no según una decisión administrativa del Poder Ejecutivo. Pues según la Ley, el Poder Ejecutivo carece de la potestad de segregar parte de la territorialidad de la nación, contando sólo con atribuciones para defender esa territorialidad y para aplicar allí los poderes que la Constitución le atribuye.

Punto 6°. Dado el ordenamiento legal existente hoy en día, dado que hay una lesión de derechos en esa acción de secesión, este Tribunal no puede aceptar una acción que el Congreso del Estado de California ha tomado por su cuenta, yendo más allá de sus atribuciones. No son los habitantes de un territorio porción de los Estados Unidos los que pueden decidir acerca de la soberanía del territorio que ocupan. Sino el conjunto de los Estados Unidos, y no bajo un procedimiento administrativo, sino sólo de acuerdo con las leyes que posee como Nación soberana. Por todo lo cual, atendiendo a las razones antes expuestas, declaramos nula *a radice* esa determinación del Congreso del Estado de California.

Punto 7°. Por tanto, este tribunal insta al Gobierno Federal de los Estados Unidos de América a que restaure el orden constitucional en el Estado de California, realizando los actos de fuerza que sean necesarios para ello. Actos de fuerza que no requerirán de ninguna aprobación por parte del Congreso de los Estados Unidos, ya que no se declara la guerra a ninguna nación extranjera.

Punto 8°. Este tribunal insta asimismo a la Fiscal General de los Estados Unidos a que inicie pertinentes querellas judiciales bajo la acusación del delito de rebelión, contra todos aquellos que hayan realizado actos de secesión, usurpación de derechos constitucionales o apropiación de bienes federales. La apropiación de bienes federales no ha de ser considerada en este caso como un acto singular de robo, sino que se ha de entender englobada en una acción general de sedición, y por tanto tal acto ha de ser tipificado como un acto de rebelión.

Punto 9°. Considerando que los hechos que han tenido lugar en California desde el 4 de enero del presente año, han producido una serie de perjuicios y delitos, considerando que la lesión de estos derechos de los Estados Unidos de América que han tenido lugar desde el 4 de enero del presente año en el Estado de California, no se ha realizado de buena fe, sino por cuenta y riesgo de los usurpadores de estos derechos constitucionales, establecemos que los delitos de rebelión deben ser considerados como cometidos desde el momento en que se perpetraron, y no desde la emisión de esta sentencia.

Queda sentenciado así por este Tribunal en Washington, Distrito de Columbia, a 10 de febrero de 2180.

El juez había acabado de leer el fallo, miró al público, el silencio en la sala era total. Dio un golpe de mazo. El juicio estaba concluido. Volvió a mirar a la concurrencia de la sala y por fin echó su sillón hacia atrás y se levantó. Los otros siete magistrados togados de negro, solemnes, se levantaron también y salieron. Justo en el momento en que desapareció el último magistrado, todos los periodistas que estaban en la Sala salieron en estampida hacia la puerta. Por los pasillos todos los corresponsales

se dirijan a la carrera hacia la salida. Por las escaleras principales de la fachada bajaron a toda velocidad. Cada uno de ellos se colocó delante de la cámara de su canal televisivo. Aquí y allí los ayudantes hacían con los dedos el gesto de contar hacia atrás: 3, 2, 1... ¡en el aire! Y cada corresponsal justo antes se colocaba el micrófono, se arreglaba el flequillo y daba por fin la gran noticia. Cientos de periodistas se iban incorporando al directo de todas las cadenas, interrumpiendo todos los

programas. Ni una sola cadena en toda la nación retransmitía otra cosa que las palabras del Tribunal Supremo.

-¡Señoras y señores –y una corresponsal de color con un gran micrófono azul miraba con respiración agitada el reloj de su muñeca-, hace un minuto y diez segundos el Tribunal Supremo ha emitido sentencia. ¡La secesión es ilegal! ¡Y no sólo eso: el Gobierno Federal es conminado a restaurar el orden constitucional por la fuerza si es preciso!

Con la mano firme en el timón



2 de marzo

Ethan Ellsworth vestía prendas de caza en tonos verdes de camuflaje, todas de marca, las más caras. Alrededor de él veinte multimillonarios, armados con fusiles. Al viejo Ethan le gustaban aquellas cacerías de ciervos en el Parque Nacional de Rocky Mountain en Colorado. Conocía aquellas montañas como la palma de su mano. Veinte años llevaba haciendo excursiones a lo que él denominaba *su lugar favorito de la Tierra*.

La mañana había transcurrido. Ya habían cobrado unas cuantas piezas y en seguida estuvo preparado un fuego donde asarlas. Un almuerzo bajo el cielo descubierto, una comida de ciervo asado y jabalí, además del *Burdeaux*, huevas de trucha y esturión ahumado que la experta treintena de sirvientes se habían aplicado en preparar. Aquello era como un almuerzo en Windsor pero con álamos y abedules rodeando el suelo alfombrado de hierba. Claro que aquel equipo de criados culinarios era nada en comparación con el ejército semioculto de guardaespaldas apostados a distancia. Los servicios personales de protección de los veinte millonarios engrosaban las filas del equipo de seguridad presidencial. Eso sin contar, con que cada vez que el Presidente iba de cacería a ese parque nacional, el día previo un satélite reconocía la zona que iba a transitar en busca de objetos

metálicos, emisión de ondas o cualquier cosa que levantara sospechas.

La cacería había sido, como siempre, un tiempo agradabilísimo para Ethan. Francachelas, buena camaradería, ejercicio físico con gusto, y confidencias entre trozo y trozo de asado. Pero a Ethan le había dado por recordar en toda la cacería sus años jóvenes, con una mezcla de satisfacción por lo conseguido y de nostalgia por lo perdido. Aquella cacería, aquel club selecto de hombres poderosos que se ponían la mano en el hombro y reían, era un poco como la constatación de que había llegado a la cumbre. De que estaba justo en el lugar al que le había costado una vida llegar. Estar allí costaba una vida, sí. Y él era uno de los *elegidos*.

En las caminatas en silencio a la busca de la presa, pensaba: Cuando eres joven siempre piensas que hay que cambiar el sistema. Debe ser una cuestión hormonal. Pero que para hacerlo hay que estar lo más alto posible. Pero para cuando llegas a lo alto, el sistema te ha cambiado a ti, y ya sólo buscas llegar a la cima como un buen montañero. Al final, el ideal se ha quedado en las laderas de la base de la montaña, y la política se convierte únicamente en mero montañismo. Ciertamente los que llegamos aquí llegamos amaestrados, adiestrados y amansados. Esto debe haber ocurrido desde los tiempos cavernarios. Supongo que el amo de la cueva debía sentirse

hinchado por esa sensación de dominio. Debe ser eso que dan en llamar la ley de la vida. Sí, es la ley de la vida. No hay que darle más vueltas. La ley de la vida, la ley de la selva... Quizá nosotros mismos somos la selva. En lo único que no se ha cumplido la ley de la vida es en que esta oveja que soy yo, no ha encontrado su pareja. Se suponía que *cada oveja encuentra a su pareja*. Eso me repetía mi niñera desde niño. Pero no ha sido así. No he encontrado a nadie para acompañarme en el viaje de la vida. O más bien encontré a demasiadas, y por eso ninguna oveja se convirtió en mi media naranja.

Soy soltero como casi toda la población. Ahora casi me arrepiento de no haberme casado. He situado bien a mis tres hijos. He llegado a la cima bien solo. Al menos mis amigos son buenos amigos. Y mi buena amiga Sophie, que siempre me dice la verdad y que ahora luce su reluciente fusil sobre el hombro, ya me ha confiado otra de sus advertencias al comienzo de la subida al bosque. Sophie es una de mis mejores amigas y uno de los mejores pájaros de mal agüero que vuelan alrededor mío. Si haces la guerra a California, pasará esto, pasará lo otro.

Después de las sombrías palabras de Sophie, casi no me sostenían las piernas en mi subida por la ladera de abetos, estaba agotado. De todas maneras ya le he dicho a Sophie que si no he enviado mis ejércitos hacia California, no es por miedo, sino porque estoy convencido de que ése no es el camino. No quiero tener un Vietnam dentro de los Estados Unidos. No quiero pasar a la Historia por ese motivo. Jamás emprenderé una guerra en suelo americano, contra ciudadanos americanos. Todos esperaban la guerra y les he dado la paz. El bosque y las bromas me hicieron olvidar los problemas que había dejado en el Distrito de Columbia. Ahora, sentados en mitad del bosque, almorzábamos.

Comentarios informales, bravuconadas, inmejorable ambiente.

-Bueno, ¿qué tal las cosas por Capitol Hill? –preguntó Max Mc Gregor, Presidente de la Corporación Dextron, que ahora estaba a mi lado devorando una bien asada pata de ciervo.

-Bueno, ya sabes –le contesté con mi pedazo de carne de ciervo, mucho más pequeño, y mi trozo de pan en la mano. Pensé en dejarlo en ese *ya sabes*, pero después imitando graciosamente un cierto acento rural, continué:-, unos te dicen una cosa... otros otra... pero al final mando yo – todos rieron sinceramente.

Les contemplé mientras reían, mientras hacían bromas, comían con buen apetito al lado de esos árboles de veinte metros de altura. Allí sentados sobre el suelo comían carne un par de senadores, más allá el representante de la mayoría republicana y al lado de la mesa de canapés tres prometedores Secretarios de Agencias Federales. Les miraba y comprendía lo que le repitió su viejo profesor de Derecho Político en la Universidad: *el Poder, en cualquier época, en cualquier sistema, no representa a nadie, sólo se representa a sí mismo. Los actos de poder están encaminados a perpetuarse en el poder, a consolidar su poder y a reproducirse en el poder. El fin que busca el Poder es el Poder en sí mismo.*

La sociedad se ha hecho demasiado extensa. Estados Unidos son habitados ahora por más seres humanos que los que habitaban todo el planeta en el siglo XVIII. La corrupción y la inseguridad ciudadana son el problema real que subyace bajo esta secesión. Los pensamientos de Washington venían a la mente presidencial mansamente, sin ansiedad, pero como un arroyo del que de vez en cuando se oye su rumor. Los ojos de Ethan miraban a la hoguera que se había prendido en el centro. Pero sus pensamientos iban y venían a los

grandes asuntos. No sólo a los grandes asuntos de la política, sino que en ese rato le había dado por revisar el camino entero que había tomado su país.

En los antiguos poblados puritanos –reflexionaba Ethan- las aldeas eran pequeñas, todo el mundo vigilaba a todo el mundo, ya no es posible. Esto es una macrosociedad en la que la seguridad se ha dejado en manos de cada cual. La seguridad en las calles está por los suelos, aunque la economía va bien. La política está corrompida, pero las finanzas van bien. En las antiguas poblaciones puritanas todos en la aldea tenían conciencia, quizá a veces demasiado estricta, pero tenían conciencia. Conciencia del Bien y del Mal. El Gran Hermano era la conciencia de cada uno. Ahora todos piensan que la conciencia es un pesado lastre judeocristiano, una reminiscencia de pasados estadios evolutivos, es un poco como el apéndice en el intestino: extirparlo evita problemas. Estados Unidos se fundó bajo el entusiasmo por unos valores. Después del postmodernismo ya no hay valores. Con excepción de los bursátiles. La Nación es hoy día una gran asociación corporativa de intereses. Se espera de ella unos aceptables niveles de libertad, de seguridad y de eficiencia. Eso es ser Presidente de los Estados Unidos de América hoy día: el encargado de mantener unos niveles aceptables en todos los indicadores. Bueno, no estoy entusiasmado con el papel que he hecho en estos ocho años. Pero tampoco estoy descontento de cómo lo he hecho. No lo he hecho bien del todo, pero otros lo hubieran hecho peor. Bah, tampoco lo he hecho tan mal.

En fin, con el lastre de la conciencia o sin él, hoy estaba en aquel bosque de Colorado y mañana por la tarde estaría en la Metropolitan Opera House escuchando con la aristocracia neoyorkina *El barbero de Sevilla*.

Esta manada de millonarios enfundados en sus chaquetones que me rodea me tranquiliza. Formamos un grupo y he seguido las reglas del grupo. Y así he llegado a donde he llegado. Más vale que vuelva a centrar mi mente en la caza. Además, sin yo notarlo Lorena se me ha acercado por detrás. Me ha puesto la mano en la espalda y, como siempre, tras un minuto ya me está pidiendo algo. No le diré directamente que no. Jugaré un rato con ella. La escucho aparentando mediano interés. Tras un minuto de monosílabos míos, respondo:

-Querida Lorena, ya sabes que no debo intervenir en un asunto que compete a la Comisión de Valores. Pero bueno, haré lo que pueda.

Seguimos andando todavía veinte minutos más. Hicimos un alto. Los árboles altísimos, el aire fresco, con olor a resina, el paisaje que veíamos desde ese valle, con grandes peñascos coronando una cadena de montañas, todo era una invitación a sentarnos un rato en el suelo y recobrar fuerzas contemplando la naturaleza que teníamos delante. Yo me había ido un poco más alto, a una roca, quedándome a veinte metros del grupo, por otra parte bastante disperso también. Tras un par de minutos se sentó a mi lado una de mis principales asesoras, un poco gruesa, de mirada de águila. Sabía que se había sentado a mi lado para decirme algo. Pero tardó tres o cuatro frases en entrar en materia. Le molestaba sacar asuntos serios en mi tiempo de descanso. Aun así, con decisión, pero costándole, dijo:

-Señor Presidente, me están llegando mensajes un poco contradictorios.

-¿Contradictorios?

-Quizá debería decir *extraños*.

Seguí mirando a los altos peñascos de granito que tenía delante de mis ojos. Ella continuó:

-Me llegan noticias distorsionadas de que algo está pasando con la Subdirectora de la CIA. Algo referente a un informe que el Servicio de Decodificación del Pentágono le hizo llegar, pero que no aparece por ninguna parte... No sé. Por otro lado, pero en relación a esto, resuenan ecos, todavía muy difusos, de que Europa está invirtiendo grandes sumas de dinero para tratar de influir en el estamento político. No sabemos exactamente para qué, pero todo parece indicar que tienen su vista puesta en las próximas elecciones presidenciales.

-¡Lo que nos faltaba!

-No se trata de una casualidad. A ríó revuelto, ganancia de pescadores. Cuantas más turbulencias suframos nosotros, más posibilidades tienen ellos de aumentar su capacidad de influencia en Washington. Pero todavía no queda claro qué es lo que están haciendo, o qué pretenden en concreto.

-¿Está segura de que tienen algún interés en las elecciones?

-De momento todo es muy inconexo. Pero lo que es seguro es que hemos detectado demasiados mensajes mencionando las fechas cercanas a ese día. Mensajes que muestran un incremento de transferencias bancarias y traslados de agentes para los meses anteriores a las elecciones. Al principio, no nos dimos cuenta, pero ahora es innegable que algo se está moviendo en la sombra.

Me relajé mirando las montañas, el valle, el cielo azul. ¡Qué gran país es éste! Podríamos andar por estos bosques durante días y los encontraríamos tal cual los vieron los primeros exploradores. Ellos nos recuerdan lo que fue esta tierra antes de que llegáramos nosotros. Lorena vuelve a aproximarse, confío en que no me vuelva a sacar el tema de la Comisión de Valores. Mi asesora ya no tiene nada más que decirme. Más vale que me ponga en pie antes de que esta señora

que viene, se siente aquí y me vuelva a dar la murga con el tema de antes.

-¡Lorena!, ¿qué te parecen estos macizos? ¿A que son impresionantes?

Al día siguiente por la noche

En el intermezzo de *El Barbero de Sevilla* todos salieron un rato a estirar las piernas y a charlar un rato. La alta burguesía de la Gran Manzana estaba radiante de glamour. Fracs negros, trajes de noche, perlas y rubíes por doquier, camareros ofreciendo bandejas deliciosas de bocaditos de caviar sobre cola de langosta.

En medio del gran salón, el Presidente charlando, saludando aquí y allí, aunque en realidad lo que le apetecía era estirar un poco las piernas antes del acto III. Había mirado el libreto, todavía quedaban tres cuartos de hora.

Lo cierto es que se encontraba relajado y la audición le descansaba. Todos creían que su asistencia a actos como aquél era parte de su trabajo, y que como tal los aceptaba con resignación. Pero no, en esos actos se encontraba en su salsa, como pez en el agua. Pronto se apartó hacia uno de los largos pasillos de relucientes lámparas de cristal tallado del Metropolitan, le apetecía pasear y aquel pasillo era perfecto, aunque no tan perfecta la compañía que iba a su lado. Y es que Deborah Goldsmith, con su petición de hablarle a solas, le había dado la excusa para alejarse del vestíbulo y dar el paseo. Pero a cambio tenía que pagar el precio de escucharla. Deborah era la presidenta de la Fundación Flag & Patriot. Ella y otros dos invitados se apartaron con el Presidente hacia uno de los amplios corredores. Detrás de ellos una docena de guardaespaldas bloquearon discretamente el acceso a ese pasillo.

-Muy bien, señores, ustedes dirán –dijo el Presidente sin mucho entusiasmo.

-Señor Presidente –dijo Deborah con gesto tenso-, ¿hasta cuándo se va a posponer la guerra?

Ethan Ellsworth no se impacientó lo más mínimo. La gente común no suele comprender que los políticos no quieren hablar de política en sus ratos libres. No entienden que es como pedirle a un agricultor que en su tiempo de ocio se dedique a la jardinería. Aquel descanso no era el momento adecuado para preguntarle eso, ¿es que ella no lo comprendía? Como esa mujer y sus dos acompañantes eran un mero pretexto para alejarse de la recepción y pasear, se tomó la pregunta con la tranquilidad del que tiene decidido oír e internamente desconectar. Y así, el Presidente les fue escuchando un buen rato, con una cara neutra que no le comprometiera demasiado. Era propio de su oficio atender con paciencia infinita a la gente. Al fin y al cabo ahora lo importante era andar. Las largas horas de despacho le habían enseñado la capacidad de escuchar con un estoicismo admirable. A veces podía incluso escuchar y al mismo tiempo desviar sus pensamientos hacia asuntos que le distrajeran.

Al final, después de muchos monosílabos, después de muchas frases cortas, el Presidente creyó que era el momento de decir algo más para no parecer descortés. Porque Ethan era de los que piensan que no hay que ser descortés ni con el mentecato. Así que con toda la tranquilidad de un padre que habla a sus hijos, les dijo a los tres palabras afables dentro de lo políticamente correcto. Pero Deborah no sólo le interrumpió varias veces, él le había escuchado, sino que además le habló con un descaro al que no estaba acostumbrado. Así que Ethan finalmente se cansó y dijo:

-Ya les he explicado que no. No insistan, señores. Todos quieren guerra. Hasta la retórica de los secesionistas me pide guerra. Pero no les daré el gusto. Quieren mártires, pero se los negaré. Querrían esos rebeldes descabezarse contra una dura pared, pero seré un colchón. Si los rebeldes buscan un Lincoln, mucho me temo que se van a encontrar con un político. Al frente de la Unión hay un político, no un general. Las batallas se ganan mejor en el foro que en los campos de batalla. La poderosa Unión aparecerá ante todos como la víctima, y les voy a hacer a ellos quedar como los culpables de prepotencia. ¿Cuánto creen ustedes que le costaría al Goliat federal arrasar a este David californiano? Pero no. No estoy dispuesto. No me da la gana empezar esta masacre. Todo lo arreglaremos políticamente. La opinión pública ha de sentir compasión por Goliat. Y esa compasión la alimentaremos hasta que todos pidan la cabeza de David. Pero no le daremos gusto al Pueblo. Todo lo arreglaremos de un modo político, ése es nuestro trabajo, trabajo de especialistas en el arte del entendimiento y el compromiso.

De más joven hubiera apoyado lleno de pasión la política de mano dura. A mi edad hace tiempo que he decidido no añadir ni una pequeña porción más de sufrimiento a este mundo. Además, la guerra... económicamente, siempre es un mal negocio.

Al acabar de hablar el Presidente los tres miembros de la Fundación Unionista le siguieron presionando. Tras seguir hablando un par de minutos más, Ethan se dio cuenta de que era inútil dialogar con ellos. Trato de explicar su postura un poco más, pero nada. Simplemente le estaban presionando, no había posibilidad alguna de diálogo. Así que al final sin alterarse les dijo que no insistieran, y añadió:

-¡Ah! Un consejo, estos días no les sugiero que escuchen música wagneriana. La exaltación de Tannhäuser no es buena para la política. Me atrevería a sugerirles que descubriesen los sencillos placeres de Scarlatti o Albinoni. Hay más arte en la placidez de una viola, de una cítara barroca y serena, que cuando Wagner ataca con toda la artillería orquestal. ¿No les parece?

-Lo que me parece es que usted, señor Presidente, va a pasar a la Historia como un mediocre hombre de Estado – éstas fueron las groseras palabras del señor Hamilton, uno de los miembros de la Fundación. Después de decir las, el señor Hamilton dio media vuelta y se alejó solo e indignado por el pasillo camino del salón. Los demás se volvieron en silencio hacia el que se alejaba, después prosiguieron su camino con Ethan entre los dos miembros de la Fundación.

Ethan esperaba alguna disculpa de sus dos acompañantes ante aquella salida irrespetuosa. Pero nadie dijo nada. El anciano Presidente andando de nuevo, dijo:

-La Historia... No dejo nada para este mundo. Ni un libro de memorias, ni siquiera un árbol plantado. Mi herencia será la Unión. La pervivencia de los Estados Unidos como la unión de más o menos cincuenta estados federados formando una unidad. Nadie lo entenderá, pero sé que mi apariencia de debilidad es ahora mi mayor fortaleza.

-Señor Presidente –volvió a insistir Deborah en un tono seco y duro-, se lo voy a decir de un modo claro. Usted ha jurado proteger, defender y preservar la Constitución de los Estados Unidos. Si un Presidente hace dejación de su obligación de defenderla, puede y debe ser removido. Defender y preservar el territorio de nuestra nación forma parte de sus deberes encomendados por la Constitución. No

puede hacer dejación de sus deberes sin incurrir en un comportamiento inconstitucional. Aténgase a las consecuencias si a un par de generales les da por hacer una locura –Ethan le escuchó sabiendo muy bien que la Fundación Unionista en la práctica era un movimiento de aunamiento de voluntades en la política, los negocios y los militares, para imponer el unionismo en los círculos políticos de Washington.

-Soy perfectamente consciente – dijo el Presidente sin perder la compostura- de que ustedes defenderían la Constitución a cualquier precio, incluso pasando por encima del cadáver de la Constitución.

-Puede ser todo lo sarcástico que quiera. Pero usted al fin y al cabo es un hombre. Y un hombre se neutraliza con una bala. La Presidencia en definitiva vale lo que vale una bala –este comentario del otro acompañante era sumamente duro, y pretendía ser lo más hiriente posible. De una dureza que rayaba los límites de la descortesía más insolente y amenazante. Pero Ethan era incombustible e inmovible. Su pulso no se alteró un latido.

-Mire, usted –le respondió Ethan-, un golpe de estado lo dan los militares, y nuestro Estado Mayor está ahora mismo constantemente seguido por el Departamento de Inteligencia dependiendo directamente del Presidente –y se señaló a sí mismo-. Ah, y respecto a lo de la bala, pruebe a meterle miedo a otro miembro de mi gabinete de escalafón inferior. Le sugiero que lo intente con Lara Smith, es muy miedosa. Lo de la bala le impresionaría, sin duda alguna. Es cierto que la Presidencia vale una bala. Pero es imposible meterle una bala entre ceja y ceja al Presidente a no ser que el director del Servicio Secreto de Seguridad Presidencial esté en el ajo. Y me consta que no está en el ajo, porque estoy vivo. El día que ese Director decida cambiar sus fidelidades, ese día

ya no lo contaré. Pero el hecho de que esta conversación esté teniendo lugar, significa que ustedes no lo tienen de su parte.

Señores, a estos niveles del Poder cuando se puede hacer algo, se hace. Y si no se hace algo, es que no se puede hacer. Pero tranquilos, ustedes son unos amateurs, esto se aprende con el tiempo. Vamos a dar media vuelta, el III Acto comenzará de un momento a otro.

El grupo retrocedió sobre sus pasos. Sus acompañantes estaban crispados, sus rostros echaban chispas, ya no disfrutarían nada del resto de la obra, cuando Fígaro anima a Bartolo a que se disfrace de clérigo para sustituir en la clase de canto a don Basilio. Probablemente habían venido a la Ópera sólo para tener oportunidad de hablar con él. Pero Ethan había sabido ignorarles de forma casi completa. El mayor insulto es que tu oponente ni siquiera se digne a prestarte atención. Los fastidiados acompañantes del Presidente ni siquiera sospechaban que aquella conversación había tenido lugar porque a Ethan le apetecía salir de bullicio del salón para andar. ¡Ya lo único que les hubiera faltado por saber! Bien sabía Ethan de qué le iban a hablar los tres integrantes de esa fundación.

En el fondo, le daban pena. Ellos, como tantos otros, se tomaban las cosas muy a pecho, y sufrían con ello. En la mente de los dos que le acompañaban, hervían todo tipo de venganzas y confabulaciones. Desafortunadamente ellos mismos eran conscientes de que no podían hacer nada. Ethan Ellsworth continuó la conversación como si tal cosa. Sobre otros temas, pero como si no hubiera pasado nada. Aquel viejo de patillas blancas tenía su piel política curtida como ninguno. Es más, durante el trecho de regreso al salón les iba comentando la calidad del cristal tallado de las lámparas. Se detuvo ante un par

de cuadros. Después miró su reloj de bolsillo, de oro. En su interior, Ethan pensaba que eso era lo bueno de ser el Presidente, que si llegas tarde a tu butaca el director por deferencia no empieza el siguiente acto hasta que llegas. Siempre hay algún subdirector de la empresa, que le susurra al oído al director de la orquesta: el Presidente no ha llegado todavía. Y como quien no quiere la cosa, el director se entretiene comprobando la afinación de tal o cual instrumento de cuerda.

Qué pena –pensó Ethan-. Eso es lo malo, cuando ya te empiezas a acostumbrar a ser presidente se te acaba el segundo mandato. Maldita legislatura después de Roosevelt. ¿Por qué les daría por limitar el número de mandatos de los presidentes? Tres o cuatro mandatos darían más tiempo para llevar a cabo una verdadera política. E incluso para llevar a cabo una ausencia de política. Hasta la ausencia de política tendría más coherencia si se prolongase más en el tiempo. En fin, vamos a por *El Barbero de Sevilla*. Cada vez que veo esta obra de lo que realmente me acuerdo es de Bugs Bunny afeitando al cazador tontaina.

8 de marzo

El Presidente serio, con las manos enfundadas en guantes negros, asistía al entierro del senador Du Bois en Trumbull, Connecticut. Detrás de Ethan estaba todo su gabinete de riguroso luto negro. Detrás de los secretarios del Ejecutivo, una hilera de marines en uniforme de gala, firmes, con cara impasible, dirigidos por un capitán cargado de galones, hilera de cabezas rapadas con gorras blancas escuchando los sonos dulces de una compañía de gaiteros. Siempre que escuchaba a los gaiteros en actos similares, a la mente de Ethan venían imágenes de praderas brumosas en Escocia, imágenes de bárbaros cuidando

de sus rebaños en interminables días de frío y lluvia constante. Tierras salvajes tan distintas a ese césped cuidado erizado de losas verticales, un bosque marmóreo de breves inscripciones. El asesinato del senador Du Bois había conmocionado a todos. Nadie estaba seguro, era la evidencia que recorría toda la nación.

El ataúd en un carro tirado por seis caballos negros, las palabras del oficiante, las protocolarias tres descargas de los fusiles. Aunque Ethan miraba hacia los veinte marines con uniforme de gala, y escuchaba los gritos rudos del sargento gritando fuego antes de cada descarga, en realidad su mente estaba lejos. Esta vez ni recordaba imágenes de las tierras de Escocia, ni se fijaba en el peso de los fusiles de los dos soldados firmes a ambos lados de la bandera. Sólo pensaba en que el día anterior el Congreso de Oregon había aprobado unilateralmente con amplia mayoría un nuevo estatus para su estado. Ahora era un Estado Libre de la Unión. Por lo menos según el congreso de ese estado, eso era así.

Aquello había sido una declaración ambigua, una especie de paso previo a la independencia, en espera de acontecimientos. Allí, delante del senador asesinado, se daba cuenta de que era Presidente de una nación que contenía en su seno cuarenta y siete estados de la Unión, un Distrito de Columbia, un Estado Libre Asociado (Puerto Rico) y un Estado Libre de la Unión (Oregon). Sin contar con dos estados (California y Utah) en franca rebelión. Todo estaba preparado para estallar, sólo se necesitaba una chispa. Ethan sabía que lo único que había pedido era tiempo para reconducir las cosas. Pero cada vez se lo ponían más difícil. Aun así todo sacrificio, toda espera, valía la pena si con ello se evitaba una conflagración. ¿Cuál era el precio que una nación podía pagar para evitar una guerra civil? Se estaban

acercando a ese límite, al límite de lo que una nación puede tolerar.

De todas maneras, si finalmente había que intervenir, cuanto más se tardase más predispuesto estaría el Pueblo a aceptar la medicina por amarga que fuese. En cualquier caso prefería enterrar a varios senadores más y resistir, a tomar decisiones que supondrían la muerte de decenas de miles de personas.

Allí, rodeado de cuatro congresistas, estaba el senador Sheik Abbud. Ethan notó reprobación en su mirada.

-No era ése el momento, ni el lugar, para una mirada así –pensó Ethan-. Siempre había sido un hombre ordinario y descortés. Lamento, yo el primero, este goteo de muertos. Pero mis palabras ante la sesión conjunta de las dos Cámaras fueron claras: *los problemas políticos se tienen que tratar de resolver con soluciones políticas*. Todos los congresistas y senadores lo oyeron. No me anduve con rodeos. *Cobarde*, me gritó desde su asiento el senador Sheik Abbud. No me extrañó: había tantas fuerzas financieras que me pedían que resistiera. Él era la voz de esas fuerzas, de esos lobbies. Grandes grupos económicos me insistían para que restaurara el orden a cualquier precio. Otros grupos me presionaban para que dejara pasar unos meses antes de empezar el infierno. A mí, ante todo, lo que me importaba era preservar las vidas de mis compatriotas que había jurado salvaguardar el día que tomé posesión de mi cargo.

Un oficial de uniforme negro, cargado de condecoraciones, se arrodilla ante la desconsolada viuda y le entrega doblada la bandera que cubría el féretro. Después el Presidente se acerca toma su mano, le dice unas palabras. Un grupito de fresnos y alerces detrás de los familiares, el cielo encapotado, la bandera de la compañía de marines

escortada y ondeando, todo formaba un cuadro lleno de melancólica belleza.

El Presidente, seguido de su gabinete, se dirigía ya hacia la salida del camposanto, cuando por detrás se acercó su nada amado vicepresidente, una persona impuesta por el Partido, su ambicioso segundo. Un hombre que tenía una pésima idea del Presidente Ellsworth. Quizá no tan mala como la que Ellsworth tenía de él. Se acercó al Presidente, no se veían desde hacía muchos días.

-Ethan, creo que deberíamos hacer algo respecto a los dos miembros del Departamento de Recaudaciones Federales que están prisioneros en Los Ángeles.

-Vamos, vamos, prisioneros... Qué palabra tan fea. Y tan desagradable. Están... retenidos, pero confío en que antes de que acabe esta semana este punto de fricción se haya resuelto.

-¿Y los otros veinte?

-Los otros veinte se metieron en la boca del lobo por su culpa. ¿Creían que por tener una placa federal en el bolsillo se iban a echar a temblar los encargados de ese archivo estatal? Fueron unos memos sacando sus pistolas y encañonando a los funcionarios de aquella oficina.

-No sé por qué dices que ellos fueron los imprudentes. Tú siempre has dicho que esto sigue siendo un país, que la soberanía de California no existe más que en la mente de ese congreso exaltado y visionario.

-Vamos, no me vengas con ésas. Ellos sabían muy bien que *de facto* las cosas están como están.

-Veinticinco funcionarios federales están en prisiones estatales secesionistas. La gente se pregunta por qué el Presidente no hace nada... -la pregunta no esperaba respuesta, el vicepresidente ni siquiera le había mirado al hacerla.

Ethan le miró un momento. Aquel atlético vicepresidente estaba acabado políticamente. Cada vez aparecía menos en público. Ethan ignoraba incluso que aquella era su penúltima aparición en un acto público antes de retirarse definitivamente a su rancho de Oklahoma. El Presidente le miró y como desconocía su intención de dimitir y creía que lo iba a tener que aguantar todavía muchos meses más, pensó cuidadosamente las palabras que le iba a decir. Iba a decirle algo que le doliese. Cada palabra tenía que ser una puñalada. Pero justo en ese momento le interrumpió el Subsecretario de Defensa.

-Disculpen, pero debo decirles algo -el subsecretario llevaba su teléfono móvil en la mano sin cortar la comunicación-. Ha habido un atentado en el aeropuerto de Wyoming. El ala derecha del edificio de embarque está completamente derruida. Se estima que ha habido no menos de ochocientas víctimas mortales.

-Pásame el móvil. Y prepárame un discurso para dentro de diez minutos.

-¿Líneas generales?

-Estoy tan conmocionado como vosotros, éste es un gran país, la bandera, nuestro pasado común, debemos mantenernos firmes, la nación entera está a prueba, seamos dignos del momento histórico.

Guardia Pretoriana



14 de marzo

Tranquilamente se sentaron en los sillones del Despacho Oval cinco altos directivos de la CIA y el FBI. El Presidente se acomodó en el sillón situado en el centro de los dos sofás de terciopelo color verde esmeralda. El ambiente era distendido. El Presidente estaba de buen humor. Allí estaba la plana mayor del Servicio de Inteligencia. Un momento después entraba el Director General del FBI. Una llamada de última hora le había retrasado en la antesala, pero ahora entraba acompañado de su subdirector.

-Muy bien, señores -dijo el Presidente mientras dejaba su taza de café en la mesita de enfrente-, ustedes dirán por qué han solicitado esta reunión conjunta.

-Señor Presidente -comenzó el Director General de la CIA, el más viejo y el más sagaz de los allí reunidos-, faltan ocho meses para que un nuevo inquilino ocupe este despacho. Comprendemos que si usted no ha comenzado todavía la guerra para la recuperación de los territorios rebeldes de la Unión, no la va a comenzar ahora que ya está con un pie fuera de la Casa Blanca. Durante estos dos últimos meses, California ha vivido de hecho como un estado independiente, aunque jurídicamente pertenezca a la Unión, y aunque mantengamos el dominio y la comunicación terrestre con nuestro acuartelamiento en el suelo de ese estado. Pero a pesar de estos aspectos jurídicos y militares, la separación es un

hecho, hace dos meses que no ingresa su cuota de impuestos federales, y no reconoce las decisiones de nuestras Secretarías en Washington.

Si a todo esto unimos que el malestar de la nación está llegando a límites difícilmente soportables, que los atentados terroristas son diarios, y que la sensación de corrupción de todos los políticos es universal, nos daremos cuenta de que debemos hacer algo -el Presidente hizo gesto de que iba a decir algo, pero el Director de la CIA prosiguió con tono contundente-. No podemos esperar a que llegue un nuevo inquilino a la Casa Blanca a ver si éste por fin hace algo y toma las difíciles e impopulares decisiones que hay que tomar. No podemos esperar al fin de este mandato, para ver si en los meses siguientes el nuevo presidente por fin actuará con libertad, o será tan sólo una cara nueva pero otro representante más de los intereses de los grupos de presión.

El Presidente estaba en este momento comenzando a preocuparse seriamente del tono que estaban tomando las palabras del todopoderoso Hubert. Y lo malo no era lo que decía Hubert, lo peor era que todos los presentes callaban, ninguno hacía un gesto desaprobatorio. Hubert prosiguió:- Señor Presidente, la plana mayor del FBI y de la CIA hemos analizado la figura de los candidatos con alguna posibilidad de ocupar la máxima función de la Nación, es más, los llevamos analizando desde hace medio año, y le aseguro que nada va a cambiar

sustancialmente. Ésa es la conclusión a la que hemos llegado. Todos están en manos del sistema.

-Fue entonces –prosiguió el Director General del FBI-, hace cuatro meses, cuando Hubert y yo nos reunimos, y decidimos que ya no podíamos seguir como meros espectadores de la descomposición de la Nación. Y en aquel momento y en las semanas sucesivas, pergeñamos las líneas maestras del plan Épsilon.

-¿El plan Épsilon? –repitió con extrañeza y desagrado el Presidente.

-Se hace preciso colocar en el Despacho Oval a alguien fuerte, dispuesto a sacrificar toda su popularidad con tal de hacer lo que haya que hacer. Alguien que esté fuera del sistema de clientelas políticas, alguien que no deba nada a nadie por haberle colocado allí –el Presidente, que antes había estado a punto de interrumpir indignado a Hubert, ya no quería intervenir, con los ojos muy abiertos, tan sólo deseaba escuchar todo. El Director de la CIA seguía hablando:- Fue entonces cuando nos dimos cuenta de que un hombre así no lo encontraríamos entre los barones del bipartidismo, había que crearlo. El Épsilon es el nombre que hemos dado al plan para crear un presidente para la próxima legislatura.

-¿Y qué hombre es el que ustedes consideran más capacitado? –preguntó Etham con aire escéptico levantando su ceja derecha y sin poder dar crédito a lo que acababa de escuchar. Pero para enterarse de todo hasta el final decidió aplazar un minuto su ira y el despido fulminante de aquellos dos directores. El despido de aquellos dos intrigantes estaba ya decidido desde ese momento, pero antes deseaba escucharles todo lo que le tuvieran que decir. Quería escucharlo todo antes de explotar en un formidable estallido de ira.

-Tiene que ser un hombre rico, extraordinariamente rico –explicó el Director del FBI-, porque ha de ser inmune a cualquier intento de compra por parte de los lobbies. Tiene que ser un hombre con experiencia de gobierno. No podemos ponerlo en este puesto a ver qué tal lo hace. Ya no podemos aceptar riesgos ni hacer experimentos. Y sobre todo ha de ser un hombre con un carácter férreo, al que no le tiemble la mano cuando haya que hacer lo que se debe hacer. Y ahora mismo, si queremos evitar que la Nación se desintegre, hay muchas cosas que hacer. Y buena parte de ellas, muy desagradables.

-¿Y cómo se llama el hombre que han elegido? –insistió con dureza el Presidente. ¡Quería el nombre!

-Fromheim Schwartz.

El Presidente comenzó a reír sin ganas, se llevó una mano a la frente. No se lo podía creer. Después, moviendo la cabeza entre sonrisas desganadas, dijo:

-Efectivamente, no podían haber buscado a alguien más ajeno al sistema. El perfecto *outsider*, rico como Crespo, con experiencia de gobierno, poseedor de infinidad de medios de comunicación... Pero si ustedes piensan que la maquinaria política de Washington va a permitir que ese residente en el extranjero gane las elecciones significa que ustedes están en la Luna. Caballeros, nunca imaginé que pudieran ser tan ilusos.

Se hizo un molesto silencio en el despacho. Los seis altos directivos le miraban inmutables. La cúpula del FBI y de la CIA miraba fijamente a su Presidente. Éste, al final, tuvo que apartar la mirada de los ojos de todos, bajar la cabeza moviéndola con incredulidad y volver a mirar a los ojos al Director de la CIA, que le dijo sin pestañear y con palabras cortantes:

-Permítame decirle, señor Presidente, que si algo no nos podemos

permitir ni los Servicios Secretos ni el FBI, es estar en la Luna.

El silencio volvió a reinar, un silencio muy molesto.

-Pues nada, lo siento mucho pero no pienso apoyar ni lo más mínimo su propósito –el Presidente hablaba con desdén, como alguien que ya había tenido demasiada paciencia con ellos. El desdén trataba de ocultar su nerviosismo.

-¿Es su última palabra? – preguntó el subdirector del FBI cruzando las piernas y los brazos.

-Es mi última palabra.

-Le podemos dar tiempo para pensárselo.

-Ahórrenselo. Y ahora si me disculpan, tengo muchas cosas que hacer.

Los seis directivos se lanzaron miradas, como constatando una vez más que el Presidente Ellsworth era impermeable a toda alternativa de regeneración.

-Mire –habló el obeso Subdirector de la CIA-, usted forma parte de nuestros planes. Nos ayudará tanto si quiere como si no –el Subdirector abrió su maletín y sacó un informe de unos cien folios encuadernados-. Si no nos ayuda, ¿prefiere ser acusado por el asunto Hannover?, ¿o por el oscuro caso de la desaparición de Lucy Walker? –le amenazó sacando otro dossier-, ¿o por la trama Goldwater-Hutchinson? –dijo extrayendo un tercer abultado informe-. Tenemos más, pero éstos son los más documentados y los de más impacto.

-¡Todo eso es falso! –dijo el Presidente señalando esos papeles con su largo dedo índice. Muy a su pesar, la voz le tembló.

-Frente a cualquiera de estas acusaciones, o frente a las tres juntas, no tiene ni media posibilidad de convencer de su inocencia ni a un tribunal, ni al pueblo americano.

-Venga, recapacite –dijo con tono acerado uno de los directivos de la CIA-, le ofrecemos entre la posibilidad de ayudarnos o de pasar el resto de su vida en la cárcel. Somos extremadamente generosos.

El Presidente hojeó un par de aquellos informes. Se quedó sin habla. Durante cuatro minutos, le vieron pasar páginas en silencio. Al final, el Director de la CIA puso la mano en el hombro del anciano presidente y le dijo:

-No queremos su mal. No ganamos nada con su caída y su deshonor. No se trata de nada personal. Acepte colaborar con nosotros –y miró con complicidad a Etham-. Eso es todo.

-Dentro de tres días –dijo el Director del FBI con un tono menos amistoso- el recién fundado Partido del Orden, el nuevo partido creado por una plataforma de ciudadanos independientes, ofrecerá a Fromheim Schwartz presentarse como candidato por ese partido. Él dudará durante unos días. Después aceptará. Usted, tras esperar un tiempo prudencial, comenzará a manifestar que considera que la situación es tan grave que cree que lo mejor es apoyar a alguien como Fromheim. Nosotros le iremos indicando paso a paso qué es lo que conviene que diga o haga para favorecer a nuestro candidato.

-Ni que decir tiene –le advirtió otro directivo-, que si una sola palabra de lo que hemos hablado aquí sale a la luz pública, daremos por terminada nuestra colaboración y comprobaremos lo testarudos que podemos llegar a ser si nos empeñamos en que a alguien se le aplique la perpetua. Y si nos hincha mucho las narices ya crearemos algún cuarto dossier con pruebas que le acusen de algún delito federal castigado con la pena capital.

Ethan volvió a mirar los informes que le acababan de mostrar. Estaban sobre la mesa. Pero alargó la mano de nuevo. Quizá recordaba algo

que le impelía a revisar otra vez uno de ellos. Porque lo buscó con afán. Algo había allí en esas hojas, aunque a juzgar por sus gestos no lo encontró. Un minuto después, el Presidente se volvía a recostar sobre el respaldo de su sillón, cerraba los ojos y se frotaba la cara. Uno de los jefes de la CIA añadió:

-Atiéndonos. Nuestro candidato pretende hacer de la restauración del orden y de la limpieza de la... *basura* de Washington, uno de los principales pilares de su discurso. Nada nos vendría mejor para confirmar su mensaje durante la campaña electoral, que un Presidente como usted sumergido hasta la coronilla en todo este estercolero que le hemos puesto sobre la mesa. Un Presidente arremetiendo contra el FBI y la CIA daría la impresión de que Washington precisa con urgencia ponerlo todo en manos de un *outsider* que actúe como un cirujano, sin contemplaciones.

El Presidente no dijo nada..

-Tranquilo –trató de consolarle el Subdirector del FBI-. Estas cosas requieren su tiempo para ser digeridas. De hecho, ni siquiera le pedimos una respuesta ni ahora ni después. Basta que a cada paso vaya haciendo lo que le indiquemos. Por el contrario, si decide no subir a nuestro barco no hace falta que nos diga nada, será suficiente con que entregue a la prensa información sobre nuestro plan Épsilon. Nosotros diremos que esas acusaciones de usted contra nosotros son su reacción lógica al enterarse de que la CIA y el FBI estaban acabando de investigarle por estos informes que tiene sobre la mesa.

Así que ya lo sabe, si algo aparece en la prensa daremos por supuesto que usted ha sido la fuente informante, por más que proteste que no ha sido así. Eso significará que no hay marcha atrás en nuestra guerra personal. Pero tranquilo, sabemos que usted no es un hombre de guerra, sino de concordia y entendimiento. No se olvide de que

usted es un político, no un mártir de los lobbies que le han aupado. Esos grupos financieros también le presionarán, pero recuerde que nosotros podemos ser mucho más crueles que ellos.

-En mi vida profesional –dijo el Director de la CIA- he tenido muchas veces que intervenir invisiblemente en el ruedo político. Pero, créame, por fin ahora lo hago con la plena tranquilidad de conciencia de que esta vez presiono para el bien de mi país. Nunca he hecho nada tan patriótico como lo que estoy haciendo ahora.

-Pues nada, si no tiene nada más que decirnos, nos retiramos, señor Presidente –dijo el Director del FBI.

El Presidente negó con la cabeza sin levantar la mirada. Mientras aquellos hombres poderosos dejaban el despacho, el Presidente, que seguía en su sillón, se sentía prisionero de sus guardias, de sus oficiales pretorianos. La Agencia Central de Inteligencia y el Buró Federal de Investigación habían sido creados para proteger al Pueblo Americano, y ahora se revolvían contra el representante de ese Pueblo, o por lo menos del 11% que le había votado. El anciano Presidente estaba solo. Los segundos que trascurrieron desde la salida de aquellos hombres y la entrada de su secretaria, se le hicieron horas. El silencio que de pronto reinaba en el despacho le pareció el silencio de después de una batalla.

-Señor –le interrumpió en sus pensamientos su secretaria entrando por la puerta-, ¿hago pasar a la representación de la Fundación Ecologista de Maine?

Al Presidente le daba vueltas la cabeza y sentía revuelto el estómago.

-Sí, hágalos pasar.

Se puso en pie, se arregló la americana, y una hermosa sonrisa volvió a aparecer en la cara de Ellsworth, la sonrisa del político.

En el Despacho Oval aparecieron nueve avejentadas señoras, que estrecharon una a una la mano del Presidente.

-Bueno –dijo el Presidente con su más encantador tono de voz-, vamos a ver qué podemos hacer por la grulla de plumaje marrón.

Decir que la campaña electoral del 2180 fue la más sucia de todas las que se habían visto, sonaría a tópico. Guardé silencio, sí, no dije nada. Callé, tragué, sonreí y estreché manos sin dejar traslucir nada como sólo un profesional de la política puede hacerlo: son muchos años de entrenamiento.

Yo ya no me presentaba a un nuevo mandato, pero como era lógico estuve en medio de todo aquel choque entre el poder mediático que apoyaba al candidato Fromheim y los grupos de siempre que apoyaban a los candidatos de siempre: la consabida candidata republicana y el no menos consabido candidato demócrata. Frente a ellos, el recién llegado logró dar la impresión de ser una sola cosa: la alternativa. Por fin, una alternativa.

Los hados parecían haberse confabulado en contra de los dos candidatos republicano y demócrata: dos macroatentados más, la insolencia del crimen organizado que andaba más suelto que nunca, las declaraciones del Gobernador de California. Aunque no todo había que achacarlo a los hados, cantidades ingentes de dinero procedentes de la República Europea, promovían el cambio.

Fue entonces cuando comprendí qué eran aquellas confusas y extrañas señales que habíamos recibido acerca del interés de Europa en intervenir en estas elecciones. Poderosos intereses nacionales y extranjeros se habían coaligado para romper por primera vez el monopolio republicano-democrático.

Los grupos económicos que apoyaban a Fromheim poseían los más prestigiosos medios de comunicación. Pero tanto como los medios, influyeron los atentados... ¿Cómo podía mantenerse tranquilo al electorado con semejante martilleo de sangre sobre nuestras cabezas? Cuanto peor fueran las cosas, mejor para Fromheim. Y las cosas estaban yendo muy mal.

Con el FBI y la CIA trabajando a favor del candidato del nuevo Partido del Orden, ni siquiera intenté iniciar investigaciones acerca de él. ¿Cuántos de mis colaboradores estaban infiltrados por sus redes? Probablemente ninguno entre los más cercanos a mí. Me servían desde hacía muchos años. Pero ya no podía confiar. Aquél de quien menos lo esperara podía coger el teléfono y hacer una llamada nada más salir de mi despacho. No podía correr riesgos, así que callé y dejé que la naturaleza siguiera su curso. Si tenía que ganar el Partido del Orden, que ganara. Bien mal lo habían hecho los partidos de siempre. Si actuaban suciamente los que pretendían escalar los muros de esta casa bajo la bandera de un advenedizo, más suciamente habían actuado los patricios de toda la vida. Aun así, hasta un político sin ideales como yo tengo mi límite. Una mañana, tres de mis colaboradores más fieles, entre ellos Madeleine, la que estuvo en la cacería de Colorado, vinieron a verme a mi despacho una tarde: no podían probarlo, pero había información reservada más que suficiente para sospechar que al menos un comando terrorista había actuado en connivencia con los intereses del Partido del Orden. Eso fue demasiado.

Lo sentí por esos colaboradores. Era seguro que todas las conversaciones que tenían lugar en ese despacho, eran grabadas por el FBI. Les esperaba un mal futuro, pero tampoco podía decirles: ¿sabéis que nos están grabando? Ya no hubiera tenido ningún

sentido. En mitad de la conversación, carecía de finalidad revelarles toda la historia de la que ellos sólo habían alcanzado su superficie. Así que dejé que siguieran hablando. Aparentando sorpresa en los momentos en que se suponía que así tenía que ser. Fue muy duro tener que pedirles que guardaran la mayor de las reservas respecto a todo aquello, cuando sabía que en un par de días les harían desaparecer. A mí no me podían eliminar sin que la opinión pública lo supiera, era el Presidente. Pero a ellos, nadie les echaría de menos. Aunque había estado sonriendo todo el rato, cuando me despedí de estos tres leales colaboradores, se me hizo un nudo en la garganta. No supieron por qué. Se marcharon sin haberse enterado de nada. Era lo mejor. Al menos que disfrutaran con normalidad de sus últimas horas, sin agobio, sin tensión.

El que el Partido del Orden hubiera estado involucrado en los atentados, era más de lo que yo podía soportar. Mi capacidad de aguante había alcanzado su límite. Es cierto que esos tres hombres desaparecieron en menos de 48 horas, pero no necesité tanto tiempo para tomar una firme decisión. Al día siguiente de recibir aquellos informes sobre los atentados, comencé a hacer campaña activa a favor del candidato republicano. Llamé a todas mis amistades, a todos los peces gordos que eran amigos míos, y les dije claramente que apoyaran con todas sus fuerzas, con todo el dinero posible, con todas sus influencias a Bárbara Browmiller, la candidata republicana.

-Mira, James -le dije al teléfono-, abandonad toda diferencia. La que tiene más posibilidades es Bárbara. O apoyáis decididamente a uno de los dos o nos vamos a hundir todos. (...) ¡Créeme, o Bárbara o el abismo! Tenemos que salvar esta nación. (...) Sí, sí, ya sé que no hay mucho que salvar. (...) No tienes que darme lecciones de

lo mal que están las cosas. Pero créeme, ahora es el momento de echar el resto, no escatiméis gastos, es la Patria lo que está en juego. (...) Si de verdad amas a los Estados Unidos, ha llegado el momento de cerrar filas. (...) Sé que siempre se es tremendista en una campaña, pero esta vez es verdad: es la pervivencia de la Nación lo que se decide.

Magnates de la industria, prohombres de la banca, también personajes desconocidos pero que eran los que de verdad cortaban el bacalao desde la sombra. Llamadas y más llamadas. Puse toda mi alma en el empeño. Sin embargo, no dije nada en contra de Fromheim. No tenía pruebas, ni las tendría nunca con las dos agencias federales a su favor. Durante un mes y tres semanas me mantuve en esa línea. Pero en Memphis se me fue la lengua: pronuncié un discurso retransmitido por la televisión en que maltraté la figura de Fromheim.

En cuanto volví a Washington vino a verme Fredcick Huntington, el enlace de la CIA y el FBI conmigo. Su mensaje fue claro: tiene un día para pensárselo, recapacitar y dar marcha atrás. O retira lo que ha dicho, o el próximo viernes se hará público no solo que usted fue el que ordenó la muerte de Rose Gillet -cosa que era falsa-, sino que su hijo mayor también estaba metido en ese turbio asunto. Y en un mes, delo por cierto, sus otros dos hijos van a estar implicados en un tema de drogas, se lo aseguro.

Me habían dado el plazo de un día para recapacitar. Si quería salvar a mis hijos, el miércoles debía anunciar que había hablado en contra del candidato Fromheim por las presiones del partido republicano. Esa era la condición. Mi silencio no bastaba. Tenía que purgar mi apoyo a Bárbara Browmiller. Se me indicó claramente lo que tenía que decir y en qué fases tenía que desvelarlo a la prensa. Tenía que

convocar una rueda de prensa mañana a las tres de la tarde. Allí tenía que revelar que el Partido Republicano me había amenazado con inventar contra mí un escándalo si no hablaba contra Fromheim.

Dos horas después, el FBI ofrecería otra rueda de prensa para anunciar que iba a emprender una investigación exhaustiva, independiente, cayera quien cayera. Unos días después esa agencia federal presentaría pruebas, falsas, que ratificarían lo que yo había dicho. Iba a ser un bombazo. Efectivamente, los cimientos de esta nación se iban a conmocionar hasta lo más profundo.

No tenía que dar ninguna respuesta al Director de la CIA ni al del FBI. A las tres de la tarde ellos pondrían el televisor y sabrían qué decisión había tomado yo. Era evidente que existía un Plan B si usaba esa conferencia contra ellos: les atacaba porque sabía que me investigaban y que iba a ser formalmente acusado.

Me lo pensé. Ya no era mi vida lo que estaba en juego, tenía en mis manos la decisión de destruir o no el futuro de mis hijos. Por otra parte, Bárbara y el candidato demócrata no eran precisamente unos corderillos inocentes. Eran individuos del sistema. Corruptos, fríos, con secretos que ocultar, dispuestos a todo por lograr la presidencia. Además, las encuestas eran muy favorables ya al Partido del Orden. Llegué a la conclusión de que iba a sacrificarlo todo por una candidata indigna, que conmigo o sin mí iba a perder de todas formas las elecciones. ¿Valía la pena inmolar a mi familia para nada? Después de un día de meditación, llamé a las cámaras y solté la bomba: el Partido Republicano me había chantajeado.

Por si todo lo anterior que había sucedido en la campaña en contra de los candidatos tradicionales fuera poco, encima esto. Mis palabras fueron como

bombas. Bárbara y el demócrata Nigel (al que también se implicó) todavía se hundieron más en el fango. ¡Chantaje al Presidente! Nigel no se salvó. Se vio enteramente salpicado por la ola de porquería que acababa de caer de lo alto. Según el FBI, también los demócratas habían consentido en que se me presionara. De acuerdo al informe presentado, Nigel sabía que las encuestas le eran demasiado desfavorables, y había ofrecido a Bárbara apoyarla en este chantaje a cambio de la vicepresidencia. Los demócratas y los republicanos se unían con tal de que no ganara un partido que iba a acabar con la corrupción del Capitolio. La gente captó el mensaje: Sí, había que dar un giro radical, había que hacer limpieza en Washington. Qué lejos estaba el americano medio de saber que el que se suponía que iba a hacer la limpieza era el peor de todos.

En lo que quedó de campaña, hablé poco, pero siempre a favor de Fromheim. Diez días después de mi retractación en forma de rueda de prensa, comí en casa de mi hija Elizabeth, en una bella mansión de Rhode Island, y con mis otros dos hijos, Malcolm y Octavius. Mis tres hijos estaban ya en los cuarenta y tantos años. Habían venido con sus familias. Eran dos respetables médicos y un ingeniero miembro de un consejo de dirección de una gran empresa. Todos, sentados a la mesa, comimos, nos divertimos, repasamos los viejos tiempos. De vez en cuando no podía evitar mirarlos fijamente, pensativo: no dije nada. Qué lejos estaban de adivinar lo cerca que habían estado de que sus vidas hubieran sido cambiadas radicalmente. Me los imaginaba en la cárcel, acusados de algún delito relacionado con las drogas o con cualquier otra cosa, perdiendo sus trabajos, perdiendo sus parejas, y me daba cuenta de la gran lotería que es la vida, de lo inconscientes que somos de cómo una bola determinada se acercó

mucho a nosotros, aunque en el último momento un movimiento del bombo la desvió. Decidí que este tema se lo comentaría a mis hijos dentro de muchos años, cuando estos malos años, estos tiempos de peligro, hubieran pasado definitivamente. Les gustaría saber lo cerca de sus cuellos que pasó la hoja afilada de la guillotina.

Al día siguiente, volé a Saint Louis. Allí estuve en la inauguración de un gran monumento que era una especie de muro cuadrado de piedra artificial, negra como el azabache, de trescientos treinta y tres metros de altura, donde estaban inscritos en letras de oro los lemas de los Estados de la Unión. Esperando el comienzo de la ceremonia, desde mi puesto leía los lemas inscritos con letras ciclópeas: AUDEMUS JURA NOSTRA DEFENDERE, Dicit Deus, REGNAT POPULUS, Nil sine Numine, MONTANI SEMPER LIBERI, y otros muchos.

A mis espaldas, durante la espera, pude tristemente escuchar varias veces el abucheo de alguna que otra persona aislada. El Gobernador de Missouri a un lado, la alcaldesa al otro, para que no me apercibiera de esos gritos extemporáneos, trataban de explicarme tal o cual detalle de las cabezas de león de estilo romano que flanqueaban el conjunto. Podía percibir el nerviosismo de mis anfitriones en sus explicaciones. Se sentían embarazados por cada grito. Yo mismo estaba tan avergonzado que miraba fijamente adonde me decían, pero sin prestar atención a sus palabras. Mis vaivenes en la campaña, mi supuesta debilidad ante California, la postración del país en mis ocho años de mandato, ofrecían razones más que suficientes para que algún que otro ciudadano libre gritara con todas sus fuerzas para que el primer magistrado le oyese. Yo para no oír, seguía leyendo inscripciones en ese monumental muro, trataba con todas

mis fuerzas de concentrarme en comprender el sentido de esas frases.

Debajo de los lemas en letras capitales, se hallaban en minúscula las traducciones: *Nos atrevemos a defender nuestros derechos* (Alabama), *Dios es el que enriquece* (Arizona), *Reina el Pueblo* (Arkansas) *Nada sin la Providencia* (Colorado), *Los montañeses serán siempre libres* (West Virginia).

A pesar de que estábamos a punto de comenzar una celebración, leer todo aquello me emocionó. Apenas podía contener las lágrimas. Mis ilustres acompañantes creyeron que habían sido los insultos, pero no. Habían sido esos lemas. Esas lacónicas frases latinas encerraban las aspiraciones de los fundadores de esta Patria. Me parecían un contraste tan grande con la realidad. Las aspiraciones de esos hombres íntegros condensadas en lemas. Y nosotros, sus descendientes, habíamos sido tan negligentes en custodiar su legado, que cuando empezaron los discursos, vacuos, de encargo, puro teatro, no pude evitar una sensación de amargor tan grande como el monumento que inaugurábamos.

Al llegar mi turno de hablar, me levanté con lentitud de mi asiento, me sentía con el cuerpo pesado, sin ganas. Cuando acabaron los aplausos de rigor, en este caso bastante fríos, empecé a leer los papeles que traía. Mis asesores me habían preparado un discurso normal, correcto, sin estridencias, ni temas espinosos. Pero cuando en la lectura de mi discurso, llegué al momento en que dije: *el lema que preside en lo alto esta grandiosa obra, es el lema de esta nación E PLURIBUS UNUM...* entonces, no pude continuar. Cerré los ojos, incliné la cabeza. Creí por un momento que podría rehacerme. Pero no pude. Conmovido, empecé a llorar. Delante de cuatro mil personas, el Presidente lloraba, no podía seguir hablando.

Logré salvar la situación excusándome con que el monumento me había recordado las miles de personas que habían dado su vida en el último año para que el espíritu que reflejaban esos lemas siguiese vivo. Aquello fue lo primero que se me ocurrió, aun así la gente me creyó. Los aplausos fueron atronadores, me consta que mucha gente lloró de emoción. Apenas pude continuar entrecortadamente mi discurso. El discurso era mediocre, ni siquiera lo había escrito yo, pero leído con tanta emoción, entre lágrimas, con interrupciones en las que con toda verdad no podía continuar, resultó impresionante. La calidad de lo que dijera, o lo audible que fueran mis palabras, ya no importaba: cuando me senté, los aplausos duraron dos minutos ininterrumpidos.

Además de tener sesenta y dos años, debía estar volviéndome irremisiblemente senil, porque cuando regresé a Washington sentí unos invencibles deseos de conocer el venerable edificio del Tribunal Supremo, de pasear por él. Había hablado en bastantes ocasiones con el más importante despacho de ese edificio, pero siempre por teléfono. También sus magistrados habían venido regularmente cada año a las recepciones de la Sala Azul en la Casa Blanca, pero en ocho años nunca había puesto yo mi pie allí, a pesar de vivir nada lejos y de pasar muchas veces tan cerca de camino al Congreso.

Todos creyeron que chocheaba, cuando por la tarde del mismo día que regresé de Saint Louis, le dije a uno de mis asesores que quería ir a conocer el edificio del Tribunal Supremo.

-Esta misma... tarde... -repitió vacilante Spokane. Lo que me molestó fue que pusiera cara de *¿se ha vuelto loco el señor?*

-Sí, esta misma tarde. Ahora. ¿Hay alguna ley que me lo prohíba? Me consta que por la tarde están permitidas las visitas turísticas. ¿Voy a poder hacer menos que cualquier ciudadano?

-Bueno... pero... habrá que avisar al Presidente del Tribunal Supremo...

-¡No avises a nadie! -ordené tomando un elegante abrigo negro y bajando las escaleras para ponerme en camino-. No hay que avisar a nadie, no hay necesidad de hacer planes, esto no es como una guerra que hay que prepararla. Únicamente quiero visitar el Tribunal Supremo, sólo eso.

El trayecto fue brevísimo. Los turistas no se lo podían creer cuando subí por las escalinatas de la fachada. Al entrar al gran vestíbulo, vi que más de quince hombres vestidos con gabardinas habían bloqueado todos los pasillos, todas las puertas. Por mi seguridad, el Servicio Secreto había dejado completamente vacío el atrio de entrada. Mejor así, podría disfrutar con intimidad de mi paseo. Porque lo que realmente me apetecía era darme una vuelta por el lugar.

Empecé la visita por mi cuenta, aunque no tardó ni dos minutos en llegar a mí uno de los jefes de funcionarios de esa casa. En realidad, tardó dos minutos en atreverse a venir a mi lado, porque no se acababa de creer que se tratara de una simple visita. También él pensaba que venía a ver a alguien o a hacer algo. Sólo cuando clara e inequívocamente fue evidente que simplemente estaba yo deambulando por el interior, sin dirigirme a ningún despacho en particular, se acercó y me ofreció su erudición acerca del simbolismo de un frontón recorrido por figuras togadas. Sus comentarios fueron utilísimos. Mis comentarios a lo que él me decía, eran de lo más simples. Del tipo *qué edificación tan armoniosa, qué impresionante*, y cosas así. Él me

correspondía con una sonrisa de satisfacción.

Sus estatuas, sus corredores, sus frisos... aquello era la belleza de la Justicia hecha piedra y mármol. Desde la entrada mi entusiasta acompañante fue explicándome los insuperables nombres que se les dieron a las grandes estatuas que flanquean su larga escalinata. Una era *la Contemplación de la Justicia*, a la otra estatua se le dio el nombre de *la Autoridad de la Ley*. Mi guía, que resultó ser el Jefe del Servicio de Recepción, se detuvo largamente en mostrarme las similitudes entre la planta de ese edificio y la del Templo de Ezequiel. Aunque el lugar donde más disfruté fue en el centro geométrico del edificio: la Sala de Juicios. En sus cuatro muros, cuatro frisos: Moisés, Salomón, Licurgo, Confucio, figuras musculosas que representaban el Poder del Gobierno o la Majestad de la Ley, serios personajes con togas romanas, figuras aladas que representaban la Autoridad, la Fama, la Historia o la Luz de la Sabiduría. En otro panel, el Derecho del Hombre, la Equidad, la Libertad y la Paz. *La Justicia es la Guardiana de la Libertad*, proclama otro de sus frontones, me indicó Higgins, que así se llamaba este atildado funcionario. Todo el edificio era una glorificación de la Justicia. No creo que ningún pueblo de la Tierra haya dedicado en ningún lugar un edificio tan bello a ella.

¡Qué hermoso tiene que ser el oficio de juez!, le dije un poco ensimismado sin poder dejar de mirar a la mujer que simbolizaba la Verdad y que tenía a la izquierda unos hombres rodeados de serpientes que personificaban el Mal, junto a los cuales un tercero con una bolsa en la mano, simbolizaba al hombre corrupto, éste miraba en dirección opuesta a la Verdad que se hallaba en el centro del conjunto.

El Jefe del Servicio de Recepción al escuchar *¡qué hermoso*

tiene que ser el oficio de juez!, debió pensar que yo era un poco tonto. *Qué edificación tan bonita, qué hermoso tiene que ser el oficio de juez.* Seguro que esperaba más brillantez de unos comentarios presidenciales. Pero lo cierto es que yo estaba como hipnotizado por la genialidad del Friso Oeste. No podía dejar de mirarlo. Mi vista, siguiendo el camino del conjunto escultórico hacia la izquierda, descubrió que el ciudadano corrupto de la bolsa en la mano llevaba finalmente hasta un hombre con armadura y una espada de gran tamaño. Extrañado de ver a un guerrero entre tanta figura togada, pregunté:

-¿Qué representa el hombre armado que cierra el conjunto?

-El Poder Despótico.

No pude evitar tener un pensamiento de triste compasión hacia aquellos que ejercían el oficio de juez sin vocación, sin gusto, sin virtud, como un mero trabajo fatigoso. Cuánto bien hace el buen juez. Cuántos casos había conocido de prostitución de la Justicia. Ni un solo juez debería quedar sin juicio, sin su propio juicio. Sí, tiene que haber un Dios Todopoderoso ante el que tengan que dar cuenta los jueces de cada uno de sus juicios.

Era curioso. En esa Sala de Juicios del Tribunal Supremo, tuve la seguridad de que tenía que existir Dios. Allí, en ese salón silencioso, desierto, redescubrí la vieja idea de la infancia acerca de la Divinidad. El Todopoderoso tenía que habitar en ese edificio como en su templo. Entre esos muros se debía contener uno de los más preciados tesoros de cualquier nación, un tesoro divino: la Justicia. Sí, tenía que ser un don celestial porque nosotros somos salvajes, unos mamíferos agresivos, territoriales, instintivos. De nuevo me entraron unas incontenibles ganas de llorar. ¿Por qué habíamos hecho tan mal todo? No podía llorar, no

por segunda vez, con tan poco tiempo de diferencia. Logré rehacerme.

Tras unos momentos en silencio, seguí a mi acompañante que quería enseñarme la colección de bustos. Volvimos al Gran Vestíbulo, fue allí donde llegó asustado, a paso ligero, mi amigo el Presidente del Tribunal Supremo. Me saludó con el rostro demudado:

-¡Señor Presidente! ¿Qué es lo que pasa?

No se creía que estuviera allí para simplemente darme un paseo. Tenía que tener un propósito oculto para haber venido. A pesar de mis breves explicaciones, me miraba incrédulo. No sabía muy bien si acompañarme o si dejarme a solas para que hiciera yo lo que tuviera que hacer. Lo del paseo tenía que ser una excusa. Finalmente tras un minuto de preguntas, al incrédulo Presidente del Tribunal Supremo le pareció que acompañarme era una forma de vigilarme y optó por decirme amablemente que si deseaba verle que sólo tenía que mandarle llamar.

-Perfecto -respondí y volviéndome a Higgins-: Por favor, siga enseñándome la colección de bustos

El encantado Higgins (que vivió aquella escena como una apoteosis de la importancia del Servicio de Recepción por encima de la presidencia de ese tribunal) me fue mostrando la interminable secuencia de bustos de mármol blanco, todos de aspecto muy

romano, que representaban a los Presidentes del Tribunal Supremo desde sus comienzos. Siempre me ha sorprendido hasta qué punto desde el principio esta joven república se consideró heredera de los ideales de Roma. Miré la estatua que tenía delante, la de Salmon P. Chase, con los pliegues de su toga rodeándole magistralmente, y observé el busto que representaba la cara rubicunda de ojos azules de mi amigo Dwight, el actual Presidente del Tribunal Supremo. A pesar de los esfuerzos romanizantes del escultor, mi buen amigo no tenía la faz de uno de los Cornelios o de los Flavios, parecía más bien el rostro de jefe de una tribu vikinga. Le pegaba más esculpirlo con un hacha en la mano, que con un rollo. Mi comentario le hizo mucha gracia a mi buen dispuesto funcionario que seguía paladeando su momento de gloria.

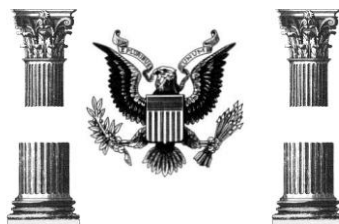
Ya no seguí mucho rato más. Me despedí. Mi amigo juez seguía rumiando cuál podía ser la verdadera intención de mi visita. Volví a la Casa Blanca. Aquella noche dormí mucho mejor que otros días. La visita me había hecho mucho bien. Debieron creer varios que yo por mi edad ya chocheaba, que menos mal que ya sólo quedaba un mes hasta las elecciones. Ya no me importaba lo que pensarán de mí. Afortunadamente ya quedan únicamente veintisiete días para que sea liberado de este yugo presidencial. Ése fue mi último pensamiento antes de dormirme.



VIRTUTE ET ARMIS



Una tranquila vejez



Me pidieron que fuera yo el que escribiese el capítulo final de esta historia –el viento sopló con fuerza arrastrando hojas muertas y marrones, una racha de viento detrás de los cristales-. El presidente Fromheim en persona fue el que me solicitó que escribiera la historia final de mi presidencia y la primera etapa de mi sucesor.

-¿Un libro de memorias?

-Preferiría, Ethan, algo de apariencia más objetiva, algo más semejante a una historia a caballo entre las dos presidencias –sus ojos azules se me quedaron mirando, como diciéndome que tenía plena confianza en mí-. Será un éxito editorial apabullante, de eso me encargaré yo, me dijo.

Cuando abandoné Camp David, tras la entrevista con Fromheim que llevaba casi un año de inquilino en la Casa Blanca, en la aeronave yo restregaba mis manos nervioso, feliz: estaba salvado. En los primeros seis meses de mandato temí por mi futuro. ¿Mi destino sería afrontar algún tipo de juicio que dejara todavía más clara ante la opinión pública la diferencia entre el envilecimiento de los cargos anteriores y el triunfo de la honradez presente?

Sabía que no había practicado yo la corrupción en ninguna de sus formas: ya antes de ser presidente tenía todo el dinero que quería y mi única ambición había sido el Poder, no las riquezas. Si

hubiera sufrido las tentaciones de la lujuria del dinero, desde mis tiempos como senador hubiera podido aceptar un puesto en algún consejo de administración de una gran multinacional. Pero mi única lujuria fue Washington.

Me había sacrificado como un atleta que se priva de todo para obtener la medalla de oro, mi historial no tenía mácula. Mas con el nuevo escenario político, mi sacrificio, mi honrada carrera política, no suponía obstáculo alguno para que desde algún despacho se decidiera orquestar mi escarnio público. Es triste preguntarse a los sesenta y tantos años si uno acabará sus días en alguna prisión federal. Extrañamente, notaba que había en mí algo de resignación. Lo que me pudiera pasar no era una vendetta, no habría nada personal en ello, lo sabía. Se trataba sólo de resaltar más el contraste entre el viejo sistema partitocrático y el nuevo, más eficaz, fuerte y honrado.

La resignación venía de aceptar que ésas eran las reglas del juego y que no tenía ningún sentido echarse en cara nada. La técnica de mis jugadas había sido impecable, simplemente es que ahora había habido un cambio de guardia. Un cambio de guardia que, aunque realizado a través de las urnas, había sido una revolución. Y toda revolución tiene sus víctimas. A pesar de todo, alguien en algún despacho se inclinó por la clemencia.

Por eso abandoné Camp David tan feliz. Se me perdonaba, a cambio de ejercer el papel de comparsa: tenía que escribir un libro, un gran éxito de ventas. Tendría la ayuda de los mejores asesores históricos y literarios. Entre la cárcel y morir como un millonario, después de examinar pros y contras, alguien había optado por la segunda opción. A veces en esos despachos de las alturas se toman varias de estas decisiones en una sola mañana, sin parpadear, sin piedad ni sentimentalismos, con toda frialdad. En un par de horas las decisiones tomadas cambian el destino final de varias personas. En mi caso, se inclinaron por mi retiro feliz, por una vez tranquila y acaudalada disfrutando de mis nietos.

Escribir un libro... Me dediqué a cumplir esa última tarea con un moderado entusiasmo, aunque valoro mucho más mis anotaciones personales en las que voy desgranando mis pensamientos más íntimos, escritos no para ser publicados, sino para ser guardados. Mi hijo los preservará hasta otra época que sea más feliz. Ahora es tiempo para esperar.

Tardé cinco meses en escribir el libro, un tiempo record. Tampoco tanto si consideramos las muchas manos que me ayudaron. Se trataba de un volumen grueso, pero sólo tuve que dejar que grabaran las preguntas que me hacían. Ellos, los profesionales, le daban forma, estilo y unidad. Esos sí, cada tarde escribía mis reflexiones, mis conclusiones finales acerca de todo el sistema presidencial y el sistema de fuerzas políticas bipartidistas que giraba alrededor de él.

Medio año temiendo por mi futuro, cinco meses escribiendo el libro, siete años para meditar, arrepentirme y alegrarme sobre lo que había escrito. El libro fue escrito para gustar al público, para gustar al que me lo había encargado, y (dado lo que significaba para mi seguridad) también me gustó a

mí: todos salimos contentos. Tenía 664 páginas, porque había mucho que contar. Aunque nunca me atreví a decirlo, una vez acabado consideré aquel libro como el Epílogo de los Estados Unidos. Y el epílogo de nuestra aventura bien se merecía más de seiscientas páginas.

Sí, ya han pasado siete años desde que Fromheim Schwartz jurara su cargo como XCVIII Presidente de los Estados Unidos de América; o de lo que en esa época iba quedando de ellos. A sus cincuenta y tantos años, Fromheim era alto, apuesto, gallardo, desbordando nobleza en su porte y en su palabra. A su lado el resto de congresistas parecían unos pobres diablos. Pero lo más importante, de lo que se irían dando cuenta lentamente todos los moradores de Capitol Hill en los próximos meses, era de que él era el hombre político por excelencia. No era un político más, era El Político.

Cuando faltaban pocos meses para que yo abandonara la Casa Blanca, la población de los Estados Unidos estaba furiosa porque durante mi mandato no se recuperaran los estados secesionistas. Pero en Washington toda la clase política se iba haciendo a la idea de que tal división era un mal ya de difícil solución. Fromheim llegó al poder proclamando con su voz grave y poderosa que él restauraría la ley y el orden. Y obtuvo la presidencia por muy pocos votos.

Pero al día siguiente de jurar su cargo, ordenó al Estado Mayor del Ejército la invasión de California. Treinta y siete unidades aerotransportadas se dirigieron hacia el estado rebelde y cuarenta y dos divisiones penetraron en dirección a Los Ángeles. El Ejército detuvo al Congreso californiano en pleno. Los congresistas quisieron hacer una escena, supongo que para la Historia, esperando a los

soldados sentados en sus escaños y con varias cámaras de televisión grabando dentro del hemiciclo. Cada congresista rebelde fue agarrado por seis soldados y una hilera se formó por el interior del edificio hacia las aeronaves que les esperaban afuera. Gritos, forcejeos, pero todos fueron metidos por las buenas o por las malas en nuestras aeronaves federales que despegaron rumbo a una base militar de las afueras de Washington. La imagen emitida en directo de los congresistas saliendo esposados del Congreso por su propio pie, o en volandas, chillando y resistiéndose inútilmente con todas sus fuerzas, dejó claro que Washington iba en serio. Aquella escena provocó la indignación de los que ya eran nacionalistas, pero el entusiasmo del resto de la nación. Millones de americanos lloraron de alegría delante del televisor, agitaron sus banderas, se abrazaron y gritaron *hurra* con todas sus fuerzas. El recreo se había acabado. La Ley se restauraba con toda su fuerza, arrollando todo lo que se le pusiera delante.

La Guardia Nacional se negó a ceder sus cinco cuarteles. El general Stewart nada más recibir la llamada telefónica comunicándole que se negaban a entregar sus acuartelamientos, dio orden de bombardearlos. Los rebeldes habían pensado que comenzaría una larga tanda de negociaciones. Nunca imaginaron que el general, nada más colgar el teléfono tras recibir la respuesta, presionara otra tecla para dar la orden de dar comienzo a los bombardeos. Como es lógico no quedó ni rastro de la Guardia Nacional.

Centenares de tenientes y capitanes de infantería repartidos por todas partes en el soleado territorio de California, procedieron en un solo día a detener a diez mil personas bien fichadas por la paciente y silenciosa labor del FBI. Se dirigieron como la

flecha a la diana, sin dilaciones ni dubitaciones, directos al blanco.

Únicamente en Pasadena y en Oakland las masas populares favorables a la independencia se organizaron para lanzarse a la calle en número considerable. Eran unos veinte mil manifestantes furiosos e incontenibles. No se puede contener a una masa de veinte mil ciudadanos rabiosos y además con un cierto número de ellos armados con pistolas. En el resto de California todo el mundo estaba en todas partes pendiente de la radio y la televisión. Todos desde sus hogares oyeron la firme voz de general Lereaux al declarar el estado de sitio en diez condados, con la prohibición de que nadie saliera de sus casas o del local donde se encontraran en ese momento.

El general esperó a que los manifestantes atacaran primero, a que fueran ellos los que dispararan en primer lugar. Les puso en bandeja esa posibilidad. Un cuarto de hora después mandaba abrir fuego contra la masa de manifestantes. Los manifestantes se dispersaron de inmediato, pero el general ordenó que la caza continuara por las calles. *Los buenos ciudadanos están en sus casas, en la calle únicamente hay rebeldes, futuros terroristas*, explicó. Unos fueron detenidos, los armados abatidos.

El Ejército patrulló por todas las calles, y nadie entre la población civil movió ni un dedo. Treinta tribunales militares al aire libre en el césped del Coliseum Stadium, juzgaron sumariamente uno por uno a largas hileras de ciudadanos. Aquel día se ahorcó a ciento veintiocho personas. Los cadáveres de todos los que se resistieron con armas en la mano, fueron dejados allí donde fueron abatidos. Se tardó un par de días en recoger todos los cuerpos. No se dieron mucha prisa. En gasolineras, en centros comerciales, en los barrios financieros de las principales ciudades

californianas, por todas partes había restos de *traidores a la Patria*, como les llamó el nuevo presidente. El amo había dejado claro quién mandaba allí. La secesión había acabado.

Las imágenes de tantos cadáveres sobre las aceras, horrorizaron al país. Pero fue también una mezcla de asco y de fascinación por la sangre. En todo esto, hubo mucho de reacción psicológica. Ante la posibilidad de sentirte que estabas en el bando de los patriotas ganadores o en el de los perdedores, la inmensa mayoría de la población sintió que el triunfo de su presidente era su propio triunfo. Los medios de comunicación cerraron filas en torno al Presidente. En esto último hubo una mezcla de reacción psicológica y de decisión de los grandes magnates de la prensa. La situación por la que había pasado el País había sido tan crítica, que no era el momento de perderse en disensiones inútiles. Había que reconstruir la unidad nacional. Los juicios negativos se dejarían para más adelante. Ahora lo primero eran los Estados Unidos.

Fromheim, el hombre de la sonrisa moderada, erguido, señorial, un patricio de una dinastía de poderosos, impuso el orden sin que le temblara la mano. El estado de Utah, cayó dos días después. Oregón antes de que finalizara aquella semana. En Estados Unidos nadie dudaba ya de que sus cincuenta estados formaban un solo país indivisible. Pero el nuevo presidente no sólo estaba dispuesto a acabar con la secesión. En un mes ordenó la detención de todas las cúpulas de las mafias radicadas en territorio nacional, con pruebas o sin ellas. La mano firme se estaba aplicando sin contemplaciones a todos los desórdenes de la vida nacional. Estados Unidos se convirtió en el país más peligroso para los delincuentes. El nuevo presidente actuó dentro de la Ley y por encima de la Ley.

Habría pasado a la Historia como el presidente de mano de hierro que puso orden, habría visto su nombre escrito en los libros de texto, pero al cabo de dos legislaturas habría vuelto a casa. Sin embargo, aunque nadie lo sabía, muy pronto iba a suceder algo que supondría una concentración de Poder en sus manos todavía más notable.

Cuando 20 de febrero de 2183 trataron de atentar contra su vida bombardeando el Capitolio, ese día se selló definitivamente su destino. Con un Edificio del Congreso destruido, sin congresistas ni senadores hasta las siguientes elecciones, el ejercicio de su poder no conoció límites.

Aquí y allá surgieron políticos y columnistas planteando sus temores, sembrando sus dudas acerca de la constitucionalidad de muchas de las actuaciones del Presidente. El Presidente no presionó a ningún periodista. Amablemente les hizo saber a los principales propietarios de los medios de comunicación que por patriotismo debían contener a sus periodistas hasta que el orden se consolidara.

Varios dueños de medios de comunicación y varios políticos, los más recalcitrantes, los que más se le opusieron, comprobaron hasta qué punto resultaba peligroso oponerse a quien tiene las Fuerzas del Orden de su parte. La Justicia les encontró drogas, cuentas bancarias ocultas, a algunos hasta les descubrió cadáveres en sus casas. Era el momento de la unidad nacional. Y los disidentes eran unos malos americanos, y probablemente unos delincuentes.

A todo esto, el pueblo norteamericano estaba encantado de que por fin hubiera surgido una figura con la firme idea de poner orden. El Pueblo llevaba tiempo clamando mano dura. Y además, Fromheim cuando abría la boca subyugaba. Su prestancia no tenía

parangón en ninguna figura nacional. Pero cuando además hablaba improvisando, entonces se convertía en un seductor nato.

Sólo el Congreso podría haberle plantado cara de un modo institucional para preservar sus propias cuotas de poder y sus muchos oscuros intereses particulares. Lamentablemente, después del atentado, después del intento de magnicidio, no existía ni siquiera el edificio del Congreso y el Senado. Hasta unas nuevas elecciones, el Poder Ejecutivo tendría que llevar sobre sus hombros la pesada carga del Poder sin restricción alguna. Pero ese lamentable hecho quedaba compensado por la paz total de la que gozaba la Unión. Había paz y calma hasta en las columnas y editoriales de los diarios. No obstante, el estado de excepción se prolongó durante medio año, a fin de que ningún foco de rebelión tuviera la más leve tentación de resurgir.

Aquel XCVII Presidente pasó a ser considerado como el salvador de los Estados Unidos, como la más patente encarnación de la Nación. Verdad es que también flotaba en el ambiente la incómoda idea de que había salvado la Unión a costa de la democracia. Pero él siempre repetía que también Abraham Lincoln tuvo que pasar temporalmente por encima de ciertas libertades. *Si queremos salvar el imperio de la Ley, voy a tener que pasar por encima de la Ley durante un tiempo*, repitió al principio en unos cuantos discursos. Después ya no hizo falta que insistiera en ese asunto, porque él era la Ley y el Orden. Y desde luego ya nadie dudaba de que orden sí que había. Estados Unidos se había convertido en el país con más orden del mundo.

El decreto de Poderes Especiales del 23 de febrero de 2183 siguió en vigor mientras las vacantes del Congreso y el Senado de Estados Unidos siguieran sin ser ocupadas tras unas nuevas elecciones. A todo esto, el

Partido del Orden, el partido sustentador de la regeneración política del país, siguió avanzando más entre la población e infiltrándose en todos los niveles de la burocracia federal. El resultado fue que cuando Fromheim nos dejó, después de una larga presidencia (sin ninguna elección intermedia) que a algunos se les hizo interminable, su vicepresidente asumió el cargo automáticamente. Y su vicepresidente no era otro que el hijo del difunto Fromheim Schwartz. Ése fue el comienzo de que la Presidencia de los Estados Unidos se convirtiera en una, digamos... propiedad dinástica.

Podemos afirmar sin temor a equivocarnos que de aquellos polvos salieron estos lodos. Las elecciones al Congreso seguían sin ser convocadas, de hecho ni las ruinas del Capitolio destruido en aquel fatídico atentado del 20 de febrero de 2183 fueron reconstruidas. Pero no todo es negativo. Ahora puedo pasear por cualquier calle a cualquier hora sin temor a que nadie me ataque. Sé que la Ley se cumple estrictamente a todos los niveles de la burocracia. Los trenes salen a su hora. Y la gente empieza a pensar que en definitiva el gobierno de una Nación es una cuestión demasiado técnica como para dejarla en manos de las veleidades de una población que al fin y al cabo seguirá votando al candidato más guapo. Sí, quizá ya era el momento de sustituir a los Presidentes-actores, por Presidentes-gobernantes.

Por otro lado, las elecciones en los ayuntamientos y en los estados siguen como siempre. El pueblo americano sólo ha tenido que renunciar temporalmente al método para designar quién ha de ocupar la presidencia de los Estados Unidos, es decir, de forma provisional hemos renunciado al trámite de la consulta popular. Pero el resto de las instituciones siguen funcionando normalmente. Se trata de una renuncia temporal apoyada por la opinión

popular, porque esta renuncia era el único medio para poner orden en la cueva de ladrones en que se había convertido el *establishment* washingtoniano. Los antiguos romanos legislaron hasta este tipo de excepciones. Nuestros idealistas Padres Fundadores no. Nuestros Padres Fundadores delinearon nuestra Constitución de acuerdo a unas teorías, a unas concepciones, acerca del hombre, de la sociedad. Pero la vida no entiende de teorías. La vida se abre camino siempre, por encima de leyes, constituciones y escrúpulos e ideales.

Sé que muchos albergan escrúpulos, sé que muchos no se sienten bien con esta regeneración de la Nación, pero a todos ellos les recuerdo que el comienzo de la Constitución de los Estados Unidos afirma tajantemente que el Pueblo *tiene derecho a organizar sus poderes en la forma que a su juicio ofrecerá mayores probabilidades de alcanzar su seguridad y felicidad*. Y la población ahora está resignada con esta figura del Presidente investido de poderes especiales. Está resignada con esta figura de un árbitro en Washington DC ajeno al partidismo. Si el Pueblo consiente esto, no vamos a imponerle el más estricto purismo democrático al Pueblo. No podemos imponer la democracia quiera o no quiera el Pueblo.

Es extraño que yo, el XCVII Presidente de los Estados Unidos, el último en ser elegido según los métodos dispuestos por aquellos acaudalados colonos terratenientes y comerciantes de 1787, escriba el epílogo de esta historia. En teoría yo no sería la persona más adecuada. Estoy demasiado involucrado en los hechos, claro que precisamente por eso conozco bien la historia.

Cuando estreché la mano de Fromheim Schwartz el día que juró su cargo como Presidente, sabía muy bien a quién le estaba tendiendo la mano. Quién mejor que yo sabía que aquella

mano que se había levantado para jurar el cargo, lo hacía gracias a los oficios del FBI y de la CIA. Nadie como yo al bajar del estrado era consciente de que ya nada volvería a ser como antes. Desde el comienzo de la primera presidencia en 1789 había habido muchas intrigas, pero por fin habíamos dado un paso adelante, por fin se había consumado un salto cualitativo. Ésta era la primera vez que por fin se perfilaba una Guardia Pretoriana. Era evidente que a partir de entonces ningún presidente alcanzaría o mantendría la presidencia sin el *placet* de aquella Guardia. Ellos, la Guardia, creyeron que dominarían la situación porque todavía no se perfilaba en el horizonte lo que después sería el Presidente investido de poderes especiales. Ellos poseían los informes para provocar un proceso de *impeachment*, ellos eran los guardianes de su misma seguridad física. Quizá, según la Constitución, el Presidente no detentara el poder absoluto, pero su guardia pretoriana, sí. De ellos, de los guardias, no se habían ocupado nuestros Padres Fundadores. Ya nada podía volver a ser como antes. Después, cuando se erigió la figura del Presidente con poderes especiales la anterior amenaza quedó pequeña frente a la realidad cada día más clara de una acumulación de Poder como nunca se había visto en este país.

Al final de la campaña electoral me había revuelto contra el candidato Fromheim. Lo hice sólo durante once días, hasta comprender que todo estaba perdido. Después volví al redil de pragmatismo. Y por eso en el estrado del juramento yo estaba sonriente. Cuando le estreché la mano, diez segundos después de que yo dejara de ser Presidente me dije una vez más a mí mismo que ya no había nada que hacer.

Es curioso. Cuando faltaba un minuto para que él jurara el cargo, fui consciente de que yo era la democracia,

la democracia envejecida, corrupta y manipuladora. Y que un minuto después, tras el juramento, se ponía punto final a la democracia efectiva manteniendo todas las apariencias y símbolos de una república

Pero le estreché la mano con sinceridad. Seguro que él jamás lo creyó. Mi cara acorde con mis palabras de felicitación no fue una ficción política. La Nación no podía continuar más así. El Pueblo Americano estaba agotado de sus políticos. La Unión se disgregaba. La mafia estaba rampante. Y todos éramos objetivos terroristas. Llegaba por fin el momento de poner orden. Le deseaba la mejor de las fortunas. Desde luego él disponía de un poder del que ningún otro presidente había dispuesto desde los tiempos de Lincoln. Tenía un cheque en blanco firmado por la Nación: haz lo que sea, pero pon orden; firmado: el Pueblo Americano.

Durante varios meses, acaricié la posibilidad de retirarme al extranjero. Aunque no había país suficientemente lejano para los servicios secretos estadounidenses. Si me portaba mal, el castigo me alcanzaría allí donde estuviera. No, salir del país no me ofrecía ninguna seguridad. Tan sólo la paz de espíritu de desaparecer y no cruzarme con personas, en cuya mirada leía la palabra *traidor*.

También barajé la posibilidad de retirarme a mi rancho de Idaho. Era otra forma de desaparecer. Era otra forma de mandar un mensaje al Poder: no os voy a dar problemas. Pero me resultaba difícil no vivir en una gran ciudad, prescindir de mi club, de las partidas de golf con mis conocidos, de visitar a mis hijos una vez cada cuatro o cinco semanas. Así que me quedé aquí, colaborando. Era un ex presidente controlado las 24 horas del día por mis escoltas. Escoltas que paga y contrata el Servicio de Protección de Altos Cargos. Así que estaba vigilado continuamente.

Ellos eran los encargados de proteger mi vida y de quitármela, según fueran las órdenes.

Pero no debía temer. Yo ya no constituía un peligro para ellos. Y menos cuando me vieron tan colaborador con el nuevo inquilino de la Casa Blanca. Me podía haber opuesto al nuevo Presidente, ¿pero para qué? Decidí adaptarme a la situación con realismo: el nuevo Lincoln con su cheque en blanco en la mano, pasaría por encima de cualquier obstáculo. Prefería vivir. Prefería vivir y poder contar esta historia a mis nietos.

Creo que hiciste lo correcto, me dijo mi hijo abogado hace dos años, un hijo ya con el pelo algo encanecido. Ahora escribo en el salón de mi casa de campo, mientras mi hijo desde su sillón lee y mira de vez en cuando los troncos ardiendo apacibles en la chimenea. Delante de nosotros juegan mis tres nietecitos con unos bloques rojos y azules erigiendo frágiles torres sobre una alfombra demasiado mullida.

No tengo la menor duda de que mi inteligente hijo guardará a bien recaudo los papeles que ahora escribo. Algún día pueden constituir una gran reliquia. Incluso a pesar del hecho de haber sido escritos por un ex presidente que durante sus dos mandatos no fue un modelo de lucha por los ideales.

El primer deber que nos impuso la Declaración de la Independencia fue el de velar por la seguridad, integridad y vida de sus ciudadanos. Así que mi hijo debía tener razón. Salvaguardando mi vida no hacía otra cosa que cumplir con ese primer mandato de los Padres Fundadores. Sí, colaboré con el nuevo presidente. Aparecí en actos públicos a su lado, dándole mi apoyo. Conferí una cierta legitimidad con mi presencia. El nuevo hombre fuerte pronto se apercibió de mis buenas disposiciones. No sufrí ninguna represalia por la época de la campaña.

Respecto a mi apoyo, lo hice de corazón, no fui un falso. Estados Unidos podía permitirse el lujo de una guerra contra California, pero no de una guerra civil de todos contra todos, en todo el territorio. Quizá aquella paz bajo un hombre fuerte no era lo mejor para la República, pero era desde luego lo mejor para los Estados Unidos. Los Padres Fundadores crearon la República para el bien y felicidad de los ciudadanos. No para inmolar las vidas de esos ciudadanos en el altar republicano. Estaba claro que los antiguos moldes no funcionaban, había llegado el momento de intentar algo nuevo.

Algunos me acusaron de chaquetero, de oportunista, de echar por la borda la dignidad que me quedaba, si es que me quedaba algo. Otros, más amigos, me mostraron su sorpresa, en voz baja, por el hecho de que me prestara a aparecer en actos oficiales con Fromheim. Pero aquello no fue otra cosa que seguir fielmente la línea política que me marqué desde que el comienzo de mi carrera al servicio de la cosa pública: buscar los resultados, no los ideales. Apareciendo en aquellos actos oficiales no hacía otra cosa que seguir de corazón aquella política que venía llevando a cabo desde hacía varias décadas desde que me afiqué en el Distrito de Columbia. Por eso para mí no fue una actuación forzada. Poco a poco hasta me fui convenciendo de que él era el hombre que quizá estaba necesitando nuestro gran país.

Tal vez lo que más me costó perdonarle fue lo del Edificio Gates de Manhattan, lo del aeropuerto de Wyoming, o el atentado contra el Capitolio. Esta última sí que merece ser escrita con letras bien grandes en la Historia de la Infamia. Pero a estas alturas dudo que esa Historia de la Infamia se escriba en alguna parte. Más bien tengo la sensación de que todo se va olvidando.

Aun así, saber que él estaba detrás de todo eso, me hacía apretar los dientes en ocasiones. Esos atentados fueron sapos muy amargos y viscosos de tragar. Nunca se lo perdoné. Pero me tranquilicé pensando que quizá el Pueblo Americano jamás hubiera estado dispuesto a aceptar unas riendas fuertes si no se le clavaban las espuelas con decisión y hasta la sangre.

Un pequeño sacrificio a sangre fría para salvar todo el cuerpo. En una situación de aceptable tranquilidad su mensaje de fortaleza, de mano dura, no hubiera logrado el número de votos suficientes para situarlo en la presidencia. Sólo en una situación inaceptable el pueblo puede asumir medidas inaceptables.

Sé que todo esto no hubiera resultado ni posible, ni creíble hace setenta y cinco, o cincuenta años. Pero todo se reduce a ver hasta dónde aguanta una Nación. Las circunstancias van presionando a un Pueblo hasta que éste acepte lo inaceptable. Gobernar nunca ha resultado sencillo. Probablemente no resultaría fácil ni gobernar una república de ángeles. Y nosotros nunca fuimos ángeles. En realidad, las democracias, permitidme la confidencia, nunca han sido demasiado democráticas.

Y como dijo Fromheim una vez, en privado, a una visita en la Casa Blanca: *La democracia es un licor fino y agradable, el exceso de libertad emborracha. Por eso los gobernantes siempre han sido abstemios.* Fromheim improvisó este comentario alzando levemente una copa de cristal tallado de Murano, lleno de zumo de naranja y pomelo. Dijo esto en la Galería Truman de la Casa Blanca, elegante con su esmoquin, viendo detrás de las ventanas acristaladas al grupo de embajadores con frac que en la recepción seguían charlando entre sí entre canapé y canapé en medio de las lejanas notas de un piano de cola y la voz relajada de una

gran mujer de color que cantaba *Summertime*.

Cuando escuché aquello convine con él en que nuestra sociedad ya estaba madura para el cambio. El principado sucedía, por fin, al consulado ciceroniano. Una gloriosa época de augustos sucedía a una anodina época de cónsules-funcionarios. En cierto modo desde el principio intuimos esto. Me refiero a que desde los tiempos de Jefferson y Hamilton, los políticos sabíamos que esto iba a pasar, que éramos solamente hombres. El pueblo sencillo nunca atisbó estas posibilidades, pero nosotros sí porque éramos políticos.

Ahora una y otra vez le doy vueltas a aquella frase improvisada con una copa de zumo en la mano. Cada vez me parece una frase más redonda, más profunda y más realista.

Sí, hoy día nuestra sociedad se ha vuelto abstemia, ya sólo la Constitución queda borracha. Borracha de libertad, nos deja en evidencia, nos avergüenza, habrá que purgarla. El alcoholismo de libertad es una enfermedad de pronóstico difícil, su curación siempre es larga y penosa; las secuelas, inevitables.

Año 2197

Agradable música ambiente, mesa cubierta de terciopelo rojo. A mis espaldas, dos jarrones chinos casi tan altos como yo. El jefe de este centro y un superior suyo flanqueándome, felices y serviciales. Firmo mi más reciente obra en una librería de Boston. La gente cuando llega ante mí, me sonrío, abro el libro, nuevo, impecable, y con la mayor de las cortesías le dedico la obra a la persona que tengo delante mientras escucho de ella agradables comentarios, preguntas breves o elogios bondadosos.

Jubilado, sin nada que hacer, firmo libros una vez al mes. Me lo paso bien, disfruto de esta actividad que me

saca de mi rutina y de sentirme encerrado en mi mansión. La editorial se encarga de todo. Me vienen a recoger a casa, y me llevan a Phoenix, a Minneapolis o a Cleveland. También puede ser a Corning o Ithaca, ya que para variar, a veces pido que sea una ciudad pequeña. Siempre el mismo programa. Llego a la ciudad, dejo las cosas en el hotel, me doy una vuelta a pie por el centro. Después una conferencia que nunca se alarga más allá de una hora y cuarto. Cena en un restaurante y a la cama, siempre a las diez y media. Por la mañana desayuno, me doy otro paseo (éste preferiblemente por un parque), y firmo libros hasta la hora de la comida. Tras la comida, siempre frugal, pero siempre en un restaurante de lujo, tomo un vuelo de regreso a casa.

Cuando firmo libros ya no lo hago como un escritor jovenzuelo, excitado, encantado por la gloria y a la vez con la sensación de que eso es una pérdida de tiempo. A esos escritores jóvenes o de cuarenta años que firman libros por primera vez, se les nota que tienen una alta consideración de sí mismos, y se sienten un poco la necesidad de ser antipáticos. Yo no.

Cuando estoy sentado para firmar libros, disfruto. Siempre pienso que estoy mejor allí que sentado en un banco de un parque echando migas a las palomas. Por eso sin prisas intercambio unas palabras con la madre que viene con sus hijos, respondo sin extenderme pero con profundidad al joven que me escucha con veneración, hago una letra bonita de formas redondeadas, pierdo tiempo en las dedicatorias. A mi edad, ya no existe el concepto de pérdida de tiempo. Las colas a veces son muy largas, pero yo voy a mi ritmo.

A la hora de la comida, interrumpo mi actividad sin excusas ni explicaciones, aunque en la cola queden cien personas. Mis paseos, mis horas de la comida, siempre metódico. Conozco

nuevas ciudades, cenó con gente nueva que trata de hacerme lo más agradable posible mi estancia en la ciudad. Una vida ideal para un jubilado que no tiene nada que hacer.

Siempre que voy a ir a una ciudad a firmar libros, la editorial envía a la librería varias cajas con ejemplares de mi obra, que se sigue vendiendo. Cada vez que firmo, eso supone unas ventas de no menos de quinientos ejemplares. No sólo es el título lo que buscan, la gente quiere estrecharme la mano. Y por eso se ponen en la fila con mi obra en la mano bajo el brazo. Sea dicho de paso, tiene una portada preciosa. Una cubierta blanca con un impresionante escudo presidencial. Me consta que los envidiosos dicen que sigo siendo invitado a firmar libros, porque la editorial sigue haciendo promoción de él por razones nada comerciales. Envidia pura y dura. Además, no me extraña que se venda, la cubierta es una obra de arte.

Ciertamente, mi libro es sesgado en sus juicios. Deforma cuatro o cinco episodios, y guarda silencio sobre ciertos puntos esenciales. Aun así, el 95% es completamente veraz conteniendo tantos detalles históricos minuciosos que desde su publicación no cabe duda de que será una obra imprescindible para cualquier historiador futuro. Pero las voluntarias oscuridades de mis capítulos no tienen la más mínima importancia para la fila de gente feliz que espera su turno con el libro en la mano.

-¿A quién dedico este libro?

-A mi tía, Helen Curley.

Después, esta gordita y sonrosada ama de casa me estrecha la mano y me repite que se alegra tanto de haberme conocido. Todos se van con mi libro debajo del brazo. Todos felices. 664 páginas de detalles históricos de esos que ocurren entre bastidores, mezclados con sesudas reflexiones

sobre filosofía política y el sistema norteamericano en particular.

Han pasado dieciséis años desde que juró el cargo Fromheim. Los intelectuales, los politólogos, los profesores de Derecho Constitucional, llevaban más de setenta años advirtiendo que los Estados Unidos iban a pasar por las mismas fases que la república romana. Su advertencia era un lugar común. A nuestra generación, le ha tocado contemplar la transición de una forma de gobierno a otra. Al final, resulta inútil negarlo, hemos pasado por las mismas fases que la república que tanto imitamos. Las Trece Colonias primero fueron monarquía, después nos emancipamos, después construimos un sistema legal que protegiera nuestras libertades, finalmente sin cambiar las estructuras constitucionales ni sus nombres el Poder se concentró.

Es cierto que seguimos sin Congreso ni Senado, pero eso fue una tozudez de Fromheim. Podría haber creado una Casa de Representantes títere, haber guardado las formas y mantenido el poder. Lo cierto es que incluso eso parece que va a cambiar. Se habla de restaurar este año primero una cámara, provisionalmente por vía de designación presidencial. Y cinco años después, la segunda cámara. A veces estas medidas provisionales se alargan de forma indefinida. Si hay mucha presión popular, se verán forzados a crear una cámara mixta, con senadores electos y otros designados por el Poder Ejecutivo.

También se habla de erigir de nuevo el Capitolio. Igual en sus formas, pero el doble de grande. Para así albergar en su base, entre colosales pilares, el prado con las bellísimas ruinas que hay ahora. Personalmente soy favorable a dejar las ruinas como están. El mármol blanco de muros, escalinatas y columnas caídas queda sublime sobre la alfombra de césped

verde cortito y cuidado que hay en la actualidad.

Dedico este libro a Leo Davenport con todo cariño.

El que fue Presidente de los Estados Unidos.

Ethan Ellsworth.

-Espero que lo disfrute –agrego. Le doy una palmadita en la mano y la siguiente persona se apresura a ocupar su puesto. La música de fondo toca un villancico, que abre con unos maravillosos violines y continua con la voz grave de un gran tenor que habla de la cena de Navidad, del pavo, de la familia reunida alrededor de la mesa y de unos valores que forman parte de la mitología del nacimiento de este país.

-¡Emma Appleby!

-¿Un familiar?

-No... -risita maliciosa-. Es para mí.

Después de firmar tantos documentos, tantos proyectos de ley, tantos nombramientos, ahora me aplico (con mucho mayor disfrute, eso sí) a firmar cientos de primeras páginas de libros con mi firma, modesta y nada sofisticada. Una firma que, como mi letra, era modesta, regular y de líneas muy rectas. Ninguna rúbrica narcisista, mi letra siempre había sido como mi vida, sin estridencias, llena de moderación.

-Jean Paul Houellebecq. Se lo deletreo.

Mi libro no es ningún alarde de sinceridad. Es ante todo fruto del trabajo de un equipo de *interrogadores* a sueldo de la editorial que me extrajeron las más interesantes historias diplomáticas, políticas y burocráticas de los años de mi mandato. Ellos supieron sacar de mí una magnífica conjunción de grandes temas y pequeñas anécdotas. Todos los grandes asuntos de estado se hallan en esas páginas, pero lo que más me gusta a mí eran mis reflexiones. Y es que a mis 79 años si de algo podía

presumir era de haber logrado una síntesis acerca de lo que era mi país y de lo que había sido, guardándome para mis adentros mi opinión de lo que iba a ser.

Miro mi reloj y le digo amablemente a la persona que tengo delante:

-Usted será hoy la última persona de est mañana.

Tengo que ir a comer con la alcaldesa de Boston. Tras mi última firma, pongo la capucha a mi pluma y me levanto, mientras los dos señores de la librería que tengo a mi lado presentan excusas de mi parte a los siguientes de la fila. La amable directora del centro comercial en el ascensor me dice complacida que he dedicado setenta y tres libros. En unos he escrito tres líneas, en otros sólo he estampado mi firma a toda velocidad. La vida no es equitativa ni en una fila para recibir dedicatorias.

Para evitar la masa de curiosos que se habían agolpado a la entrada de la librería, me conducen por un pasillo interno hacia una salida de servicio, donde me esperaba mi vehículo rodeado de guardaespaldas. Un par de vehículos policiales habían engrosado el dispositivo de seguridad. En esa calle estrecha, desierta y sombría, estrecho las manos de los responsables del acto de firmas, antes de meterme en mi automóvil. Antes de estrechar esas manos, alguien me pone un grueso abrigo negro. Allí voy a estar sólo medio minuto, pero hace mucho frío. Tras las últimas formalidades, me siento satisfecho en el asiento de atrás de mi limusina negra. El restaurante está cerca, en el sector financiero, pero a pesar del breve trayecto me quede traspuesto durante los diez minutos del trayecto a través del puente que atravesaba el río Charles.

Recuerdo que cuando me desperté, ya sólo faltaban unos segundos para llegar al vestíbulo del restaurante. Bajo las columnas de mármol, ya me esperaban tres personas de Protocolo para darme la bienvenida. Una preciosa alfombra bajo el pórtico, de nuevo apretones de manos, sonrisas y un nuevo despliegue de guardaespaldas alrededor.

La bromista alcaldesa, aunque agradable, fue superada por la ensalada tibia de vieiras y boletus con espuma de erizo de mar que me tomé en aquella comida. El tournedó de solomillo de segundo apenas lo picoteé, mientras cierto prohombre de la ciudad trataba de iniciar una seria conversación sobre la situación mundial. No comí mucho porque a ciertas edades te interesa más la guarnición y sólo pruebas un poco de cada plato

A las cinco de la tarde comencé mi conferencia ante quinientas personas selectas en el más exclusivo club de la sociedad bostoniana. Principié con las siguientes palabras:

-Nuestra Nación nació como una agrupación de tierras de agricultores y comerciantes. Era precisamente la voluntad de no crear un gran poder de este mundo lo que estaba en la mente de nuestros Padres Fundadores. Aquellos colonos que atravesaron el mar Océano, eran la minoría, los escarnecidos, los heréticos rechazados. Vinieron a estos prados, a estas riberas, a estos bosques... a vivir; a vivir en paz. Deseaban practicar su fe en paz, fundar pequeñas comunidades donde poder trabajar y orar sin persecución. Pequeños núcleos de creyentes lejos de los grandes centros del poder, en una esquina del mundo, en un rincón de la creación del Todopoderoso. Allá, atrás, quedaban las grandes potencias, las monarquías seculares, el poder consolidado en dinastías rectoras de estados cada vez más centralizados.

Ellos, los colonos, dejaban atrás la hoguera de las pasiones desatadas, las pasiones de los nobles y los aristócratas lanzados a la conquista del poder. Para los que vinieron aquí la conquista de los tronos por parte de lo que consideraban la auténtica reforma de la Iglesia, quedaba como un sueño abandonado ya definitivamente detrás de un océano. Los que vinieron aquí renunciaron a la conquista del poder con la idea de regenerar evangélicamente el poder. Desde el Viejo Mundo pensaron que aquí, en esta tierra inacabable, serían olvidados de todos. Abandonaban el tablero de ajedrez. Desistían de aquella lucha, abandonaban el tablero del Viejo Mundo con sus viejas intrigas y estructuras. Se contentaban con pastos y libertad. Se contentaban con crear un minúscula porción de lo que, según ellos, debía haber sido la auténtica Cristiandad que nunca fue, salvo muy al principio. Una recreación de la comunidad primitiva cristiana junto a aquellos inmensos bosques, que ellos conocieron. Vivieron en medio de masas forestales, oscuras, salvajes, inexploradas y... fueron bendecidos.

Qué lejos estaban de imaginar estos puritanos, esos cuáqueros, aquellos amish, aquellos cuáqueros, shakers, ... que sus pequeños poblados de casitas de madera estaban excavando los cimientos del imperio más persistente de la historia contemporánea. Los genes de aquellos creyentes, de aquellos desheredados, serían los genes de los hijos que heredarían un involuntario poder mundial. Un inopinado imperio militar, político, económico y cultural con base en los cincuenta estados, pero cuya influencia se extendería a todos los rincones, gobiernos e islas del planeta. Un país sin ambiciones territoriales, un poderío mantenido con el único y exclusivo fin de seguir preservando la independencia, florecimiento y seguridad de los descendientes de los

primitivos colonos. Al final podremos decir que todo lo que hicimos en los siglos siguientes, lo hicimos por salvaguardar nuestra emancipación de 1776. Nuestras vastas bases militares extendidas por los cinco continentes, sus portaviones nucleares navegando regularmente por los cinco océanos, sus legiones militares de marines acantonadas en todas las latitudes, sus sedes consulares, sus servicios de espionaje, ¡todo!, fue con el exclusivo objetivo de seguir manteniendo la independencia de aquellas tierras aisladas de todo el mundo por sendos océanos en sus costados, limitadas por los hielos glaciales y por los tórridos desiertos mexicanos.

Cualquiera que no venga del País de los Sueños sabe que mantener la libertad de la primera potencia del mundo no se logra más que a través de la fortaleza. Aquellas tierras labradas de la Costa Este del Norteamérica y pobladas por gente venidas de Winchester, Lancaster o Birmingham nunca pretendieron tener embajadas en la lejana China, ni estaciones de radar en islas del Pacífico, ni satélites sobrevolando Novorsibirk. Fue un imperio inopinado, como ya he dicho. Primero fueron unas puritanas ciudades prósperas, después un extenso país de agricultores de clase media. Después una nación de minas, de industrias con altas chimeneas humeantes, de una burguesía que se multiplicaba y comerciaba y se hacía cada vez más refinada.

Después de la Primera Guerra Mundial, todas las naciones europeas mientras lamían sus propias heridas, mientras ellos reconstruían ruinas, descubrieron de pronto lo fuertes que éramos. Después de la Segunda Guerra Mundial, tiempo en el que las naciones europeas habían retrocedido decenios, sus políticos comprendieron que nosotros no sólo estábamos en el

tablero de ajedrez, sino que además éramos ya la reina blanca.

Aun así, la gran pieza americana del tablero hubiera deseado enrocarse, mantener un perfecto aislacionismo. Pero la URSS avanzaba amenazadoramente por todas las casillas. Cada vez más peones eran rojos. Fue entonces cuando los políticos washingtonianos comprendieron que ante el hecho de una revolución expansiva, si querían mantener sus libertades no había otro remedio que colocar fichas en el tablero allende las fronteras. No se equivocaban. El país aislacionista se vio abocado a jugar a escala mundial en una guerra no declarada. En las dos Grandes Guerras, Estados Unidos había concedido a costa de la vida de sus hombres dos veces la libertad al Viejo Mundo. El mismo viejo y orgulloso mundo del que huyeron o se marcharon sus padres, siglos atrás.

Entonces, en la Guerra Fría, comenzaba un pulso a nivel mundial. Los territorios perdidos se daban por perdidos, pero había que evitar a toda costa que la arrolladora superioridad del Imperio Soviético arrasase las pequeñas democracias que surgían por todas partes. El Imperio Soviético bien pudo arrollar con sus divisiones todo el occidente europeo. Sólo la determinación de Washington lo evitó. Los europeos nunca les dieron las gracias. Claro que era un pulso en el que nuestro país, los Estados Unidos, se jugaba la independencia. Había que evitar nuevas anexiones. Había que evitar la posibilidad de que algún día el marco de operaciones fuera un Imperio Soviético que abarcara toda la humanidad con la única excepción de la Isla Norteamericana.

Así nació nuestra Roma imprevista, nuestra Urbe impensada e inesperada. No había entrado en los planes de los Padres de nuestra República. Nadie nos creyó. Cuando los

nativos del resto del mundo nos gritaban en sus manifestaciones *go home*, no entendían que nada deseábamos más ardientemente que eso. De pronto, sin que nadie lo esperase, como un terremoto, el Imperio Soviético se derrumbó. De aquel sistema policial, monolítico, con fundamentos férreos, en tres años no quedó nada, ni las ruinas, ni la bandera.

Después mi conferencia hacía un largo análisis del siglo XXI, comenzando por las dos guerras del Golfo, la Guerra Iraní y el auge de China, India y otras economías emergentes. Hacia la mitad de la conferencia dije:

-Culturalmente nosotros hemos sido lo que la antigua Roma para el resto del Mediterráneo. Nuestras series de televisión se ven tanto en el centro de África como en la última isla de la Polinesia. La Coca-Cola la beben hasta los esquimales. Un europeo de comienzos del siglo XXI no conoce mucho de Virgilio, pero sí que conoce a Bugs Bunny. Las Guerras Médicas entre Persia y Atenas ni saben que existieron, pero no así *La Guerra de las Galaxias*. Si en el siglo XIX ningún lugar del mundo era tan parecido a Europa como Estados Unidos, en la segunda mitad del siglo XX ningún lugar del mundo es tan parecido a Estados Unidos como Europa. Hoy día quizá podríamos decir que fuera de Estados Unidos el lugar más parecido a nuestro país en el mundo, es el mundo mismo.

El entero planeta se había ido transformando lentamente en una vasta colonia dirigida por los descendientes de los colonos fundadores de una República en lo que fue un extremo del mapamundi y que ahora parecía más bien su centro. Nuestros lejanos intereses comerciales, nuestras alianzas, todo recordaba una y otra vez a la expansión de la influencia romana del siglo I antes y después de Cristo. Sólo

había que echar una ojeada a la fachada del Capitolio, a la Casa Blanca, a los edificios de Washington y a otros muchos edificios, para darse cuenta de que nosotros éramos los nuevos romanos. Nuestra orgullosa república, y no por coincidencia, ostentaba un águila en su escudo. Un escudo con lema latino; tampoco esto era una coincidencia.

Mi conferencia acababa en el primer año de mi presidencia. Nunca he caído en la inmodestia de seguir más adelante. Por modestia y por seguridad era siempre preferible hablar de cosas inofensivas. Aun así, en el turno de preguntas siempre había quien creía que me daba una gran sorpresa por sacar el tema del que no había querido hablar. Bendita inocencia. Como es lógico mi pericia para escabullirme como una anguila estaba abalada por una práctica de decenios. ¿No pensaba el que planteaba la cuestión, que si yo hubiera querido las preguntas habría que habérselas presentado por escrito al organizador? Sí, despachaba el asunto sin implicarme demasiado, pero no sin antes decir unas palabras acerca de la necesidad de aceptar el hecho de que toda república acaba evolucionando hacia el principado.

Fue esa noche, en la suite de mi hotel, cuando sentí un dolor torácico repentino e intenso. Sentía como una presión sobre mi pecho, y sobre mi hombro y brazo izquierdo. Aunque el área del infarto era reducida, los médicos me quisieron evitar riesgos en los años futuros y me pusieron un corazón artificial.

Todo salió muy bien, mi recuperación en los meses siguientes perfecta. Pero familiares y amigos comentaban que yo había dado un bajón. Era cierto, ya no tenía el dinamismo de antes, me costaba abandonar mi sillón, estaba más

delgado, andaba más lento. No era el corazón, era el estado general de mi cuerpo. Los análisis eran buenos, pero noté que yo ya no era exactamente el

mismo. Desde el infarto, dejé de dar conferencias. Estar en el sillón era lo que más me gustaba, quedarme ahí, caliente en mi salón.

Mont Plaisance



Año 2202
22 años después de las elecciones
que llevaron a Fromheim a la presidencia

Una mañana de domingo. Desayuno con la calma de tener una hora por delante para, leyendo el periódico, acabar el croissant que aguarda en el plato y la taza de café negro y humeante que está junto a la jarra de leche fresca, blanca y quizá hasta feliz. Vestido con este gran albornoz, veo cómo la luz de esta mañana penetra sin prisas a través de las hayas y olmos de la espesura que tengo enfrente. A mis ochenta y cuatro años, ésta es una de esas visiones de beatitud hogareña que tanto me han agradado toda mi vida. Pronto mi hijo se sentará frente a mí con un plato de cerezas, su parco desayuno. Casi la mitad del año la paso en esta casa de mi propiedad situada en un valle de los Pirineos en la frontera de España con Francia. Una residencia grande, confortable, con unas vistas excepcionales, un lugar excelente para mi retiro.

Mientras desayuno, uno de mis nietos aparece. Ya se ha levantado, me da un beso sin entusiasmo, adormilado, y se sienta a jugar con un videojuego en el sofá de al lado. A sus dieciséis años está enfrascado en cuerpo y alma en ese combate con monstruitos verde esmeralda que descienden por la pantalla con el implacable deseo de comerse a su héroe electrónico. Mi nieto defiende a este héroe superficial con ahínco. Cuando yo era presidente vi a asesores míos defender grandes intereses nacionales con menos

entusiasmo. Una sonrisa aparece en mi rostro.

La hora de mi desayuno pasa con la placidez de ir leyendo las noticias y las columnas de opinión a la velocidad de alguien cuya vista ya no es lo que era. Quizá es mi mente y no mis ojos los que provocan esta lentitud. En cuanto me levanto de la mesa, Sofía y Lucía, las dos gruesas mujeres del servicio, limpian el salón de estar con un esmero que no es usual. Noto ese esmero, más que nada, por la esposa de mi hijo que este día supervisa hasta el más mínimo detalle. Cosa no muy frecuente en ella.

Subo a mi dormitorio, y me pongo un pantalón recién planchado y una camisa con gemelos. Esta operación, que en otra época hubiera realizado en un par de minutos, ahora supone emplear toda mi atención y dedicar a ello casi un cuarto de hora. Primero no encuentro los gemelos, después se me resisten. He tenido que sentarme en la cama para poner una pierna en el pantalón, después la otra. Pero al final quedo hecho un figurín. Encima de todo, una bata de seda que conjunta con ambas prendas. Un pañuelo estampado asoma coquetamente por el bolsillo superior de la bata. Me encanta la imagen que me devuelve el espejo. De nuevo me dirijo a la sala de estar, a leer mi libro sobre el reino de los insectos: tapas duras, gran formato, artísticas ilustraciones, apasionantes curiosidades, pretérito regalo de Navidad. Dada mi lentitud, tardaré medio año en acabarlo. Pero

sentado en mi soleado sillón, no me importa.

Mi hijo y su mujer bajan otra vez al salón un rato después. Ambos vestidos de manera informal, en chándal mi hijo, su mujer de forma sencilla, pero estudiada, gruesos tirantes, largas faldas hasta los tobillos. Sigo leyendo. Media hora después, la visita toca el timbre.

Cuatro hombres, corpulentos y bien vestidos, escoltan al recién llegado. Un asistente personal empuja la silla desde donde un débil anciano de noventa y un años estrecha la mano de mi hijo y su esposa. Más bien, dada la senectud del decrepito hombre de la silla, era la mujer la que toma aquella mano pecosa. Más que pecas, son manchas propias de la edad. Mi nieto se fija mucho en la escena de ese viejecito que deja la boca abierta y le mira. Los dos nietos, que están por ahí, le son presentados.

Tengo ante mí al senador William Ford, el último senador vivo de los Estados Unidos, el último miembro de la Casa de Representantes elegido en unas elecciones. Cuando arrastran su silla hasta donde estaba yo, nos damos la mano. Yo tampoco me levanto, así que los dos ancianos sentados nos saludamos.

Según me dijeron después, lo que más impresionó a los que estaban allí, mirando el encuentro, fue el cruce de nuestras miradas, porque durante varios segundos no nos dijimos nada. Se trataba de una mirada de satisfacción, como si tuviéramos que contarnos miles de cosas. No nos veíamos desde hacía más de quince años.

Esos noventa y tantos años llevados hasta mí en silla de ruedas, abren sus brazos, quiere darme un abrazo, un abrazo moderado y formal. Le faltan las fuerzas y más que un abrazo resulta el gesto cordial de agarrarme de los hombros.

-Viejo William, viejo William – le repeto.

El senador Ford comienza a decir lo típico: cuánto tiempo ha pasado, cuanto me alegro, cuántas cosas han pasado... todo ello pronunciado con pausa, sin ningún apremio, pero con claridad y sin fatiga.

Nuestro encuentro y tertulia dura hora y media. Su mente funciona todavía a la perfección. Los últimos treinta y cinco minutos nos dejan solos. Han querido respetar el encuentro entre el último senador vivo y yo, reliquia de la presidencia de los Estados Unidos. En esa sala con dos hombres sentados hablando, lo importante no somos nosotros, sino todo lo que hay detrás de nosotros. Mi nieto más pequeño, aburrido, sólo ve a dos ancianos contándose cosas, se le escapa todo lo demás.

El senador está de camino de regreso a Nueva York. Débil e inmóvil en su silla, no sale ya nunca de su rancho en Wisconsin. Cuando unos amigos comunes de mis hijos y del senador, se enteraron de que William visitaría la ciudad húngara de Keszketmet para asistir a la boda de una nieta suya, le pidieron que tuviera la gentileza de hacer algún tipo de escala para que nosotros dos pudiéramos vernos. Y aceptó con sumo gusto. Con gusto, porque entre otras cosas sabía muy bien que, dada su edad, o veía ahora al presidente jubilado, o ya no lo vería nunca.

Ambos habíamos deambulado muchas veces por la Casa de Representantes. Ambos somos como dinosaurios sustituidos ya por un nuevo tipo de especie zoológica, todavía más tecnocrática, más agresiva, con muchos menos escrúpulos.

Alguien podría imaginarse que la conversación entre nosotros, dos vestigios del antiguo sistema estadounidense, versaría esencialmente de política. Sin embargo, no fue así.

Hablamos de nuestra salud, de nuestros achaques, de en qué ocupábamos nuestro tiempo, de las limitaciones de la edad. Empujé su silla hasta el jardín para que viera las flores que cultivaba la mujer de mi hijo, miramos un par de álbumes de fotos. William con gusto se hubiera quedado a almorzar, pero su conexión con el vuelo de Nueva York desde Barcelona no se lo permitía. Tampoco considero que esa momia pudiera propiamente *almorzar*. Si comía, debía hacerlo como un pájaro.

Pero aunque lo que tenía delante eran las ruinas de lo que había sido un vital y enérgico senador, su mirada apacible cargada de años me llegó a lo más profundo del alma. El que había levantado con lenta pesadez su brazo para saludar a mi tímido nieto, fue en otra época de su vida el político más sagaz, inteligente y sarcástico de aquella cámara de hace treinta años.

Sobre todo, sí, fueron sus ojos lo que más me impresionaron. Esos ojos claros que se alegraban sinceramente de verme. Era como si con la mirada me dijera una y otra vez cuántas cosas hubiera tenido que comentarme, como si quisiera enfrascarse en una larga conversación acerca de cuánto había cambiado todo. Lo cierto es que allí sólo hablamos de cosas como las que he dicho. Sólo al final, en un momento en que se hizo un silencio, Ford comentó:

-¡Qué tiempos conocimos! ¿Eh, Ethan? ¡Qué tiempos!

Le miré con una profundidad casi infinita. No dije nada, pero asentí con la cabeza.

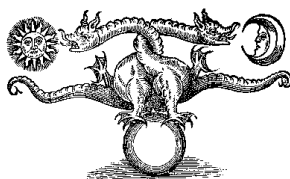
No hubo grandes palabras antes de la despedida. Ni grandes palabras, ni grandes gestos. Sólo la seguridad silenciosa del conocido con el que se ha tenido bastante contacto treinta años antes, y al que no se volverá a ver.

Aquella tarde, junto a la chimenea, mi hijo y su mujer comentaron felices la relevancia casi histórica (sin duda más afectiva que histórica) de la visita. Dando un breve paseo por el jardín trasero de la casa, miré mi residencia pirenaica con orgullo: había servido de discreto entorno para este último episodio crepuscular de la historia de ese gran país, lejano, que es el mío. Pero a esa altura del día, ya había pasado demasiado tiempo en el salón escuchando a mis hijos acerca de la visita. Pensé que ya era hora de ocuparme, de nuevo, de mis rutinas. Había que decidir si cenar el *café crème* de siempre con el emparedado de jamón, o comunicar a Lucía alguna variación que se me ocurriese para el menú. Si seguir con los planes para el aperitivo del día siguiente, o bajar al pueblo por la mañana a comprar un regalo para el cumpleaños de mi nieto George.

Historia de la Segunda Secesión de los Estados Unidos de América es una de las obras de la Decalogía sobre el Apocalipsis de J.A. Fortea. La Decalogía describe los acontecimientos de la generación que habrá de vivir las plagas bíblicas del fin del mundo. *Historia de la Segunda Secesión* es la novela que explica la concentración de Poder que hará posibles los hechos terribles que se describirán en las otras nueve obras.

En ese sentido, esta obra es el pórtico de entrada para el resto de novelas. Cada una de las novelas de la Decalogía (o Saga del Apocalipsis) es independiente. Cada una explica una historia completa que no requiere de la lectura de las anteriores. Esas historias fueron construidas como novelas que tienen sentido por sí mismas y que pueden ser leídas en cualquier orden.

Todas ellas fueron comenzadas a escribir en 1998 por el sacerdote J.A. Fortea cuando era párroco de un pequeño pueblo justo en el límite entre las provincias de Cuenca y Madrid. Ninguna de las obras de la saga fue publicada hasta seis años después, cuando en el año 2004 fueron acabadas de escribir las diez novelas. Si bien el proceso de revisión y ampliación de éstas, se prolongaría durante los años siguientes.





José Antonio Fortea Cucurull, nacido en Barbastro, España, en 1968, es sacerdote y teólogo especializado en demonología.



Cursó sus estudios de Teología para el sacerdocio en la Universidad de Navarra. Se licenció en la especialidad de Historia de la Iglesia en la Facultad de Teología de Comillas.



Pertenece al presbiterio de la diócesis de Alcalá de Henares (Madrid). En 1998 defendió su tesis de licenciatura *El exorcismo en la época actual*, dirigida por el secretario de la Comisión para la Doctrina de la Fe de la Conferencia Episcopal Española.



Actualmente vive en Roma, donde realiza su doctorado en Teología, dedicado a su tesis sobre el tema de los problemas teológico-eclesiológicos de la práctica del exorcismo.



Ha escrito distintos títulos sobre el tema del demonio, la posesión y el exorcismo. Su obra abarca otros campos de la Teología, así como la Historia y la literatura. Sus títulos han sido publicados en cinco lenguas y más de nueve países.



www.fortea.ws